



Cuentos *de jóvenes para jóvenes*

Cuentos ganadores del Séptimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejera presidenta: DIANA TALAVERA FLORES
Consejeros electorales: MARTHA LAURA ALMARAZ DOMÍNGUEZ
MARIANA CALDERÓN ARAMBURU
GUSTAVO ERNESTO FIGUEROA CUEVAS
NOEMÍ LUJÁN PONCE
MAURICIO RODRÍGUEZ ALONSO
JUAN CARLOS SÁNCHEZ LEÓN
Secretario ejecutivo: BERNARDO VALLE MONROY

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario JUAN DUEÑAS MORALES
Suplente ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario RENÉ MUÑOZ VÁZQUEZ
Suplente VÍCTOR MANUEL CAMARENA MEIXUEIRO

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario RIGOBERTO ÁVILA ORDOÑEZ
Suplente JOSÉ ANTONIO ALEMÁN GARCÍA

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente OSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietaria ZULY FERIA VALENCIA
Suplente SAMUEL RODRÍGUEZ TORRES

MOVIMIENTO CIUDADANO

Propietario ARMANDO DE JESÚS LEVY AGUIRRE
Suplente HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietaria HERANDENY SÁNCHEZ SAUCEDO
Suplente JOSÉ ALEJANDRO PARDAVÉ ESPINOSA

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario ANDRÉS SÁNCHEZ MIRANDA
Suplente SANTIAGO TABOADA CORTINA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario JOSÉ FERNANDO MERCADO GUAIDA
Suplente RUBÉN ERIK ALEJANDRO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario AGUSTÍN TORRES PÉREZ

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario GENÁRO CERVANTES VEGA
Suplente MIRIAM SALDAÑA CHÁIREZ

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario JESÚS SESMA SUÁREZ
Suplente ALBERTO EMILIANO CINTA MARTÍNEZ

MOVIMIENTO CIUDADANO

Propietario OSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO
Suplente ROSALÍO ALFREDO PINEDA SILVA

Cuentos *de jóvenes para jóvenes*

Cuentos ganadores del Séptimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral Mariana Calderón Aramburu

INTEGRANTES

Consejera electoral Martha Laura Almaraz Domínguez

Consejera electoral Noemí Luján Ponce

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional: Juan Dueñas Morales (propietario), Elsy Lilian Romero Contreras (suplente)

• Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez (propietario), Víctor Manuel Camarena Meixueiro (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: Rigoberto Ávila Ordoñez (propietario), José Antonio Alemán García (suplente) • Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: Zuly Fera Valencia (propietaria), Samuel Rodríguez Torres (suplente) • Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), José Alejandro Pardavé Espinosa (suplente)

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Diseño, formación e ilustración: Kythzia Cañas, analista diseñadora

Corrección de estilo: Susana Garaiz, analista correctora de estilo

Autores: Iván Maximiliano Anaya, "Un día como cualquiera otro" • Andrea Bañuelos Maldonado, "Inocencia" • María Alejandra Castillo Martínez, "Una chica misteriosa" • Abraham Cerón Miranda, "Un ejemplo" • Laura Angélica Cruz Aviña, "Un regalo de los dioses" • Tania Delgado Hernández, "La infiltrada" • Lucrecia Escartín Murillo, "La entrevista" • Cassandra Estrella Muñoz, "El origen" • Brenda Lizet Fuentes Calvillo, "La tierra de Jaswer" • Owen David Gómez Ramírez, "El rey de la selva" • Karen Yatzil Hernández Barrón, "Cometas dorados" • Rafael Edmundo Lira Valencia, "Amigos hasta el fin" • Anamyle Luna Chiquini, "Érase una vez en un reino lejano" • Víctor Abinadí Mendoza Rodríguez, "Decisiones que pesan" • Josué Moisés Mondragón Díaz, "Iban por dos, encontraron tres" • Julia Sofía Reyes Caro, "Realis tempus" • Katia Valeria Reyes de la Vega, "Mistic y el piano mágico" • Carlos Rivera Castillo, "La clave es sol" • Carla Gabriela Tapia Torres, "En la ciudad, ¿todos valemos lo mismo?" • Itzel Anahi Vázquez González, "Había una vez un reino... mejor dicho, había una vez un rey"

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D. F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2013

ISBN: 978-607-7989-86-8

Hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Segunda categoría

(De 12 a 14 años)

Realis tempus..... 9

Julia Sofía Reyes Caro

La clave es sol..... 19

Carlos Rivera Castillo

Cometas dorados..... 27

Karen Yatzil Hernández Barrón

Menciones honoríficas

La entrevista..... 45

Lucrecia Escartín Murillo

El origen..... 52

Cassandra Estrella Muñoz

La tierra de Jaswer..... 58

Brenda Lizet Fuentes Calvillo

El rey de la selva..... 62

Owen David Gómez Ramírez

Érase una vez... en un reino lejano..... 68

Anamyle Luna Chiquini

Decisiones que pesan..... 75

Víctor Abinadí Mendoza Rodríguez

Había una vez un reino... mejor dicho, había

una vez un rey..... 82

Itzel Anahí Vázquez González

Tercera categoría

(De 15 a 17 años)

Iban por dos, encontraron tres..... 95

Josué Moisés Mondragón Díaz

Inocencia..... 109

Andrea Bañuelos Maldonado

Una chica misteriosa..... 113

María Alejandra Castillo Martínez

Menciones honoríficas

Un día como cualquiera otro..... 129

Iván Maximiliano Anaya

Un ejemplo..... 135

Abraham Cerón Miranda

Un regalo de los dioses..... 143

Laura Angélica Cruz Aviña

La infiltrada..... 148

Tania Delgado Hernández

Amigos hasta el fin..... 153

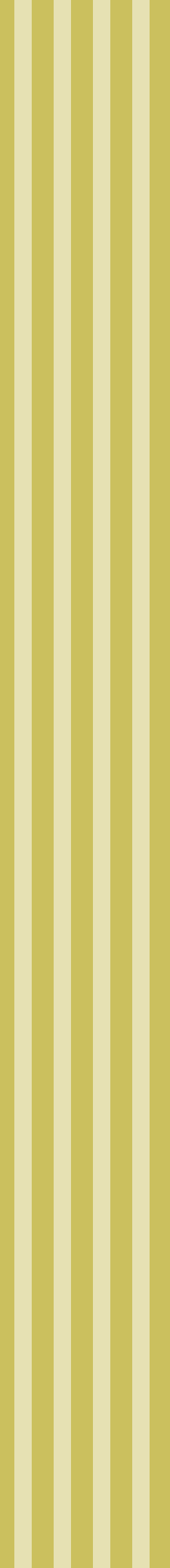
Rafael Edmundo Lira Valencia

Mistic y el piano mágico..... 164

Katia Valeria Reyes de la Vega

En la ciudad, ¿todos valemos lo mismo?..... 171

Carla Gabriela Tapia Torres



Segunda categoría

(De 12 a 14 años)



Primer lugar

Realis tempus

Julia Sofía Reyes Caro

Aquel barco solitario y sin ninguna comunicación con el mundo exterior, con tan sólo trescientas cincuenta personas, que no se conocían, convivían unos con otros queriendo olvidar que estaban vivos.

Todo había ocurrido muy rápido. El barco quedó varado sin razón, las turbinas que lo hacían seguir dejaron de funcionar y ni el capitán ni los técnicos que estaban a bordo podían explicar lógicamente el motivo.

En el interior las personas se sentían como en un eterno goce, pensando que aquel crucero nunca acabaría. El capitán, que sabía lo contrario, observaba a sus pasajeros en medio del éxtasis que el baile les otorgaba; esperaba que éste terminara para decirles lo que ya de por sí era obvio.

La euforia de la gente se exageró tanto al escuchar la noticia que el capitán tuvo que pedir la asistencia de la teniente Arorua para tranquilizarlos. La riña duró algunos minutos que para otros fueron horas, pero dentro del caos, cuando se pudo encontrar por fin un poco de orden, el capitán les informó lo peor: el barco no sólo dejó de funcionar, sino que las líneas de comunicación al exterior habían sido cortadas, que de un momento a otro se quedarían en tinieblas y, por si fuera poco, lo que más temía es que las raciones de comida no fueran suficientes para esperar la ayuda y el hambre los mataría.

Se miraron unos a otros sin dar crédito a lo que estaban escuchando; todo iba bien hasta ahora, parecía una noche magnífica que prometía dar más.

Pensaron que todo era un mal chiste, las sonrisas de cada uno se fueron borrando conforme las horas pasaban y cons-

tataban la terrible verdad; el miedo se apoderaba de sus entrañas, la incertidumbre los carcomía al pensar que aquello que conocían no volverían a verlo.

Al paso de los días el hambre y las condiciones insalubres en las que comenzaban a caer les hacían perder poco a poco la cordura, ya no se distinguían mentiras de razones ni hombres de animales; aquello tenía un encanto estremecedor.

La desesperación causaba que uno a uno desistieran de la lucha; los más serios se colgaban en los baños de sus camarotes, las madres ensordecidas por los gritos mudos de pequeñas criaturas lanzaban a sus hijos por la borda: “Un pescado en agua salada salva a los niños del fuego”, se excusaban, esperando para mirar a sus descendientes ser devorados por los tiburones, tirando lágrimas al mar con los ojos secos. Ni siquiera el cargo de la teniente Arorua podía parar aquella carnicería.

Había pánico entre aquellos que aún gustaban de la esperanza de vida, quedaban sólo los dispuestos a retroceder para encontrar una respuesta.

Al apartarse, lograron tranquilizarse y familiarizarse unos con otros, logrando armonía por unos instantes. Dos personas del barco tenían el mismo destino, no lo sabían, se conocían, no imaginaban que abordaban el mismo barco y tarde que temprano su encuentro era inevitable.

Como se temía, la comida se terminó pronto. Tenían que alimentarse, tenían que cuidar sus vidas, ya no porque las condiciones pudieran matarlos, sino porque el hambre de algunos sí podía hacerlo. Pocas personas entre sí se tenían confianza.

Algunos pasajeros se reunieron con la teniente Arorua; tenían que discutir, los víveres se agotaban cada vez más y el agua escaseaba, alguien de la tripulación estaba robando, tenían que solucionarlo. Para ello acordaron por el bien de todos hacer guardia hasta atraparlo.

A la mañana siguiente Aifos, siendo la primera en hacer guardia, logró saber quién era el sospechoso. En ese momento que lo vio, no daba crédito; era aquel que fue cortés con ella cuando todo esto aún no pasaba.

Aifos miró y fingió no conocerlo, él hizo lo mismo. No podía delatarlo; ella sabía quién era, su nombre era Aleirbag. No robaba, sólo lo hacía con el pinche de la cocina; su nombre era Esoj. Se sintió intrigada, atraída por la codicia de un poco de alimento extra. Tratando de involucrarse, se acercó más, hasta conseguir su cometido.

Algunas horas después se reunió con Eon y Airam, quienes formaban parte de su grupo, les dijo que no había visto nada; esto no los convenció del todo, así que, inconforme, Airam ofreció su ayuda para saber qué era lo que ocurría. Empezaban a sospechar entre ellos. La hilaridad de la fantasía comenzaba.

La mente de Aifos para este momento se había fragmentado, miró a Aleirbag junto a ella; algo estaba ocurriendo, algunas cosas habían cambiado. Tomó el arma de la teniente aprovechando una distracción y fuera de sí disparó a todos los de la tripulación, alcanzando uno de sus tiros a Aleirbag, salpicando su sangre en una de las personas. Todo se volvió un caos; Aifos forcejeó, logró darle un segundo disparo; esta vez realmente lo había matado. Curiosos no entendían lo que pasaba.

Al caer la noche Aifos se reunió por segunda ocasión en la cubierta del barco con su grupo, intentando hablar de lo que había ocurrido, queriendo no escucharla. Eon le entregó una hoja, ella leyó en letras grandes el nombre de Esoj; en una esquina notó las iniciales de la Policía Federal; aquello le sorprendía, el pinche era en realidad un policía de cargo notable. Un sudor helado recorrió su cuerpo y con mirada temblorosa miró a Eon. “Es mentira, esto no puede ser posible.”

Aifos no tuvo más remedio que decirle la verdad. Todo había terminado; no sabía lo que estaba haciendo. Un ruido los distrajo, era un helicóptero; estaban salvados. Eon bajó a todos los dormitorios. “Estamos salvados, estamos salvados.” Una vez despiertos subieron a la cubierta; anonadados creyeron que era un sueño, a lo lejos la voz del rescatista se oía: “Sólo llevaremos a cinco personas, sólo cinco”.

Aquello se volvió un caos. Por fin subieron a cuatro niños que aún sobrevivían y una anciana. Aquellos niños pre-

guntaron: “Volverán, tienen que volver”. Los demás sólo miraron; esa nave se alejaba, toda esperanza se iba, enmudecieron. Esperaron entregados a la creencia fiel de que volverían, un día, una semana, un par de éstas, y después de mucho esperar nunca regresaron.

No sabían qué hacer; hacía varios días que la comida se había terminado, con el agua ocurría la misma historia y, peor aún, encontraron a su capitán agusanado en la proa. ¿Cómo había muerto? Nadie tenía idea y lo grotesco de la imagen les quitaba las ganas de imaginarlo.

La noche parecía no terminar. De pronto una idea saltó de la cabeza de un pasajero: “Podríamos irnos en los botes; cabríamos unos diez, tenemos que hacer algo, no se puede acabar aquí, yo quiero vivir”.

Volvió la esperanza, pero Aifos soltó un disparo. Estaba enloqueciendo: “Nadie saldrá de aquí”, decía, “Todos moriremos”, pero Esoj se arrojó contra ella desarmándola y esposándola. “Esto tiene que acabar”, decía, “Todos a las lanchas, saldremos de aquí”. Sin embargo había otra terrible noticia, éstas no estaban, desaparecieron. Era como una broma cruel del destino. ¿Qué estaba sucediendo en realidad en aquel barco, quién o qué les jugaba esa broma macabra?

No lo sabían. Cada vez eran menos pues uno a uno morían de inanición; ya no encontraban respuesta, y Airam sabía que esto no tendría fin. Ella sabía que algo los salvaría, pero Aifos sólo se carcajeaba con tono macabro. Ese barco se convertiría en la tumba de todos.

Anocheció un día más sin saber hasta cuándo se acabaría, habían pasado tres meses y sólo quedaban cien pasajeros, entre ellos Airam, Eon, Esoj y Aifos, pero una más se integró al singular grupo de Aifos; su nombre era Aerdna y esta última conocía a Eon. Era 19 de diciembre y aquello ya era diferente, todos de alguna manera estaban perdiendo la razón. Eon y Aerdna en medio de esa tragedia se estaban enamorando, pero Aifos no los dejaría; para ellos era complicado e imposible. Transcurrieron las horas de aquel día, parecía interminable; Esoj veía cada vez más con ojos de

tristeza que Aifos no la estaba pasando bien y se fue encariñando con ella. Por fin le contó su historia, él supo la terrible historia de Aifos.

Aifos le contó a Esoj que Aleirbag ya la conocía y ella lo venía siguiendo desde el último puerto; que él mató a su hijo y que ella juró vengarse; que todo parecía ir a la perfección, hasta que sucedió esto.

Todo encajaba, nadie sospecharía, pero las cosas cambiaron cuando el barco quedó a la deriva. Ahora las circunstancias los habían puesto frente a frente y así pudo liquidar a Aleirbag y no se arrepentía en ese momento.

Un silencio invadió a Esoj; la comprendía moralmente, pero se puso triste porque no podían regresar a sus hogares. Airam escuchaba y Eon se lamentaba no haber conocido en otras circunstancias a Aerdna. Sabían que todo estaba acabado, que ya no tendrían salvación, ya era el fin. Eso se había vuelto tan deprimente que empezaban a comerse entre ellos; no tenían otra opción, ya no había comida y de entre los cadáveres sacaban pedazos de sus carnes. Eso era terrible, todo el tiempo se preguntaban qué estaban haciendo; ya no lo entendían, pero querían sobrevivir a como diera lugar.

Eon no paraba de llorar, eso era una masacre. Airam se acercó a consolarlo; no sabían qué hacer. Aifos al ver el dolor de Eon le pidió a los demás que parasen, que ya no siguieran con eso, que encontrarían otra manera de sobrevivir. Airam la miró y agradeció el gesto, Eon vomitó y no pudo más; Airam echó a llorar, no logró contener tanto dolor; Aifos se levantó y luchó, Esoj la siguió; estaban buscando comida, agua, lo que hubiera.

Su vida no podía acabar de esa manera. Esoj al verla comprendió que era valiente, y lo que sucedió con Aleirbag no saldría de ahí. Aunque estaba en contra de todo lo que había aprendido con los años y la experiencia que tenía, no diría nada; él se estaba enamorando de aquella mujer cuyo desorden psicológico la llevó a herir a un hombre; pero en esos momentos, debería llamársele loco al que pudiera seguir cuerdo. De pronto la perdió de vista encontrándola en

un rincón llorando desconsolada; no podía más, eso era más fuerte que ella.

Pasaron los días y ellos empezaban a perder toda esperanza. Fue así como sus vidas cambiarían por siempre, que ya no serían los mismos. Algo pasó, se quebrantaron sus vidas.

Entre reproches, peleas y sueños fugaces, las horas, días, meses pasaron en aquel monstruoso barco, lejos de toda posibilidad de salvarse. De pronto todos empezaron a trabajar; se querían salvar, así que sabían que nadie los sacaría de allí; entonces intentaron todas las formas posibles, recorrieron cada uno de los rincones del barco. En un cuarto o bodega oscura estaban allí, no lo creían: las lanchas estaban allí y tenían nuevamente una esperanza.

Reiteradamente una tormenta azotó el barco por varios días, quedando aún menos pasajeros. Aquel barco se había convertido en la tumba de muchos, pero no de su grupo, que conformaban Aifos, Eon, Esoj, y Airam, pero para su desgracia un mástil cayó en las piernas de Eon poniéndolo en estado grave.

Todos lo ayudaron a salir de allí, pero no se dio por vencido, él siguió luchando junto a Airam, que permaneció a su lado. Por fin la tormenta acabó y empezaron a trabajar; se irían de ese barco para siempre. Por tanto ajetreo notaron que Aerdna no estaba; la comenzaron a buscar y lograron encontrarla, arrinconada, escondida, ya no quería vivir más, era demasiado para ella, pero tomándola entre algunos subieron a las lanchas y emprendieron el viaje.

Durante su travesía en la mar, Aifos, Esoj, Aerdna, Eon y Airam recordaron ya no sólo lo que había pasado en el barco, sino toda su vida, y pensaban si llegarían algún día a algún lugar o lo que sucedería con cada uno de ellos. Viajaban juntos, sin embargo cada uno realizaba una procesión diferente.

Aifos recordó que cuando niña le gustaba sentarse en las piernas de su abuelo y que le contara historias; él decía que todo era real, pero Aifos sabía, aun siendo niña, que las historias que le contaba eran sólo para verla feliz. Aifos

había perdido a su papá muy pequeña y su abuelo era un gran consuelo. Cuando Aifos tuvo a su hijo, le contaba las mismas historias que su abuelo le había contado y veía en su hijo la evocación de una vida mejor. A su muerte, el dolor fue tan grande que creía haber perdido la razón, pensó que todo había sido un sueño, que su hijo vivía, que nadie lo había asesinado, que todo sólo fue una pesadilla; pero era real, él ya no estaba.

Así que pasó noches y días sin dormir, sin apenas comer y tomar algo, hasta que pensó que lo único que motivaría su existir era acabar con la vida de Aleirbag. Ahora junto a Esoj todo parecía tan diferente; no se había dado cuenta cómo las pláticas, la convivencia, la rutina y el fin común habían terminado por unirlos. Ya había conseguido su objetivo y aun así no tenía la paz.

Una noche en un sueño le pareció estar en un jardín, rodeado de flores, plantas y un pequeño lago; aquello parecía tan extraño, cómo había pasado de tanto dolor a estar en un lugar así. De pronto alguien corrió atrás de ella y ella no sólo pegó un grito, sino un gran salto; se escuchaba una risa, después silencio y de pronto un llanto y después una risa de unos bebés, al mismo tiempo.

Aifos buscó y corrió, pero no alcanzaba a ver nadie; no era miedo, sólo la habían sorprendido todos esos ruidos y movimientos; de pronto escuchó música fuerte y estruendosa, un guitarra. ¿Qué era todo eso?, se preguntaba Aifos, y empezó a preguntar: “¿Quién está ahí?, ¿esto es un juego? Y este lugar tan hermoso, ¿qué es? ¿Por qué estoy aquí?”.

Nadie respondía y de pronto sólo se escuchaba a un pájaro cantar, el sonido de las aves pasar, el sol y las nubes muy coloridos, ella bajo un árbol cubriéndose y disfrutando del paisaje; aun así tenía fresco el recuerdo de todo lo que había pasado.

Y de pronto las risas, los llantos de bebé, el niño corriendo tras de alguien, feliz, muy feliz, y después vio a un adolescente tocando la guitarra, pero sus cabellos largos le cubrían la cara y no dejaban al descubierto quién era; y de pronto apareció su abuelo a lo lejos; ella estaba tan feliz por

la oportunidad de ver a su abuelo. Pensó: “Finalmente he muerto, esto no es un sueño”; pero pronto se dio cuenta, el abuelo no vio a Aifos, ella lo seguía, le hablaba, pero él no la escuchaba. Casi cuando estaba a punto de llorar, apareció el niño y la miró, le sonrió. Aifos no lo podía creer, de pronto todo era tan claro, el bebé, el niño, el adolescente, el joven, eran uno solo, era su hijo y el jardín no era nada más conocido para ella que el pueblo donde vivía su abuelo.

Sí, era el lugar donde ella había pasado tan buenos momentos; ahora su hijo los estaba disfrutando y estaba con el abuelo. Su hijo ya no la volteó a ver, pero ella notó cómo el abuelo también le contaba historias; su corazón no paraba de latir, estaba tan contenta, quería gritar de felicidad, no podía creer que eso fuera cierto, pero se veía tan real; y el niño, cuando la vio fijamente, ella sintió la misma fuerza que cuando lo tuvo por primera vez en sus brazos.

Finalmente despertó, su pijama estaba húmeda, había llorado mientras dormía. Sabía que lo que había hecho no estaba bien, que tendría que pagar por lo que había hecho, tenía que enfrentar sus acciones frente a la ley. Contó la historia a Aerdna, Eon y Airam, pero ellos muy dentro de sí pensaban que su pobre amiga ya había perdido la razón; sólo Esoj le creía fervientemente y con eso ella tenía suficiente.

Él confiaba en ella, le había devuelto la alegría para vivir; había tomado malas decisiones, la muerte de Aleirbag no le había devuelto a su hijo, sin embargo ahora comprendía tantas cosas, porque aun en las peores circunstancias, como las que habían vivido, encontró amigos, lealtad, compañerismo, honestidad; aun en las peores circunstancias los seres humanos sacan fortaleza desde lo más profundo de su ser para sobrevivir, y que sin la ayuda y compañía de cada uno de ellos ella no habría podido salir del barco.

Sin saber cuánto navegaron, hasta el 17 de abril los encontraron. Habían logrado sobrevivir; sólo seis narraron su historia.

Nadie lograba creer su historia, era demasiado incoherente. En ese supuesto viaje eran trescientas cincuenta per-

sonas de muy alta jerarquía económica y estatus social, y sin embargo en la lancha sólo había seis personas con aspecto de turistas dopados y perdidos en el mar. No encontraron a nadie, sólo a ese grupo de Aifos.

La historia más evidente aunque también la más increíble era pensar que el crucero nunca existió. No había ningún cuerpo, sin embargo ellos lo aseguraban conmovidos; los médicos no daban crédito a lo que estaba pasando. Transcurrieron varios días, semanas, y ellos continuaban jurando que su historia era cierta.

Pero un día llegó una notificación al hospital; ésta decía que aquellas personas con aspecto de turista eran pacientes psiquiátricos del condado de Arizona. No lo podían creer, con esto tenían ya tres versiones distintas de una misma historia. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Qué hacían en altamar? ¿Por qué esa historia? ¿Qué se proponían? Tenían muchas preguntas, ya no sabían qué estaba sucediendo, pero que en realidad su historia no sucedió, no existió.

Los médicos se miraron fijamente sin saber qué hacer; ahora la misma historia era tan creíble que no hicieron más que dejarlos salir. Dos meses después se enteraron de que la historia sí había sido real, sólo que había sucedido hace tantas décadas que aquello los hacía dudar de su propia coherencia.

Alguna vez escuché a mi abuela decir que existió un hombre sabio que decía constantemente que “El tiempo saca a luz todo lo que está oculto y encubre y esconde lo que ahora brilla con el más grande esplendor”. Era muy joven para entenderlo entonces, y aunque ahora puedo comprender un poco más, este momento pone en duda la misma subjetividad de la verdad.





Segundo lugar

La clave es sol

Carlos Rivera Castillo

Era una vez, cuando el mundo estaba dominado por siete grandes reinos: Solder, Soda, Soluz, Zalla, Reset, Dorza y Fostle. Estos mantenían el equilibrio y la armonía en la humanidad.

En las afueras del reino Solder, el más pobre de todos, en una humilde cabaña nacieron Soled y Ruth, que desde nueve meses atrás estaban predestinados a estar juntos. Para muchos el reino Solder era el peor, porque a todos parecía que hasta el mismo dios los había abandonado, decían que se respiraba más tristeza que aire en ese lugar. Pero Ruth y Soled no lo pensaban así ya que sus padres les enseñaron que todo tenía razón de ser. Ellos tuvieron una bella infancia, no les importaba la pobreza, porque para ellos era más importante estar juntos que el dinero. Día a día sus padres hacían todo lo posible por llevar el pan a casa, pero las cosas comenzaron a empeorar, al grado de que Ruth y Soled tuvieron que trabajar para poder comer. Esto fue a causa de que los reinos entraron en una gran disputa, que amenazaba gravemente la integridad del mundo. —Hermano, me da miedo pensar en que el odio de los adultos va a terminar con el mundo—, dijo Ruth a Soled con preocupación. —Debes estar tranquila, que yo te cuidaré—, le respondió Soled mientras la abrazaba.

Y así pasaron los días, hasta que los infantes alcanzaron la edad de ocho años. Fue entonces que se desató la temida guerra. La familia trató de ocultarse en su hogar, pero los soldados llegaron a dar la orden de que era necesario que todas las mujeres trabajaran en el campo sin descanso y, para

ayudar a los soldados, los hombres tenían que ir al campo de batalla, dar si era necesario sus vidas por el reino. Ruth y Soled se quedaron ocultos en su hogar, a veces por días o semanas, hasta que sus padres volvieran del trabajo. Se dio la orden de llevar a todos los varones sin importar la edad a la batalla, de llevar a todas las féminas sin importar su edad a los campos a curar heridos y en malas ocasiones a atender de forma especial a los soldados. Sus padres hicieron hasta lo imposible para que no se llevaran a Ruth y a Soled, pero sus esfuerzos fueron en vano. En la memoria de Ruth está ese momento en el que iba tomada de la mano de su hermano, corriendo a toda prisa, escuchando de fondo los gritos y viendo cómo todo su entorno empezaba a ensangrentarse, los hombres despedazando a sus semejantes, la cara de su madre, las lágrimas de sus ojos, mientras que ella, ella simplemente se preguntaba si eso era crecer. Mientras que Soled sólo recuerda la mano de su hermana, el fuerte dolor que sintió al caer y el calor del pecho de su padre cuando logró reaccionar. Después, persecución; la familia se disolvió, Soled y su padre fueron enviados al campo de batalla, Ruth y su madre al campo de mantenimiento de heridos. Los dos eran muy jóvenes y no comprendían nada. ¿Por qué había heridos? ¿Por qué se mataban unos a otros? Pero en esos momentos no había tiempo para dudas.

Soled no sabía si era maña o suerte, ¿por qué seguía vivo? Llevaba siete años desde la última vez que vio a su mamá y a Ruth, mismos siete años de ver muerte y tristeza por todas partes. Él sólo soñaba con volver a ver a su hermana y a su madre. No sabía si seguían vivas y no quería pensar que habían muerto. Pero Ruth y su madre seguían vivas, corrían con la misma suerte; un par de veces fueron transferidas y estaban bastante cansadas. Un día, mientras ellas trabajaban en el campo, un soldado comenzó a acosar a Ruth. Primero la miró, hasta acercársele y tomarla entre sus brazos; ella se resistía, pero el hombre era muy fuerte, así que su madre lo golpeó. El soldado, bastante furioso, la agarró de los cabellos y la golpeó en el rostro hasta hacerla perder la razón. Ruth lloraba desconsoladamente, su madre

sangraba y el guardia reía de su sufrimiento. De pronto se detuvo la risa, Ruth miró su cara seria, sus ojos sin vida y, entre el silencio, el ruido de su armadura cayendo al suelo. En un abrir y cerrar de ojos había una caballería tomando ese campo de cultivo. Ruth miró con miedo a uno de esos soldados y éste le dijo: —Todo estará bien, pronto terminará su sufrimiento—. Los soldados no eran mercenarios ni nada de eso, venían del reino de Soluz, el más justo de todos, venían a ayudar a las pobres mujeres que estaban en las peores condiciones humanas y sobre todo venían a protegerlas de la maldad de los soldados.

Por otro lado Soled y su padre junto a otros soldados acampaban en el bosque; unos cansados, otros durmiendo, ellos hablando de lo que anhelaban más. Ojalá nunca hubieran hablado, ojalá hubieran estado atentos, ya que nadie estaba vigilando y, sin sospecharlo, un grupo de mercenarios los atacó sin piedad. Soled no pudo hacer nada, no pudo hacer nada más que ver cómo su padre se oponía entre él y la filosa espada que iba directo a su corazón. La espada atravesó el cuerpo de su padre y las esperanzas de Soled, ni siquiera se pudo mover, sólo pudo voltear, ya que sentía el frío acero de la espada, pero su padre entre él y la espada se opuso. Esto sólo despertó su furia, tomó la espada clavada en el pecho de su padre, tomó al asesino con coraje, comenzó a masacrarlo con brutalidad, disfrutando cada corte, cada grito del hombre, pero también aumentando el dolor, ya que detrás de cada herida había un recuerdo de Soled con su padre, el único que le hacía creer que la vida no era tan miserable como parecía. El mercenario quedó totalmente desfigurado mientras sus acompañantes huyeron asombrados de la brutalidad de Soled y la minoría con la que contaban. Los hombres que acompañaban a Soled y a su padre estaban sorprendidos al ver la brutalidad con la que Soled había acabado con la vida de ese desgraciado. Soled llorando, decía con gritos de dolor: —¿Por qué?, ¿por qué lo mataste, maldito?—, mientras pensaba “¿Por qué lo he hecho? ¡Me he convertido en lo mismo que él!, ¡en un asesino! ¿Pero cómo es esto?”. Avienta la espada y abra-

za el cuerpo de su padre: —Perdona, me enseñaste que la venganza es el peor de los sentimientos, y ahora lo veo, he destrozado a este hombre y eso no me regresará el brillo de tus ojos.

Los demás al ver su sufrir intentaron tranquilizarlo, pero esto sólo ocurrió cuando creyó escuchar la voz de su hermana diciéndole: —Tranquilo, hermano, todo estará bien—. Él sólo miró la luna y se dijo con melancolía: —Las extraño mucho y les juro que las volveré a ver—. Al día siguiente siguieron su misión, que era llegar lo más rápido posible al reino de Zalla. Tras semanas de caminatas por fin llegaron, todos cansados y heridos, pero su esperanza y ánimos aumentaron al ver el reino de Zalla, el reino de la luz. Ahí curaron de todas sus heridas físicas, pero la herida de Soled sólo podría aliviarla su familia. Después de unos días de descanso se les dio la orden de ir en auxilio del reino de Soluz, que había caído en manos del reino de Zoda, que contaba con más ejército.

Mientras tanto, Ruth estaba preocupada por su madre, por ella misma y por los demás, por los ataques que llegaban al reino. Su madre le decía: —Yo estaré bien, preocúpate de ti y por los demás, ellos necesitan de ti—. Hizo caso a las sabias palabras que le dio su madre y ayudó en todo lo que pudo hacer, pero no se le quitaba el miedo. Tras varias semanas llegaron refuerzos del reino de Zalla; se quitó un poco de temor. Los soldados llegaron cansados, pero entre todos ellos parecía reconocer a uno.

Soled junto a sus amigos guerreros entraron al reino de Soluz, tuvieron una cálida bienvenida. Él se percató de que una joven más o menos de quince años lo miraba fijamente, pero él sólo siguió a las enfermeras hacia el gran salón. Ya en la noche, todos mencionaban lo que más querían; unos querían hermosas mujeres, otros volver con sus familias, pero Soled dijo: —Volver a ver a mi madre y hermana—. En ese momento al fondo del salón se escuchó: —Yo también extraño a mi padre y a mi hermano—, dijo Ruth con voz cortada. Le preguntaron: —¿Cómo se llamaban?—. Ella contestó: —Aún siguen vivos, se llaman Perseo y Soled—. Al escuchar

esto, Soled se levantó frente a ella y le preguntó seriamente: —¿Hace cuánto no los ves?—. Respondió: —Siete años—. Al momento de terminar de decirlo sintió el abrazo de su hermano, soltó una lágrima, diciéndole con emoción: —Por fin te vuelvo a ver—. Los dos hermanos llorando no lo podían creer; de nuevo los dos, después de tanto tiempo esperando ese momento, el momento de volverse a ver, de volverse a hablar, de volverse a abrazar... —Te extrañé, hermano, como no tienes idea, ¿pero...

Para cuando el ejército tomó el castillo todos los ciudadanos ya estaban a kilómetros de ahí, migraron hacia el reino de Soluz, su aliado. En las cercanías de Soluz se percibía muerte por todos lados, había estandartes clavados en la tierra representando a Soluz y a Reset, este último más conocido como el reino de los muertos. Cuando están cerca de Soluz, se veía devastado. El reino que fue una vez el reino justo de la luz estaba reducido a la nada. Decepcionados, tomaron su rumbo a otra parte, y a cada paso notaron lo que una guerra había provocado, miles de inocentes muertos, los lugares que alguna vez fueron majestuosos reducidos a ruinas, todo destruido al borde de la muerte, a lo lejos se veía un grupo de sobrevivientes. Nadie sabía a dónde ir, nadie sabía qué hacer, Ruth y Soled sugirieron dirigirse al reino de Solder, era su única solución. Ya en Solder, los representantes del Solder y Zalla se estaban poniendo de acuerdo en cómo ganar la guerra; Soled pidió la palabra:

—¡No hay que pensar cómo ganar la guerra, sino cómo podemos detenerla! En este momento hay dos soluciones, una es convertirnos en esclavos y seguir sufriendo hasta la muerte, dejando al olvido la muerte de todos los que amamos y nos amaron cuando estaban con nosotros; y la otra, un último esfuerzo, un último ataque, tres reinos Zoluz, Zalla y Solder peleando por la libertad.

Los reinos no sabían si seguir la sugerencia, temerosos por perder todo, estando a punto de negarse, Ruth dijo: —¡Si morimos será como hombres libres, si nos hacen esclavos, moriremos como cobardes, sólo piensen en todos, por favor!—. Los reyes decidieron hacer estrategias para atacar,

unos pensaban en un ataque frontal, otros en algo más estratégico, pero terminaron atacando lentamente. Cuando los ejércitos estaban listos comenzó la marcha hacia Zoda; los ejércitos sin miedo alguno escuchaban a kilómetros la marcha, los tambores, su deseo de libertad hacía que el suelo retumbara asemejándose a un terremoto, y el canto terrorífico cual llama de dragón se oía a más de quinientas millas sobre el cielo. A lo lejos el castillo de Zoda parecía una hormiga y sus soldados granos de arena, la caballería resplandecía junto a los rayos del sol, que parecía que los seguían durante su trayecto, pero una desagradable sorpresa les aguardaba: ¡el castillo destruido, derrumbado, aniquilado!, los soldados muertos y mutilados, un árbol marchito adornado con las fuerzas especiales de Zoda. Ruth y Soled quedaron pasmados de miedo al igual que el resto del ejército; caminando un poco más encontraron un pergamino en el árbol que decía: “Es vuestro turno”.

Soled volteó y sintió cómo una flecha entraba en su pierna izquierda; Ruth espantada volteó y el sol se ocultaba, una tormenta caía, el entorno era espeluznante; recordó lo de aquel soldado que intentó abusar de ella, que igual que en aquella ocasión en un abrir y cerrar de ojos las cosas habían cambiado, ¡el ejército estaba tomado por la fuerza de Reset! Todos aterrados, ellos no lucían como humanos, parecían sombras con armaduras, ojos rojos brillosos que no reflejaban alma alguna, armadura gruesa y resistente cual piel de dragón, tamaño enorme como caballos, pero lo que más aterrorizaba era su armamento y sus bestias, espadas rojas como si fueran recién forjadas, dragones de color negro y sendos, bestias casi extinguidas hechas de piedra con veinticinco metros de altura, que al momento de morir se convierten en fuego. Soled tomó valor, se levantó en una piedra y gritó con pasión:

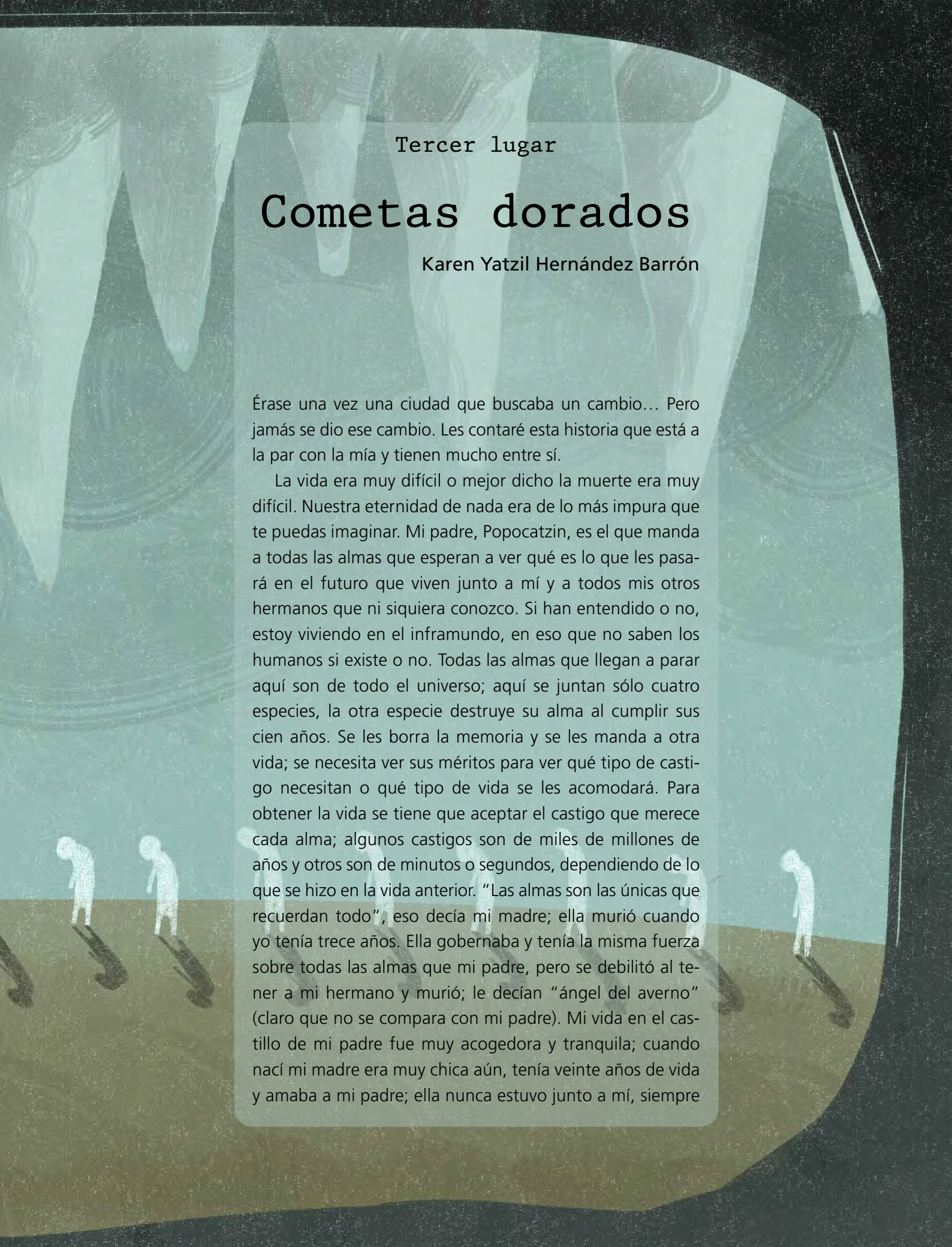
—Puede que parezcan terroríficos e imposibles de vencer, pero busquen en vuestros corazones y verán que hay una luz como el sol en todos nosotros, que encenderá cuando seamos libres. No desistan, por favor no lo hagan, el poder está en nosotros, el triunfo es el resplandor que llevamos en

el alma, ese resplandor tan brillante como el del sol. No lo olviden: ¡la clave es el sol!

El ejército en una sola voz gritaba: —¡La clave es el sol!—. Soled le dijo en el oído a Ruth: —Pase lo que pase nunca olvides quién eres, adónde vas, ni tus ideales—; se abrazaron. Todos callaron y Ruth gritó con todas sus fuerzas: —¡Libertad!—. El tiempo se paró, los segundos parecían días a los ojos de Ruth, todo iba en cámara lenta, los dos ejércitos chocando en combate; unos luchaban por tierras, oro, deseo de poder, pero otros por los valores, por la libertad, por la gente que más querían.

Soled quedó blanco, una flecha penetró por el hueso, lo cual causó que se desangrara lentamente; miró al cielo y cayó la última gota de lluvia sobre su nariz, vio el horizonte, la luz del sol, amarilla, hermosa, y en el centro una luz blanca, un caballo que sostenía dos estandartes, uno dorado y otro blanco, y estos colores distinguían a los reinos de Dorsa y Fostle, los más grandes de todas las tierras, y como en coros de ángeles se escuchaba: “¡La clave es el sol!, ¡la salida es la luz del sol!”. Las fuerzas de Reset comenzaron a desvanecerse con el paso del imponente ejército, los dragones libres al fin salieron volando y los sendors volvieron a donde ellos debían estar. Había muchos heridos, pero felices; han conseguido lo que querían: sus valores y la libertad, cinco reinos luchando mano con mano fundaron el próspero reino de Sandar, la Tierra del Sol. Ruth siguió cuidando a su madre y el bienestar del reino mientras que Soled se encargaba, desde el lugar místico del amanecer, de proteger el reino y asegurarse de que el sol vuelva a salir porque, como saben, la clave es el sol.





Tercer lugar

Cometas dorados

Karen Yatzil Hernández Barrón

Érase una vez una ciudad que buscaba un cambio... Pero jamás se dio ese cambio. Les contaré esta historia que está a la par con la mía y tienen mucho entre sí.

La vida era muy difícil o mejor dicho la muerte era muy difícil. Nuestra eternidad de nada era de lo más impura que te puedas imaginar. Mi padre, Popocatezin, es el que manda a todas las almas que esperan a ver qué es lo que les pasará en el futuro que viven junto a mí y a todos mis otros hermanos que ni siquiera conozco. Si han entendido o no, estoy viviendo en el inframundo, en eso que no saben los humanos si existe o no. Todas las almas que llegan a parar aquí son de todo el universo; aquí se juntan sólo cuatro especies, la otra especie destruye su alma al cumplir sus cien años. Se les borra la memoria y se les manda a otra vida; se necesita ver sus méritos para ver qué tipo de castigo necesitan o qué tipo de vida se les acomodará. Para obtener la vida se tiene que aceptar el castigo que merece cada alma; algunos castigos son de miles de millones de años y otros son de minutos o segundos, dependiendo de lo que se hizo en la vida anterior. "Las almas son las únicas que recuerdan todo", eso decía mi madre; ella murió cuando yo tenía trece años. Ella gobernaba y tenía la misma fuerza sobre todas las almas que mi padre, pero se debilitó al tener a mi hermano y murió; le decían "ángel del averno" (claro que no se compara con mi padre). Mi vida en el castillo de mi padre fue muy acogedora y tranquila; cuando nací mi madre era muy chica aún, tenía veinte años de vida y amaba a mi padre; ella nunca estuvo junto a mí, siempre

me cuidó un alma que tenía un castigo bastante amplio; aun así la conocí lo bastante para que pueda criticarla como lo hago ahora. Tampoco pude conocer mucho a mi padre, pero él me explicó varias dudas que yo tenía; ése es el único recuerdo bueno que tengo de él.

Yo platicaba más con el alma que me cuidaba y me hablaba, me decía que les quitó la vida a miles de personas y que en cuanto llegara a tener la oportunidad de tener vida nuevamente corregiría a su contenedor de alma (cuerpo) todo lo necesario para que no pasara lo mismo dos veces.

Al cumplir los cuatro años podía comer por mi cuenta y caminar, podía ver cómo sufrían las almas desde la ventana de la habitación vacía en la que yo vivía. Era un cuarto de tres paredes y un gran vitral en el cual te podías asomar perfectamente para ver lo que existía afuera. Yo pude ver que la vida tenía un sentido masoquista para todos sin excepción alguna; al alma que me cuidaba le decía Al; nunca pude ver su rostro, siempre me decía: —No lo mires—. Aunque mis siguientes días se veían bastantes desolados y apáticos, pude hacer contacto visual con un alma, pero lo que no me imaginaba que pasaría era que pudiera hablar con ella.

—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —no tenía ni la menor idea de cómo contestarle, nunca había hablado con otra persona que no fuera Al.

—M... i... mi... nombre es A... cho... cho... tlín. Achotlín.

—Qué hermoso nombre es el que te han dado, ¿qué es lo que estás haciendo ahí? —Al parecer no se había dado cuenta de que yo era la nueva hija de Popocateztlín.

—Este lugar es donde vivo.

—Si te cachan ahí podrían hacer que pierdas más tiempo en conseguir una nueva vida. Ven, avientate, yo te cazaré y te llevaré a donde es tu lugar.

Yo tenía un gran interés en saber qué era lo que existía más allá del castillo, siempre veía las mismas cosas dentro del castillo y pensé en ese momento: “No pasará nada si me voy y vuelvo en unos momentos; nadie se dará cuenta de eso”. Estaba tan equivocada. Salté del ventanal y el alma me atrapó en sus brazos.

—Pequeña, ten cuidado, ¿dónde es tu sentencia? O ¿aún no te han juzgado?

—Sí, es eso, no me han juzgado. ¿Me puedes decir cuál es el camino?

Me advirtió que sería difícil llegar, pero yo le pedí que siguiera con su sentencia para que pudiera tener una vida nueva más rápido. Caminé muchos kilómetros pero no tardé mucho en llegar a un bosque; tenía varios árboles enormes y frondosos, pero estaban quemados. Yo lo veía normal en ese tiempo pues lo único que se podía ver eran esos árboles quemados y sin vida.

Caminé por unos minutos y no tardé en encontrarme un retoño de árbol verde y pequeño que estaba a punto de pisar, lo miré varios minutos y después lo recogí y lo puse entre mis manos para llevarlo a casa y ver lo que hacía.

Me detuve porque escuché unas pisadas de algo muy grande que llevaba kilómetros siguiéndome, no sabía qué hacer; me alcanzó y me atacó.

Su primer golpe me pudo haber matado, pero en ese momento me pude dar cuenta de que no era una bebé común y corriente, tenía un poder especial, podía atacar a cualquier cosa extrayendo la vida de un objeto vivo. Tomé la vida de aquel retoño de árbol y la usé para matar aquel mongro (lo que me seguía).

Volví con grandes esfuerzos, era tan pequeña que me costaba más tiempo recorrer lo que un adulto; cuando llegué este Al estaba desesperado buscándome por todo el castillo sin aliento.

—¿Por qué me has hecho esto? pensé que éramos amigos y compañeros de un pedazo de esta historia. ¿Por qué?, ¿por qué?

Su alma se esfumó con la caída de su tercera lágrima. No tenía la menor idea de qué era lo que estaba pasando.

—¿Qué es lo que te está pasando, Al? —llorando.

—No pude hacer bien mi castigo, eso quiere decir que... mi alma se desvanecerá por siempre...

—¡No!, Al, no quiero que te vayas.

Al se había desvanecido, y con su última lágrima cayendo vi por primera y última vez el rostro de Al.



Mis siguientes años fueron más que un infierno, fueron una repercusión de las últimas palabras de Al en mi mente; me estaba autocastigando. Cumplí los nueve años más rápido que nada, mi “habitación” era más una habitación que un cuarto. En esos tiempos tenía varias preguntas sobre qué es lo que pasa en cada diminuto punto del espacio.

En mi habitación sólo había un tapete diminuto en el cual dormía y un arco que pude hacer con cosas que encontraba en los pasillos del castillo; la alfombra la había robado de una habitación que encontré al lado de donde me daban de comer.

Cada vez que dormía llegaba el remplazo de Al y me hacía un encanto para que pudiera cerrar los ojos y hacer eso que no era necesario para mi cuerpo: dormir. Un día el remplazo de Al me llevó a comer, como todos los días de mi existencia transcurrida.

—Oye, tú y yo nunca hablamos, dime ¿qué es lo que opinas que te pase si desobedezco tus órdenes?

—Nada.

—¿Y si me pasa algo malo?

—Nada.

No tenía sentido lo que me había dicho Al en sus últimas palabras con lo que decía su remplazo; ¿cuál era la razón por la que desaparecieron a Al?

—Dime, ¿cuál era tu nombre en tu anterior vida?

—No lo recuerdo.

—¡Esto no puede ser, las almas nunca olvidan nada!

—Yo sí, ya lo pude olvidar.

—Tú no eres un alma –lo tomé de sus hombros y lo empecé a golpear–, cállate, no quiero escuchar tu tonta forma de pensar.

Mi padre iba pasando por ahí y me detuvo y me preguntó unas cuantas cosas.

—¿Quién te enseñó eso? Deja de recordar lo que te pasó hace unos tres años, ¿me has oído? Sígueme.

—Sí, padre.

—No me digas así.

Lo seguí hasta su cuarto donde ejecutaba a las almas inservibles.

—Dime, ¿qué es lo que te pasa? —empezó a hablar.

—Nada, ese sujeto no es un alma de verdad.

—Claro que sí, no digas tonterías.

—Yo sé lo que te digo, él no recuerda su antiguo nombre y no tiene el mismo interés por obtener vida de nuevo.

—Puede que tengas razón, pero aun así no es tiempo para que la toques. Espera, ¿tú qué sabes de almas?

—No mucho, pero sé que su comportamiento normal no es ese.

Me volteó a ver a los ojos y me tocó los cachetes con fuerza, los soltó y dejó de ver mis ojos.

—No tienes que meterte con las almas, el único que las puede usar como quiera soy yo. ¿Entendido?

—Sí. ¿Puedo preguntarte algunas cosas antes de irme?

—Sólo pregunta y no me quites más mi tiempo.

—¿Qué fue lo que le pasó al alma que cuidaba de mí antes?

—Tenía que ser diluida, era demasiado peligrosa como para seguir existiendo, para que no se preocupara le mentimos diciéndole que tú eras la causa por la cual lo íbamos a disolver.

Mi mundo se derrumbó en ese momento, me di cuenta de que todo lo que había pensado hasta ese momento era nada más y nada menos que una mentira, una ilusión, un abismo sin fondo.

—¿Cuántos tipos de vida existen en todo el universo?

—Son cinco. El primero somos nosotros: somos llamados glhush, somos temidos, adorados e ignorados por las otras cuatro formas de vida. Somos una forma de vida vital para la vida, sin exageraciones. Somos los únicos que recogemos todas esas almas sin contenedor (cuerpo) y decidimos su destino; somos el grupo de vida más pequeño, está integrado por Popocatzin (yo), cada uno de sus hijos y su mujer actual.

“El número dos: su nombre es sarks, viven en un planeta mediano extremadamente diferente a nuestro planeta. No

se sabe mucho de su historia actual, pero sí se sabe mucho de su antigua historia. Son una forma de vida muy peculiar, y eso es porque no tienen sentimientos. Ellos mismos se los quitaron.

—La razón es una historia muy antigua, pero muy verdadera; empezaron a descubrir que tenían poderes mentales, los cuales les permiten hacer lo que se les plazca con un objeto o forma de vida; se dieron cuenta de que los que no tenían la oportunidad de saber que podían hacer eso los podían matar... —Interrumpí a mi padre con su explicación y le pregunté una palabra que no tenía significado para mí: matar.

—¿Qué significa matar?

—Quitar la vida; puede ser con tus acciones o con tus efectos que dejas por tus decisiones que vas dejando. ¿Puedo continuar o todavía la jovencita tiene más preguntas?

—No, puedes seguir.

—Pero obviamente se fue revelando ese poder en todos los habitantes y se empezaron a matar entre sí por sus emociones; llegó un grupo de su misma especie y llegó a la conclusión de que si eso seguía así su especie se podía extinguir, así que tomaron la decisión de quitarse los sentimientos para que su especie pudiera progresar. Últimamente lo único que se sabe es que viven en la oscuridad de un bosque y sólo leen los libros que escriben unos a los otros y miran a su alrededor.

—La tercera es: la tranps, viven en la mayoría del universo, ocupan todo eso que las otras formas de vida no ocupan, son muy pacíficos y son los más neutros de todo el universo. Su vida la usan para saber todo, absolutamente todo; viven cien años, ni más ni menos, no se les puede matar o salvar con nada que exista, que existió o que existirá, su alma la guardan en un pequeño contenedor en forma de lo que más aman; es la forma de vida más lista, separan su alma de su cuerpo para resistir más años con vida. Viajan por todo el universo; si algún día quieres viajar por el universo ésa sería tu mejor opción, también son los más avanzados en todo el universo.

“La cuarta forma de vida son los repticos, están divididos en dos: dragones y dinosaurios. Son muy fuertes y muy sabios, su cuerpo es muy grande, pero aun así puedes engañarlos una que otra vez; no toman decisiones sin tener una verdadera razón (son muy buenos amigos y nunca te dejan solo, ya que los conoces te puedes dar cuenta de que son alegres), viven en siete planetas diferentes. Hubo una ocasión en la cual trataron de vivir en otro planeta con las condiciones exactamente parecidas a las de sus planetas, pero llegó un meteorito y los mató a todos; por esa misma razón no se deja que se ocupen otros planetas o planeta aparte del que tú vienes.

“Y por último la quinta forma de vida: ésta es la más importante y la más nueva de todas; se hacen llamar humanos, viven en un planeta, es el planeta que quisieron tomar los repticos, han aguantado muchas desgracias ocasionadas por ellos o por el planeta. Son muy débiles porque sus emociones los manipulan; si fueran fuertes ya hubieran destruido todo el universo; son extremadamente tontos, siempre han querido saber muchas cosas, algunas causadas por las almas, ellos son los únicos que no las pueden ver. Separan a su especie por sus características, pero son puras tonterías, todos son iguales, tienen un poco de todas las formas de vida. Ignoran por completo nuestra existencia y viven engañados por ellos mismos.

“¿Alguna otra pregunta?

—¿Yo estoy viva o muerta?

—Tú... estás en medio de las dos; eso quiere decir que tu alma desaparecerá cuando tu contenedor de alma (cuerpo) deje de funcionar.

—Gracias por todo.

Después de esa grande explicación que me dio mi padre dejé de verlo hasta que cumplí doce años.



Cuando cumplí doce años supe que mi madre estaba embarazada (de nuevo) y estaba esperando a un niño que nacería

cuando yo cumpliera trece años exactamente. No me sentía emocionada por esa noticia ni triste, sólo era algo que pasaría y no tenía sentido.

Mi madre, el ángel del averno, me empezó a hablar cuando faltaba un mes para el nacimiento de mi hermano.

—Oye, Achotlín, ven, quiero decirte unas cosas antes del nacimiento de tu hermano.

Yo iba de regreso a mi habitación para mirar las almas en su sufrimiento extremo.

—Claro, ángel del averno —dije yo.

—No me digas así, dime M-A-M-Á —tenía la voz muy debilitada, su apariencia no lucía como la normal, no era el ángel del averno que yo conocía, era su agonía en su mayor esplendor.

—Entiendo. Le diré así de aquí en adelante.

—Acércate, tal vez ésta sea la última vez que me veas.

Yo me acerqué lo más que pude a su cuerpo recostado en una cama muy larga y acogedora.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Quiero que... tú huyas de aquí con tu hermano en cuanto nazca, cuida de él como de ti y vete al otro lado de este mundo. Ayúdalo en todo lo que te pida, pero nunca respondas a sus preguntas, ayúdale a responderlas. Tú ya descubriste muchas cosas por ti misma y por tu padre, pero quiero que tú... seas una verdadera hermana para él... Ahora lárgate a pensar a tu cuarto. Te amo... nunca me olvides, ni lo que te dije alguna vez. Espero que algún día le puedas decir esas palabras a alguien o algo y que sienta lo mismo la otra persona o cosa. Se acabó tu vida sin sentido... Adiós, Achotlín.

Después de eso me largué a mi cuarto como lo dijo mi madre, y pensé cómo iba a cuidar a un bebé yo sola sin la ayuda de nadie y volverlo una persona de paz, como yo.



—Hermana, es hora de volver a casa, ya está cambiando el clima.

—Sí, me pude dar cuenta, retirémonos, ya es hora de tomar nuestros alimentos.

Hacía ya trece años que mi padre nos había exiliado de su castillo. Mi hermano tenía pocos minutos de haber nacido y ya estábamos en camino del bosque donde nos refugiamos unos cuantos días, y después caminé con mi hermano en los brazos por días para llegar al otro lado de nuestro mundo, como me lo había pedido mi madre difunta.

Tuve que darle una vida muy pobre a mi hermano ya que sólo tenía lo que me había robado del castillo de mi padre para cuidar a mi hermano y cuidar de mí. No tenía todas las comodidades que tenía en aquel castillo, pero para mí era mejor que vivir en esa jaula.

Ese día al volver con mi hermano a la cueva que había arreglado para que él pudiera llamarla casa, él empezó a preguntarme las mismas preguntas de cuando yo tenía cuatro años.

—Hermana...

—¿Sí?

—¿Existen más como nosotros?

—No puedo responder a esas preguntas.

—¿Por qué no?

—Porque lo tengo prohibido, sólo contestaré con sí o no.

—¿Cuántos existen como nosotros?

—No.

—¿Qué? Ésa no es una respuesta.

—Sólo puedo responder con sí o no. Piensa mejor tus preguntas.

Mi hermano se quedó pensando mucho tiempo para mi gusto.

—¿Tú conoces a otros como nosotros?

—Sí.

—¿Podré conocerlos algún día?

—No. Sí.

—¿Puedes guiarme a un lugar donde pueda contestar mis preguntas?

—Sí.

—¿Mañana?

—Sí.

—Está bien, descansaré para poder salir mañana temprano.

—¿Quieres que te encante para cerrar los ojos o tú ya puedes solo?

—Hazlo una vez más y la siguiente vez lo intentaré yo solo.

—Está bien, pero escucha cuidadosamente.

“Ayúdame, fuego eterno, a cerrar mis ojos para poder ver solamente la oscuridad del inframundo... —En ese momento mi hermano se durmió y yo hice lo mismo.

Las estrellas brillaban como nunca las había visto antes, el cielo tenía una pinta de “Ayuda a tu hermano, yo también lo ayudaré con el clima”. No tenía otra opción que pensar a qué lugar lo llevaría para poder responder sus preguntas, y de repente salió una idea de mi cabeza. Podía buscar a aquella cosa que me quería matar cuando yo tenía cinco años.

—Hermano, puedes levantarte ya, tenemos que caminar mucho para llegar a aquel lugar que responderá todas tus dudas.

Mis palabras eran innecesarias, mi hermano ya tenía todo listo; había guardado su futón y limpiado la cueva; la única que no estaba lista era yo. Me levanté rápidamente, acomodé mi futón en un pequeño hueco que había hecho para guardar cosas, tomé un gran vaso con agua, me arreglé y cuando estaba a punto de salir de aquella cueva pasó por mi cabeza que tenía que enfrentar a ese mongro. Me volví a meter a aquella cueva, caminé hasta el fondo de ella, presioné una pared con mucha fuerza para abrir un pasadizo secreto que sólo yo sabía que existía, metí la mano y saqué un retoño de árbol del interior. Yo lo había cuidado desde que era una semilla hasta ese momento; tenía varios adentro, pero el que yo había sacado era el más fuerte de todos.

—Hermana, apresúrate, ya quiero empezar con el recorrido.

—Esto no es una excursión, es una nueva vida, despídete de esta cueva, jamás volveremos aquí. —Salía de la cueva y la modificaba con mi poder de cambiar cosas con la vida.

—Está bien. te recordaré como una casa, no como una cueva, gracias por cuidarme en esos tiempos de lluvia ácida. Adiós.

—Bien, camina atrás de mí, cuida tu espalda y de la mía.

—Está bien. Eres la mejor hermana.

Esas palabras jamás las había escuchado, no pensaba que él me pudiera querer. Caminamos por muchas semanas y nunca encontramos una forma de vida o un alma; era hora de descansar. Mi hermano no quería preocuparme, pero él estaba en su límite. Pensé: “Es hora de volver con papá”.

—Zayn, es hora de descansar.

Volteé para donde mi hermano estaba y sólo estaba su cuerpo tirado en medio de un desierto sin final. Corrí a ver qué era lo que tenía, pero todo estaba bien, lo único que le faltaba era hidratarse. Tomé un poco de vida del retoño que tenía colgando en mi cintura e hice una jarra de agua para Zayn.

—Toma. Bebe esta agua.

—Gracias, hermana, no quería preocuparte es por eso que no te dije nada.

—Sí, lo noté. No tienes que ocultarme nada.

—Lo intentaré.

Eso que quería decir su “lo intentaré” era demasiado sospechoso.

—¿Qué me ocultas aparte de tu insolación?

—Nos ha estado siguiendo un grupo de tres... No sé cómo se llamen, pero tienen un contenedor de alma (cuerpo) gigantesco.

—Esta idiota es lo que estamos buscando desde el principio. Estoy más aliviada ahora, prepárate para matar a dos, y a uno hay que sacarle todas las respuestas.

—Muy bien. Ya estoy mejor.

Nos levantamos para ir tras ellos y hacer lo que se tenía que hacer. Mi hermano sacó varias púas de luz de sus dedos y las lanzó a ellos para matarlos; yo saqué varias flechas de vida y las acomodé en mi arco. No podía verlos, se escondían muy bien para ser tan grandes, pero no podían cambiar su muerte de fecha o de hora.

Caminamos para atacarlos y que no se desperdiciaran nuestras armas en esas vidas inservibles.

—Hermana, me adelantaré para traerlos, tú quédate aquí.

—No. Yo iré contigo. Si te matan todo lo que hemos hecho será en vano.

Los dos caminamos, los matamos y nos pudimos dar cuenta de algo: los monglo no hablan nuestro idioma, sólo gimen. Lo cual nos irritó demasiado.

—Hey, chicos, quédense quietos –nos habló una voz que no sabíamos de dónde provenía.

—¿Para qué? ¿Para que nos maten?

—No, les juro que no pasará nada de eso.

Nos dejamos absorber por un pequeño hoyo negro. Adentro de él se encontraba un chico de mi edad que nos pedía disculpas.

—Discúlpeme, no tengo nada más que decir... Así que adiós –dijo él.

—¡Espera! ¿Puedes responder las preguntas de mi hermano? Por favor te lo ruego.

—Sí, está bien, tal vez así me sienta más limpio. Preguntata, pequeño Zayn.

—¿Por qué sabes mi nombre? –dijo mi hermano.

—Porque ustedes dos y yo nos conocimos hace tiempo en una pelea que tuvieron con animales. Yo no pude soportar más y me adentré a la pelea; ahí los conocí. Pero debido al tiempo y el espacio cambié un poco su futuro y lo más recomendable es que los conociera hasta hoy.

—Espera, tú eres... eres un tranps, si no me equivoco –dije yo.

—Sí, eso soy yo. Lo siento tanto por arruinar sus vidas anteriormente.

—¿Cuántas formas de vida existen? –preguntó mi hermano.

Son cinco –y sacó una cápsula de su bolsillo del pantalón y se la dio a Zayn–. Toma, tómate esto y lo sabrás con detalles, hasta pensarás que en verdad estuviste en todo el universo.

—Está bien. —Zayn tomó la píldora y se desmayó a los tres segundos después.

—¿Qué has hecho a mi hermano? —dije yo.

—Nada, sólo es un efecto de la píldora. Cuando acabe su recorrido despertará normalmente —dijo él.

—Qué es lo que pasa con ustedes los tramps, jamás se les olvida algo.

—Claro que no, Achotlín, tengo que decirte algo que es muy importante para mí y que seguro te confundirá.

—Dime, soy toda oídos —dije yo.

—Te amo.

Era la segunda vez que escuchaba esas palabras, sonaron llenas de sentimientos reprimidos por largo tiempo.

—Yo no puedo decir lo mismo de ti, es la primera vez que te veo y hablo contigo. Mi madre decía que tenía que sentir lo mismo que la otra persona que me dijera te amo. Pero el problema es que yo no sé lo que es el amor.

—Te demostraré qué es el amor.

Tomó mi brazo y me acerco a él, nuestros labios se juntaron, él me soltó una vez que me babeó toda mi boca.

—¿Qué se supone que es eso? —dije yo.

—Es un beso. Deberías de estar sonrojada en este momento.

—¿Qué es sonrojarse?

—Es cuando tu rostro toma un color rojizo.

—Am... pues yo no tengo nada de eso, hasta he llegado a pensar que yo no tengo sentimientos. Pero lo que siento por mi hermano me hace cambiar de opinión.

—Lo sé, eres tan linda por dentro y por afuera que me enamoré de ti demasiado rápido, para ser sincero.

—¿Puedo preguntar qué soy yo?

—No lo sabes aún, pues eres mitad humana y mitad demonio.

—¿Humana?! No puede ser, eso quiere decir que mi madre era un un... humano.

—Sí, ella era cien por ciento humana.

—Ella era muy fuerte para ser una simple humana. Entonces ¿por qué era tan fuerte?

—Porque ella fue salvada una vez por tu padre y gracias a eso se le quedó un poco de la fuerza de tu padre.

—¿Por qué murió ella?

—Porque le regaló toda su fuerza a tu padre en el último momento de vida.

—Su alma. ¿Dónde está su alma?

—Su alma desapareció porque todas las mujeres que tienen una relación con Popocatezín, cuando mueren, su alma es disuelta por todas las cosas que saben y que ni nuestra forma de vida sabe.

Mis ojos empezaron a lagrimar por primera vez en toda mi vida transcurrida, caían como una cascada de mis ojos, no lo pude controlar, las lágrimas caían cuando ellas querían y como querían.

—¿Esto es llorar? ¿Cómo se para? —dije yo.

—Tú lo paras cuando quieras.

—No puedo hacerlo.

Tomó mi espalda y me apretó entre sus brazos. Eso era un abrazo, era la primera vez que sentía uno; ese chico había sacado varias cosas que no pude sacar en mis veinticuatro años de vida.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté yo.

—¿Mi nombre? Me llamo Shun.

—Creo que te amo.

—¿Qué? No puedes decir eso. Hace unos segundos me dijiste que no tenías sentimientos y ahora me dices te amo.

—Creo que gracias a ti pude responder muchas preguntas que tenía sin contestar. Gracias.

Después de eso mi hermano despertó y nos miró diciendo: —Creo que todas mis preguntas han sido respondidas—. Lo miramos y le preguntamos al mismo tiempo: —¿Cuáles son tus otras preguntas?

—¿Qué es lo que creó todo esto?

—Es verdad, esa pregunta siempre me la he preguntado —dije yo.

—Lo que creó todo esto... fue una explosión gigante que fue formada por el vacío.

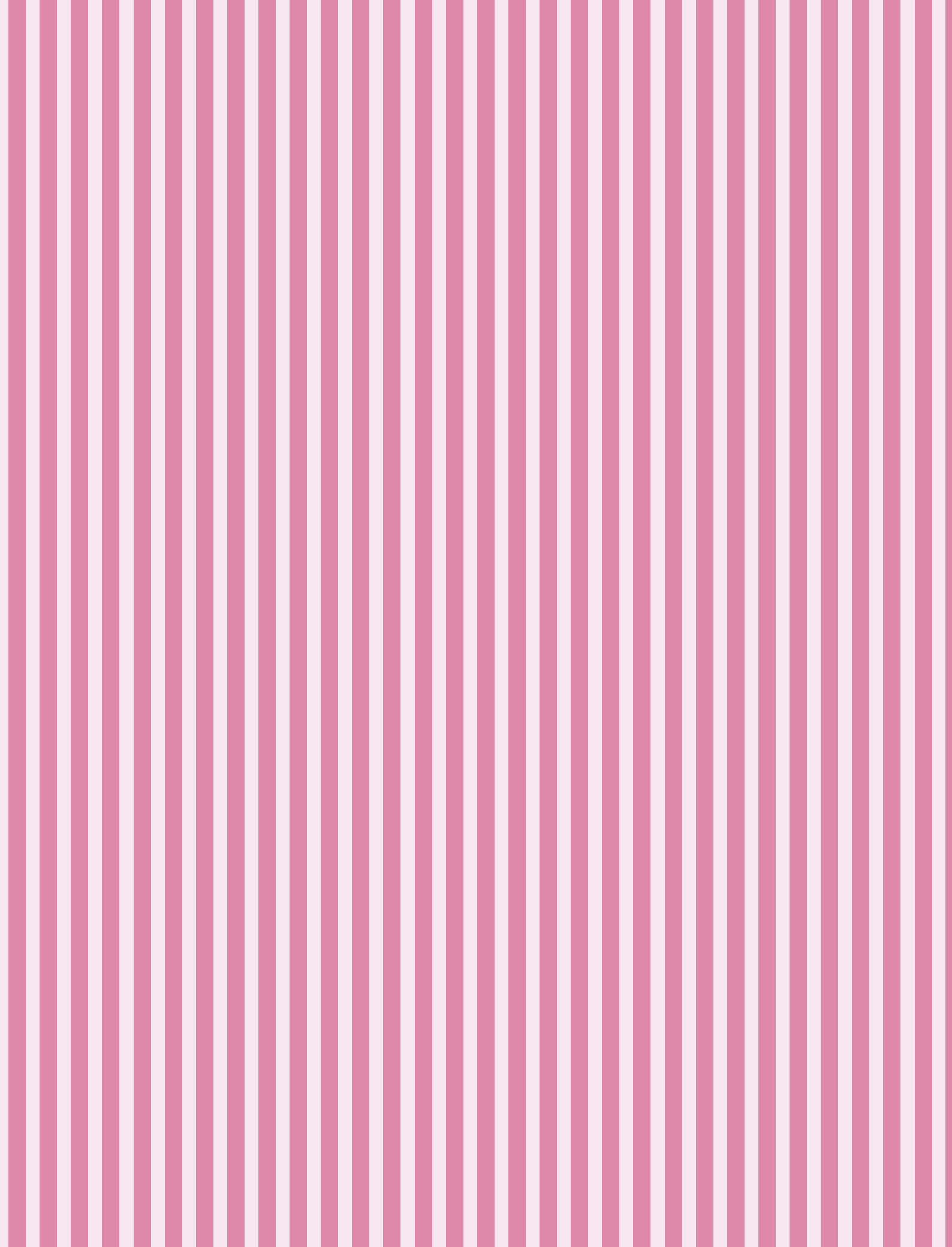
Después de eso Shun nos llevó por todo el universo, via-

jamos en la nave de Shun, vimos y conocimos tantas cosas. Esa nave se había vuelto nuestra casa por un año.

Si se preguntan el final de esta historia sólo piénsenlo unos minutos. Yo no me alejaría de Shun pasara lo que pasara y Zayn se quedó al lado de una humana, tuvo dos descendientes y su vida es igual de simple que la de todos los humanos. Mi mundo no tenía salvación; nunca conocí a todos mis hermanos, pero me hubiera encantado conocerlos a todos ellos.

¿Fin?

(Depende tu imaginación.)



Menciones honoríficas

La entrevista

Lucrecia Escartín Murillo

Martes 16 de junio

Yo, la Ciudad de México, voy a entrevistar a mis amigos para poder encontrar las cosas buenas que tienen y poder agregarlas en mí. La primera amiga que voy a entrevistar se llama Cuernavaca; la verdad, es la amiga más vanidosa que tengo y le gusta que le digan lo que les voy a decir a continuación: “Tan bella ella, tan joven ella, tan lista ella”. Bueno, ya me tengo que ir, ya que no quiero tardarme en llegar con ella. Cuando llegue voy a apuntar todo, cada cosa, hasta el menor detalle.

Bueno, ahorita estoy con Cuernavaca y le voy a empezar a preguntar lo que me interesa. —Y bien, ¿qué sientes que te hace sobresalir? —le pregunté—. —Pues, la verdad, creo que mi clima es el mejor de todos y también no tengo nada de tráfico y no tengo gente y hay menos posibilidades de que alguien rompa la ley; no como contigo, que hay más gente y más posibilidades de que alguien rompa las reglas o que hay más tráfico; claro que eso ya lo tienes, no como conmigo que la gente viene de vacaciones por mi gran clima —me dijo con un tono muy despreciable; pero bueno, no estoy aquí para criticar sino para entrevistar y unir las cosas buenas para agregarlas a mí—. —Sí, y me lo dices a mí, como si no lo supiera, para esto es a lo que vine, para ver lo bueno de mis amigos y agregarlo en mí —le dije con un ligero tono de enfado.

Después de esto decidí dirigirme con mi amigo León, Guanajuato. Sé que me estoy acercando porque oigo el

murmullo de su voz. Ahora que veo mejor me doy cuenta de que León está platicando con Valle de Bravo. Están hablando de que Querétaro era... Bueno, lo admito, lo único que oí fue "Querétaro", pero viendo el rostro de León se podía decir que el tema era algo importante, debido a que su cara estaba seria y no sonreía ni un minuto, era parecida a la cara de alguien que acababa de ser condenado. Cuando me acerqué a preguntar ya habían terminado de hablar de Querétaro. —Hola, ¿puedo hacerles unas preguntas? —pregunté—. —Sí, a mí no me molestaría —dijo León—. —Yo opino lo mismo —dijo Valle con algo de aburrimiento en su voz—. —Bueno, primero voy a preguntarte a ti, León, y luego le voy a preguntar a Valle, si están de acuerdo, claro —dije—. En ese momento León miró a Valle y éste asintió: —Bien, los dos estamos de acuerdo —me dijo con el tono más serio que pudo—. Pero yo lo conozco muy bien y sé que él no es tan serio y creo que él se estaba aguantando la risa. —Bien, pues ¿qué piensas que te hace sobresalir? —pregunté—. —Pues la verdad es que yo hago cosas de piel —dijo con tono modesto—. —No, yo me refiero a algo que te haga sobresalir a ti de tus cualidades, no de lo que tú haces —dije—. —Bueno, en ese caso no tengo lo que necesitas, que yo sepa —dijo León—. —Bueno, en ese caso le voy a preguntar a Valle qué es lo que él opina —le dije y luego continué—. Y bien, Valle, ¿tú qué opinas que te hace sobresalir? —pregunté, esperando la misma respuesta que León—. —Pues... la verdad... este... creo que en ese sentido yo me encuentro igual que tú, pero te puedo aconsejar que hables con Chihuahua; él puede que sepa algunas cosas acerca del tema de tu interés, pero no te garantizo nada. También puedo decirte un poco de cómo me imagino que me gustaría ser: que no hubiera personas que estuvieran mendigando o limpiando los vidrios de los coches sin que les dejen o también las personas que van gritando su mercancía; ya sabes, cosas así —me dijo—. —Bueno, en ese caso voy a seguir buscando hasta encontrar un ejemplo a seguir —dije; luego me despedí y me fui.

Estuve caminando y caminando por mucho tiempo. Bueno, la verdad no sé precisamente cuánto tiempo estuve

caminando, pero la verdad es que sentí que fueron horas. Bueno, la verdad es que me cansé tanto que decidí sentarme para poder descansar. Al final me quedé dormida, pero no fue mucho tiempo. Bueno, lo admito, fue mucho tiempo, tanto que cuando desperté ya era de noche. Me arrepiento de sentarme a descansar, pero es que eso se veía tan cómodo, la sombra del árbol y el pasto tan suave, se veía irresistible. Ahora por sentarme a descansar tendré que regresar a mi casa y volver a caminar hasta aquí, y obviamente tendré que levantarme más temprano, tendré que ir más rápido para recuperar el tiempo perdido, así que me tendré que ir a dormir.

Miércoles 17 de junio

Tengo que intentar no dormirme, porque si lo hago me pasará lo que me pasó ayer; para eso he empacado una tienda de acampar, para cuando se haga de noche ponerla y a la mañana siguiente seguir mi camino. Bueno, basta de lamentos y en marcha. Ahora han pasado 17 minutos desde que partí y no ha pasado nada de nada y lo único que tengo en mi lista para cambiar es tener menos tráfico. No sé cómo resolverlo, pero eso ya lo resolveré. Todo esto no importa en este momento ya que mi prioridad es encontrar un ejemplo a seguir, y la verdad es que me estoy aburriendo, pero me he comprometido a seguir pase lo que pase y ahora tengo que cumplir. Bueno, ahora no sé precisamente en dónde queda Chihuahua, por eso he estado caminando por más de media hora. He estado pensando todo este rato, pero no se me ocurre nada, y cuando se me ocurre resulta que se me olvida luego luego y eso es muy frustrante. Se me ocurrió que sería mejor caminar para ver con qué me encuentro; aparte es lo único que me queda ya que intenté imaginar la ciudad de mis sueños, pero se me hace poco real y me gustaría tener un ejemplo a seguir y saber que sí se puede lograr lo que me proponga.

Treinta minutos después de mi último apunte en mi diario por fin me he topado con alguien, y ese alguien es nada más

y nada menos que Chihuahua. —Hola —dije—. —Hola —contestó él—. —¿Puedo hacerte unas preguntas? —pregunté—. —Sí, no veo por qué no —contestó—. —Bueno, ¿qué piensas que te hace sobresalir? —pregunté—. —Pues, la verdad es que ahorita no sé muy bien, pero a mí me gustaría que cuando digan mi nombre lo digan con respeto; quisiera ser alguien al que el mundo no olvide. ¡Sí!, definitivamente me gustaría ser así —me dijo—. La verdad, me estoy esforzando para ser mejor, pero siento que algo me falta y no puedo averiguar qué es —continuó—. Y tú, ¿qué haces tan lejos de tu casa? —me preguntó—. —Estoy buscando cosas bonitas, preciadas y atractivas para agregarlas en mí, pero la verdad es que no he tenido mucho éxito, ya que todos están casi igual que yo o incluso peor —dije con un tono de decepción en mi voz—. —Bueno, te deseo suerte con eso y que en serio puedas lograr lo que te propones, no dejes que el aburrimiento te derribe y nunca te rindas —dijo con voz animosa, que no recuerdo haberla oído antes.

La verdad, me gustó mucho la idea de que mi nombre sea respetado, y no ciertamente mi nombre sino que yo sea respetada. Conforme iba entrando al bosque, éste se iba haciendo más espeso, pero al mismo tiempo más bonito y joven. Lo bueno de todo es que traigo la tienda de campaña, porque si no, no sé qué haría. Ahora ya son las nueve de la noche y ya he instalado la tienda de campaña y todo está listo para el día de mañana; aparte no creo aguantar un minuto más sin desmayarme (de sueño, claro).

Jueves 18 de junio

Me he levantado más temprano de lo usual, lo que no es nada normal para mí, pero eso no importa ya que tengo más tiempo para planear todo. He estado planeando y anotando por más de una hora; ya desayuné y creo que es hora de continuar con mi camino.

Miren cómo la suerte sí me sonríe: justo después de diez minutos me he encontrado con una vieja amiga, y muy querida para mí (que, por cierto, su nombre es Puebla). Después

de saludarla le pregunté: —¿Qué crees que te hace sobresalir?—. —Pues a mí me hace sobresalir... este... me parece que me encuentro igual que todos, excepto Querétaro; Querétaro puede que sea el que mejor se encuentra de todos nosotros y no te miento; te recomiendo que vayas con él —dijo con toda la sabiduría que pudo transmitirme—. Y ¿saben qué?, la verdad sí se me antoja ir con el tal Querétaro, por lo que me dijo Puebla. Yo normalmente soy muy desconfiada, pero cuando se trata de Puebla creo cada palabra que sale de su boca. Tuve que despedirme (aunque no quería, pero tuve que hacerlo). Comencé a seguir mi camino, pero esta vez con un rumbo fijo (bueno, casi fijo, ya que sé a quién quiero ver, pero no sé a dónde tengo que ir). Cada que me adentro en el bosque me siento más con vida, no sé por qué las personas escriben cosas de terror en los bosques, pero eso qué importa, no estoy aquí para los bosques, sino para encontrar a Querétaro. Está empezando a oscurecer y no hay señales del tal Querétaro, y me temo que tendré que levantar la tienda de campaña y mañana terminaré de buscar a Querétaro. Si tengo suerte encontraré a Querétaro, pero ahora tengo que dormir para tener fuerzas para mañana. Los ruidos de la noche me ayudan a dormir, como un grillo que toca a lo lejos o también el ruido apacible de las hojas bailando en los árboles, es como una melodía que la naturaleza nos regala.

Viernes 19 de junio

Hoy cuando me desperté vi un cielo pálido, las plantas están llenas del rocío de la lluvia de anoche. Hoy es uno de esos días en que parece que alguien se murió; a mí no me molestan estos días ya que me mantienen despierta y fresca, pero los días de calor me hacen dormir y el calor es insoportable. Tengo planeado caminar por unas cuantas horas, comer y luego seguir caminando. Lo que me anima de todo esto es el hecho de encontrar a Querétaro y, de una vez por todas, cambiar. Ya han pasado cuatro horas (o sea que son las dos de la tarde y estoy empezando a hacer de comer con un fuego improvisado).

Acabé de comer y estoy lista para seguir adelante, aunque una voz me grita desde adentro que no voy a encontrar a Querétaro hoy. Me he encontrado con un amigo de mi amiga Puebla, que se hace llamar Morelia y parece tener información de Querétaro. Me quedé platicando con Morelia acerca de cómo creíamos que era Querétaro. Fue tan cómoda la plática que no nos dimos cuenta de que estaba empezando a obscurecer, cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde, no podía enviar a Morelia a su casa así de tarde, así que le dije: —Si quieres puedes quedarte a acampar; tengo una tienda extra por si las dudas, y aprovechando, ¿me puedes llevar con Querétaro?—. —Pues no estaría nada mal —contestó con voz suave.

Sábado 20 de junio

Me he despertado con un olor que hacía mucho que no olía, era una mezcla de tocino, pan recién horneado, como el de los pueblos, y café de olla. Cuando salí de la tienda vi a Morelia haciendo el desayuno. Mi nariz no me engañó: era pan, tocino y una buena taza de café. No sé de dónde lo habrá sacado, pero eso no importa, lo bueno es que había desayuno. —Buenos días, ¿dormiste bien? —preguntó con mucho ánimo—. —Pues sí, de hecho no había dormido así en días —contesté—. —Pues qué bueno, porque debes tener fuerzas para el viaje —dijo con el tono que usan los médicos cuando te recomiendan una medicina.

Cuando terminamos de desayunar, Morelia se levantó, guardó todo en su mochila y dijo: —Hay que apresurarnos para alcanzar a Querétaro—. Yo presté mucha atención a lo que hacía y decía. Partimos lo más rápido que pudimos; no pasó mucho tiempo cuando encontramos el primer rastro de Querétaro. Después de un rato, justo cuando estábamos pasando un arbusto, alcancé a ver una tienda de campaña azul y algo deteriorada por el tiempo y a unos metros había un círculo de piedras y en el centro del mismo unos troncos negros. Decidimos sentarnos a esperar a que volviera el dueño de la tienda. Estuvimos platicando por mucho tiempo

hasta que de repente apareció un hombre bien vestido y con cara amable. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que era Querétaro, ya que se presentó en cuanto nos vio. —Hola —dijo él—. —Hola —contestamos nosotros—. Este... ¿puedo hacerte unas preguntas? —pregunté—. —Sí, lo que quieras —contestó—. —¿Qué sientes que te hace sobresalir? —pregunté, esperando la misma respuesta que los demás—. —A mí me hace sobresalir... que obedecen mis reglas, casi no hay grafiti, lo que me hace ver ciudad más limpia y hermosa, y la gente no tiene miedo de mandar a sus hijos a la calle —contestó.

Estas últimas palabras fueron el final de mi investigación, y repasando mentalmente mi viaje me di cuenta de que no importa lo grande o pequeño de un territorio, su clima, las bellezas naturales que tiene. Me di cuenta de que lo más importante con lo que cada uno cuenta es tenernos a nosotros mismos y saber lo que queremos, pero más importante aún es no perder la esperanza. Ahora sé que tengo que hacer otro viaje por el resto de los estados para ver cómo hacer reales estos cambios y poder transmitirles a los otros la esperanza de encontrar el cambio en ellos mismos, para que juntos hagamos grandes cosas.

¡¡¡Nos vemos en mi próximo diario!!!

LA CIUDAD DE MÉXICO

El origen

Cassandra Estrella Muñoz

Hay teorías sobre la existencia de *aliens* que viven entre nosotros, pero ¿si nosotros somos verdaderos extraterrestres? A ellos se les conoce como reptilianos.

19 de diciembre de 2012

Ese día todo comenzó. Está oscuro, pero de pronto una luz ilumina el cielo; algo así como una nave espacial. Se ven las pirámides, la frondosa vegetación, y de aquella nave salen, salen, salen... ¡humanos!

—¡Despierta! Ya son las ocho —gritaba la mamá de Germán, desde el piso de abajo...

—¿¡Qué?! —Se levanta sorprendido Germán, al mismo tiempo que se cae de su cama y termina de vestirse y ponerse sus tenis. Volteó hacia la ventana y vio la figura de una mujer sentada en un árbol.

La mujer con ojos verdes (como de lagarto) y cabello pelirrojo lo miraba fijamente, con un silencio; lo miró como si ya lo conociera, como si tuviera algo que decirle. De pronto, ¡mic, mic! El claxon se escuchaba fuertemente una y otra vez. “¡Ahhhhhh! Me tengo que ir.” Pero cuando volteó hacia la ventana la mujer ya no estaba.

Al llegar a la escuela, como era de esperarse, tuvo retardo, y mientras esperaba en el pasillo miró por la ventana y de nuevo a la misma mujer, sólo que esta vez ella caminaba por el patio de la escuela y al voltear hacia arriba su mirada cayó justo en los ojos de Germán; de nuevo el mismo silencio, como si ya se conocieran.

—Ya puedes entrar —dijo la maestra con una voz de repetición, pues ya estaba acostumbrada a que Germán llegara tarde.

—Sí, sí —dijo él con voz algo confundida por haber visto de nuevo a la mujer.

En la clase de español, en medio de la lectura, Germán miró hacia la ventana. A lo lejos, en la azotea del otro edificio de la escuela, vio a esa mujer, esta vez con más detalle; vestía con un vestido blanco que le cubría un solo hombro, un cabello largo y pelirrojo que, junto con el vestido, ondeaban con el viento, y en su fino rostro blanco casi como el vestido unos ojos verdes, grandes, pero que parecían de reptil y en sus brazos tenía una pequeña porción de escamas. Lo miró fijamente, pero el aire empujó la cortina tapando la figura de aquella mujer, y cuando la cortina volvió a su lugar, la mujer no estaba más.

—Prosigue, Germán —dijo la maestra.

—Ahhhh... sí —exclamó él.

Los reptilianos, se dice, son una especie nativa de la Tierra. Tienen aspecto humano, pero con ojos comúnmente verdes parecidos a los de un reptil. “Esto, esto es”, pensó Germán.

Al salir de la escuela partió a su casa; en el camino se encontró nuevamente a esa mujer, la de ojos reptilianos, parada en un árbol cerca del parque, esperándolo.

—¡Quiero hablar contigo... Germán! —le dijo la mujer.

Ambos se sentaron a hablar en los columpios.

—Yo... —dijo Germán con voz tímida, cuando ella lo interrumpió.

—Déjame presentarme, yo soy Alize, soy nativa de este planeta, soy reptiliana y necesito...

—Pero... ¿Por qué yo?, ¿por qué no cualquier otra persona? —preguntó exaltado Germán.

—¡Porque él te escogió! —dijo Alize.

—¿Quién?

—Pronto lo sabrás. Aun así, ya me tengo que ir.

—¿A dónde?! —le preguntó Germán a Alize.

—¿Tienes curiosidad? —dijo Alize.

—¡Sí, sí la tengo! —prosiguió Germán.

—Bueno, pronto lo descubrirás. —Al mismo tiempo que se iba del parque diciendo:— Recuerda, Germán, el odio trae la ira, la ira trae la guerra.

Al día siguiente anunciaron en las noticias de televisión, los periódicos, la radio y todo medio masivo de comunicación existente que el 21 de diciembre del año en curso (el 2012) habría un eclipse. Muchas personas se conmocionaron pues, como coincidía con el llamado fin del mundo predicado por los mayas, se desarrollaron muchas teorías: que ese eclipse sería producido por extraterrestres y que sería una distracción para después invadirnos o nacerían distintas y nuevas plagas o cosas por el estilo.

“Un eclipse, mañana...” se preguntaba Germán mientras caminaba a la escuela, pero al momento de llegar los alumnos corrían con cara de preocupación, peleaban, gritaban y no se ponían de acuerdo sobre cuál sería el fin del mundo, pues ellos creían en la profecía.

Aparte de eso, fue un día cualquiera, pues hubo las mismas clases aburridas de siempre y cada hora que pasaba crecía más y más la curiosidad en Germán por saber ¿quién lo eligió?, ¿cuál era ese lugar misterioso? y ¿por qué todo esto le pasaba a él?

Al salir de la escuela se encontró con Alize, recargada en el mismo árbol donde la vio el día anterior, se acercó a hablar con ella y le dijo:

—Esto sólo me envuelve a mí, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices con tono tan nervioso? —preguntó con voz dulce y calmada Alize.

—Quiero proteger a las personas que me importan, como mi mamá, mi papá... ¡inclusive a mi hermana mayor! —dijo Germán.

—Lo entiendo. ¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó Alize.

—No, pero creo que para hacer algo... ¿No?

—No, es más bien para evitarlo —le contestó Alize.

—¿Vienes del futuro? —le preguntó Germán.

—No.

—¿Entonces del pasado?

—Algo así —dijo Alize.

—Germán la miró mostrando en sus ojos confusión.

—Los reptilianos, mi especie, tenemos ciertas cualidades.

Podemos viajar con la mente a diversos momentos históricos y ver el futuro cercano y lejano —prosiguió Alize.

—¿En serio? —preguntó Germán.

—Sí, ¿quieres ver? —dijo Alize.

—¡¡Sí!! —dijo Germán emocionado.

Al mismo tiempo que Alize lo tomaba de la mano y en cuestión de segundos sentía realmente como si estuviera en batallas de vikingos; en cuestión de segundos, como si estuviera en una guerra napoleónica; y en un parpadeo de ojos, como si llegaran al momento exacto en que los españoles llegaron a México; y volvieron casi de inmediato al parque.

—¡Wouu! —exclamó Germán.

—¿Estás convencido ahora? —le preguntó Alize.

—¡Sí! —le respondió Germán y al momento Alize lo interrumpió.

—Tú... ¿recuerdas el lugar que te había comentado antes? ¿Tienes la misma curiosidad? —preguntó Alize.

—¡Sí!

—Y ¿quieres ir? —le preguntó Alize.

—¡Sí! ¡Sí quiero ir! —le respondió sumamente emocionado Germán.

—Alize lo tomó de la mano y al momento de cruzar por una especie de hoyo negro llegaron a un lugar que él ya conocía, la oscuridad lo cubría todo, y la misma luz que se asemejaba a una nave espacial que iluminó las pirámides y a su alrededor la frondosa vegetación y los mismos humanos que salían de la nave. ¡Era igual que en su sueño!

Alize lo miró y empezó a hablar: —¡Déjame contarte todo! Antes nosotros éramos el equivalente a los humanos en la Tierra, la raza con mayor razonamiento que había habitado el planeta. Pero ese día...

—¿Qué día? —la interrumpió Germán.

—Fue hace tanto tiempo que no recuerdo la fecha exacta —prosiguió Alize—. En fin, un objeto volador de la forma

del sol de donde salieron animales muy parecidos a los de tu especie.

—¿Mi especie!?... —dijo extrañado Germán.

—Humanos —dijo con voz calmada Alize—. Ellos vinieron a declarar una guerra, pues en sus profecías decían que esta tierra les pertenecía. Nosotros queríamos convivir juntos, en paz. Compartir conocimientos, pero... ellos no. Algunos humanos también querían lo mismo que nosotros, pero muchos otros no. Si tú, Germán, estuvieras en la situación de aquellos humanos, ¿qué hubieras elegido?

—¿Apoyar tus ideales? o ¿apoyar a tu propia especie? —prosiguió Alize.

Germán pensaba minuciosamente su pregunta y giró su cabeza a su alrededor, se percató del lugar en donde se encontraba: en medio de una discusión de líderes reptilianos contra líderes humanos.

—A veces, es difícil elegir, ¿no?

—Ellos de alguna forma se pusieron de acuerdo, firmaron contratos, viviríamos entre ustedes, como si fuéramos parte de la humanidad. Pero, secretamente, mi especie marcó una fecha, en que los mayas creían que llegaría un nuevo sol, transformaciones, el cambio de la era y el inicio de otra; el llamado “fin del mundo”, empezaría una nueva era, el 21 de diciembre del año 2012...

—¿Mañana? —dijo Germán.

—Sí —prosiguió Alize—. Realmente, ese día, los reptilianos se rebelarán contra la especie humana.

—¿Qué? —dijo exaltado Germán.

—Y quiero que tú evites, que tú lo evites, que el mundo siga tal y como está, en equilibrio, puesto que, si los humanos saben de nuestra existencia, sólo nos querrán atrapar y hacernos estudios crueles, tal y como es su naturaleza —explicó Alize.

—¿Por qué yo? No soy reptiliano, soy un humano —dijo Germán.

—En eso te equivocas, Germán, eres ambos; ¿recuerdas a tu abuela desaparecida? —dijo Alize.

—Sí —dijo Germán.

—Bueno, mucho gusto, nieto —dijo Alize con una voz tranquila y dulce.

Germán la miró exaltado, entendió por qué esa persona le parecía tan familiar.

En unos momentos de la discusión llegaron a la cima de la pirámide, exactamente al mismo tiempo que se manifestaba un eclipse. Germán empezó a sentir un gran dolor en la frente, una luz emanaba e iluminaba las discusiones, en la parte de abajo se unía el pasado con el presente, ya era 21 de diciembre de 2012, ya era de mañana. Todos se detuvieron a admirar ese hecho insólito, cuando un viejo que parecía sabio, líder de los reptilianos, se acercó. Le tocó el hombro amistosamente y el tiempo se detuvo.

—¿Quieres saber quién te eligió? —le dijo Alize a Germán, mientras él estaba semiinconsciente—. Bien, es él, eres tú —al mismo tiempo que señalaba al viejo sabio.

—¿Yo? —preguntó Germán, sumamente confundido.

—Sí, tu vida pasada sabía que esto pasaría y lo dejó todo listo para que tú lo lograras.

Germán se quedó atónito ante el señor con barba larga, ojos verdes como de reptil, escamas que cubrían sus brazos y una gran túnica blanca.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —decía Germán al mismo tiempo que se levantaba del suelo del parque, algo confundido.

Vio a Alize recargada en el mismo árbol que antes.

—¿Qué pasó?, ¿fue todo un sueño? —le preguntó Germán a Alize, confundido.

—Sólo es un sueño o una verdad dependiendo de si tú lo crees así —dijo Alize al mismo tiempo que se iba caminando del parque.

—¿A dónde vas? —le preguntó Germán.

—A donde me lleve la vida. Recuerda, sólo es real si tú lo crees así, Germán.

—Gracias, abuela, yo sé que sí es real.

La tierra de Jaswer

Brenda Lizet Fuentes Calvillo

Érase una vez, hace muchos años, un país llamado Jaswer en el cual regía un rey que llevaba por nombre Orlando I. Era muy exigente, serio y sobre todo machista, al igual que su horrible consejero, Damián. Para ellos la única opinión válida era la de los hombres. El rey Orlando tenía una hija llamada Fátima; la princesa era su única heredera y, aunque la amaba mucho, no le daba muchos privilegios, es decir, no tenía ni voz ni voto. Siempre tenía que hacer lo que su papá quería.

Fátima estaba harta de no poder dar su opinión sin miedo a que su papá la reprendiera, además de estar siempre en total desacuerdo con él: en cómo trataba a las mujeres, en que su madre, la reina, a pesar de tener buenas ideas, nunca la tomaba en cuenta. Fátima sabía que tenía que hacer algo, pero no sabía qué.

Y sucedió algo en un día inesperado. Su papá enfermó.

Nadie sabía qué tenía, nadie sabía lo que le pasaba. Al principio creían que se trataba sólo de un resfriado, algo pasajero, pero conforme fueron pasando los días y después de miles de remedios sin mejoría alguna, Fátima y su madre comenzaron a preocuparse. Cada vez se le veía más débil, la fiebre no cesaba y la princesa ya no sabía a quién recurrir. Damián lo cuidaba y daba los medicamentos día y noche, hasta que un día, Fátima, quien ya esperaba lo peor, entró y pidió al consejero saliera de la recámara del rey.

—Acércate, hija.

Entonces, esperando lo peor, Fátima decidió acercarse a él, nerviosa por no saber cuál sería su reacción; al acercarse lo miró con tristeza, nunca había visto así a su padre y, aun-

que trató de contenerse, la lágrima que resbaló por su blanco rostro escapó; fue entonces que él interrumpió el silencio diciéndole con voz entrecortada:

—Hija, creo que no podemos seguir aplazando esta situación, necesitamos hablar.

Ella lo interrumpió.

—Calma, padre, tú debes estar tranquilo, yo sólo entré a decirte que te pondrás bien, y entonces hablaremos.

—¡No! Tiene que ser ahora, sabemos que no me queda mucho tiempo, y quiero pedirte un favor. Fátima, en vista de que eres mi única heredera, en cuanto muera, tú tendrás que hacerte cargo de Jaswer y confío en que lo llevarás por el buen camino, eres una joven muy lista y muy fuerte y sé que podrás...

El rey quería continuar hablando pero el aire en su cuerpo se terminaba, y en un último suspiro y tomando la poca fuerza que le quedaba le dijo a Fátima:

—Otra cosa, hija, no confíes en nadie. ¡Te amo!

El rey no pudo seguir, en ese momento sus ojos se cerraron, esas fueron las últimas palabras del rey. A la princesa se le rompió el corazón, lloró tanto durante varias semanas que ya no quedaban más lágrimas en sus ojos, no se sentía con ánimo de nada. Sin embargo, ella sabía que las cosas no podían continuar así, Jaswer tenía que cambiar, Jaswer tenía que ser mejor, esa forma de gobernar y, sobre todo, esa forma de tratar, ¡no!, de maltratar a las mujeres; y ésta era la oportunidad perfecta.

Así que ese mismo día decidió convocar a todas las personas que gobernaban y vivían en el reino de Jaswer y les dijo que ella sabía que su padre no había hecho muchas cosas bien, pero que las cosas iban a cambiar.

Comenzó a leer varios puntos que había preparado positivamente a pesar de la tristeza, los fue enumerando uno a uno hasta que llegó al punto en el que las mujeres a partir de hoy tendrían derecho a elegir y a opinar exactamente igual que cualquier hombre del reino.

Todo marchaba de maravilla, hasta que alguien entre la gente se levantó exigiendo la palabra. Todos se sorprendieron y alguien dijo a lo lejos:

—¡Es Damián, el consejero del rey!

Se escucharon murmullos y un cúmulo de voces confundidas, hasta que el consejero interrumpió de golpe.

—Y... ¡Tú! ¿Quién te crees para de un momento a otro venir y cambiar las leyes que rigen a Jaswer? Jaswer está muy bien como está y no necesita que una niñita de papá venga a quererlo cambiar, además de que tú no tienes derecho siquiera de ocupar el trono y la corona de mi respetable rey (sollozó hipócritamente), en ese caso soy yo a quien correspondería ocupar su lugar, yo he estado durante muchos años junto a él, y sé qué es lo que él desearía si aún estuviera con nosotros.

—Entiendo tu enojo, pero, como dije, las cosas tienen que cambiar; además esa fue la última voluntad de mi padre.

Damián, ignorándola, continuó hablando.

—¿Sí? Y según tú, ¿cuál es esa voluntad y quién la escuchó? ¿Cómo sabemos que no estás inventando todo?

En ese momento se acercó a ella y, con tal agresividad, le quitó la corona y se la puso él.

Fue ahí cuando la princesa Fátima enardeció y les dijo a todos que hicieran algo para detener a Damián y hacerlo entrar en razón; nadie se movió, pues todos le temían. Así que miró de frente a Damián y, con la voz más fuerte y seria que tuvo, enfrentó al antes consejero y le pidió entregar la corona; pero como no quiso ceder, la princesa Fátima no tuvo otra opción que ordenar su muerte. Pero Damián escapó.

La princesa Fátima decidió dar una recompensa a quien lo entregara vivo o muerto. En ese momento todos se agilizaron y decidieron hacer de todo para obtener la recompensa.

Un buen día, un valiente caballero decidió enfrentar a Damián; tuvieron un combate de varias horas, hasta que por fin el caballero desenvainó su espada y la puso en el cuello del consejero. A Damián, desesperado, no le quedó más que suplicar que lo perdonaran, prometió irse de Jaswer y no volver si lo dejaban vivo. En ese momento el caballero lo soltó y la princesa dijo solemnemente:

—¡Vete antes de que me arrepienta! Y no vuelvas nunca por aquí o este valiente caballero no tendrá piedad.

El caballero agregó:

—Antes de marchar, debes pedir una disculpa a la princesa Fátima.

Muy a su pesar Damián bajó la cabeza y lo hizo.

En ese momento la multitud que estaba haciendo presencia del combate comenzó a aplaudir y a gritar.

—¡Larga vida a la reina Fátima!

La antes princesa Fátima quedó sorprendida por la valentía del caballero y en agradecimiento le propuso que él fuera su consejero.

Y desde entonces la reina Fátima gobierna con igualdad, equidad, respeto y tolerancia, con ayuda de su fiel consejero y las buenas ideas de su hermosa madre.

El rey de la selva

Owen David Gómez Ramírez

En una selva inmensa llena de grandes árboles, hermosos paisajes, ríos, lagos, cascadas, hermosas plantas y colores, llena de todo tipo de animales, había monos que vivían en lo más alto de los árboles para poder encontrar frutos y alejarse de los peligros del suelo de la selva: los elefantes que, aunque eran pocos, eran los únicos que vivían en convivencia con los demás animales; las hormigas que, al ser tan pequeñas, eran tan temidas por los demás animales por su gran fuerza y voluntad de trabajo.

Pero al parecer había un problema, todos los leones estaban perdiendo su hegemonía ya que al ser solamente el rey león, su esposa y tres pequeños cachorros, no iban a ser capaces de gobernar el reino de la selva. Así que los tigres, los leopardos y el gran jefe de los monos, el gorila, se postularon para ser el nuevo rey de la selva, pues el rey león estaba ya muy viejo y en cualquier momento podría fallecer.

Como última petición, el rey ordenó que se hiciera de una forma democrática para elegir al nuevo rey, que toda la gente del pueblo se reuniera el 15 de julio para que todos los animales votaran y así la población se sienta feliz por haberlo hecho de forma legítima.

El primer candidato era del partido PT (sus siglas significan Partido del Tigre), cuyo candidato era el tigre más fuerte y grande que había en la manada.

El segundo candidato era del partido PRD, cuyas siglas significan Partido del Rinoceronte Democrático, y su candidato era el rinoceronte con el cuerno más grande.

En el tercer partido, conocido como el PANAL, se formó por las abejas, y el candidato fue la maestra de las abejas, puesto que la reina siempre está muy ocupada cuidando a sus súbditos.

El 1 de julio, a casi dos semanas de las elecciones del reino de la selva, el rey león sugirió un debate donde los candidatos iban a contrastar sus ideas sobre cómo iban a gobernar la selva y los animales les exigieran a los candidatos sus necesidades.

Lo primero que exigieron los animales fue que los monos ya no dejaran cáscaras de plátano por toda la selva, porque han ocasionado muchos accidentes.

Los venados, las cebras y los alces pidieron que en vacaciones y días festivos esté prohibida la caza para que puedan descansar de todos esos peligros.

Todos los candidatos estuvieron de acuerdo con las peticiones de los animales y cada candidato dijo su forma de resolver los problemas que cada animal tenía.

El tigre dijo:

—Aunque existimos desde los tiempos de los dinosaurios, nosotros somos un partido nuevo, estamos seguros de que ganaremos su confianza y haremos lo mejor posible para que voten por nosotros.

Tan lento en su discurso como siempre, el rinoceronte dijo:

—No hay que confiar en los partidos viejos ni nuevos, si quieren un verdadero cambio, nosotros somos la opción porque los rinocerontes siempre han estado en la selva y conocemos las necesidades de cada uno de ustedes y haremos de esta selva un lugar lleno de amor.

La abeja, como siempre, con su traje de gala y sus peinados exuberantes dijo con toda claridad:

—Yo soy la más poderosa y hermosa de toda la selva, así es que todos deben votar por mí para que sea su reina.

Entre abucheos y gritos de expectación salieron los tres candidatos del debate y cada uno de ellos fue a su lugar en la selva.

Aunque la población conocía muy bien a cada uno de sus candidatos, los animales se inclinaban más por el tigre por ser el más grande y fuerte de los tres candidatos, aunque era el menos inteligente y preparado para ser el rey.

Hoy es 15 de julio y todos los animales se han levantado temprano para ir al árbol más grande de la selva y ahí dejar su voto escrito en una hoja. Puesto que hay millones de abejas, hormigas y demás insectos, la maestra pensó que votarían por ella, pero los insectos muy temerosos votaron por el tigre, como los demás animales.

Las elecciones terminaron y se dio un resultado muy inesperado por el rinoceronte, la abeja y hasta para el propio tigre. Las encuestas quedaron así:

- Partido del Tigre: 88.50%
- Partido del Rinoceronte Democrático: 10.50%
- PANAL: 1%

Al paso de las semanas los tigres seguían festejando su victoria, pero el rey tigre no se sentía bien con la victoria, tenía un mal sabor de boca sobre su victoria y convocó a una junta con todos los tigres para platicarles lo que sentía.

En la junta les confesó el tigre lo que sentía y todos los tigres empezaron a reír a carcajadas hasta quedarse sin aliento, el tigre más viejo de la manada le dijo:

—Era obvio que tú nunca ibas a ganar, sólo usamos tu imagen para facilitarnos las cosas.

El rey tigre le respondió:

—Entonces, cómo es que gané las elecciones.

Pues con trampa —respondieron todos los tigres—. Fuimos casa por casa amenazando a cada animal, insecto o ave; el que no votara por ti sería aniquilado por las garras de su rey tigre.

Al saber esto el rey tigre desapareció de la fiesta, corrió y corrió hasta que ya no tuvo fuerzas para más, quedó tirado al lado de una roca donde despertó al día siguiente sin recordar nada de lo que le había sucedido.

El rey tigre caminó y caminó por un desierto sin fin hasta que encontró una pequeña comunidad de camellos y les preguntó:

—¿Quién es el líder de esta manada tan extraña?

El camello con la joroba más grande le dijo:

—Nadie, todos somos los líderes de esta manada.

El tigre le respondió:

—Entonces, ¿cómo pueden vivir tan en paz y tranquilos si en este lugar no hay nadie que los guíe, que les diga qué hacer, no hay comida ni agua y mucho menos comida?

El camello le respondió:

—Pues en esta comunidad todos nos apoyamos, si alguien necesita algo, todos estaremos dispuestos a ayudar, es por eso que no necesitamos a alguien que nos reprima y nos diga qué es lo que tenemos o cómo lo tenemos que hacer.

El rey tigre al oír esto se dio cuenta de qué era lo que la selva necesitaba, que todos los animales vivieran en paz y sin alguien que les diga cómo tiene que ser su vida.

Al ver muy desgastado y débil al tigre, los camellos lo dirigieron hacia su hogar, le ofrecieron comida, agua y cuidados especiales.

El tigre pensaba y pensaba cómo iba a regresar a la selva, cómo lo iban a tomar los animales, si lo llamarían cobarde o si lo echarían de la selva, sin darse cuenta de que en la selva lo que más necesitaban era a alguien que calmara todo lo que estaba pasando en la selva.

En la selva las abejas, hormigas, cucarachas y escarabajos habían tomado control total de la selva pues tenían a todos reprimidos y, si no obedecían, éstas atacarían con sus grandes picos y su veneno, que es conocido en la selva por ser muy doloroso.

En secreto se habían reunido los rinocerontes, hipopótamos y elefantes para rebelarse contra las abejas, pero sabían que ellos solos no iban a poder contra el poder de los insectos; sabían que si querían lograr derrocar a la reina abeja tendrían que pedir ayuda a los tigres.

En el desierto el tigre se estaba dando por vencido, creando imágenes en su cabeza sobre qué le harían a su llegada, sin saber que era al que más necesitaban.

El camello le dio un gran consejo que hizo que el tigre recobrara fuerza y pudiera regresar a la selva:

—Sé consciente de tus pensamientos y cumple tu misión en la vida.

El tigre le dio las gracias a cada uno de los camellos por las lecciones de vida que le enseñaron y pidió indicaciones para llegar a la selva. Con mucho gusto los camellos lo ayudaron a volver a su casa, la selva.

Al llegar a la selva los monos lo reconocieron y empezaron a aullar de felicidad, éstos le contaron todo lo que había pasado en su ausencia, cómo la maestra abeja junto con todos los insectos se proclamaron reyes de selva y lo que pasaría si alguien se negaba a seguir la leyes de la reina abeja.

Al oír esto, muy preocupado el tigre les pidió a los camellos que abandonaran la selva, que no quería que algo les pasara a sus nuevos amigos; los camellos se negaron y le dijeron que lo seguirían aunque algo malo les pasara.

El tigre corrió hacia su hogar, donde todos los tigres estaban escondidos y temerosos de la reina abeja, entonces el tigre les recordó lo valientes que fueron al hacer trampa en las elecciones amenazando a todos los animales. Al oír esto los tigres reflexionaron sobre lo que habían hecho y se armaron de fuerza y valentía, y la manada de tigres se unió a los rinocerontes y elefantes para rebelarse en contra de la reina abeja e intentar recuperar de nuevo la selva.

Al oír esto la abeja reina escapó junto con todo su panal a un lugar más seguro para ella y su panal, y no tener problemas con los grandes depredadores de la selva. Las hormigas y cucarachas pidieron piedad y juraron no volver a estar en contra del rey de la selva.

En cuanto el tigre oyó esto se dio cuenta de que seguía siendo el rey, y no sabía qué sería mejor: si seguir gobernando la selva o utilizar el ejemplo de sus amigos los camellos.

Al día siguiente los animales le prepararon una fiesta a su salvador el tigre por hacerlos reflexionar y actuar con valentía.

El tigre se sentía muy feliz por ser considerado un héroe y su rey, después de las trampas que sus amigos habían cometido.

Al final el rey les propuso algo nuevo a los habitantes de la selva: si preferían ser gobernados por un rey o seguir el ejemplo de los camellos y vivir sin un rey.

Los animales de la selva le pidieron tiempo a su rey para poder pensar en la propuesta que el rey les dijo.

Pero será fácil para los animales tomar esta decisión.

Los animales discutieron sobre los beneficios o maleficios que les traería tener un rey o vivir sin él.

Al final del día los animales estaban de acuerdo y decidieron que tener un rey era mejor opción para vivir en la selva puesto que él intercede ante otras selvas y resuelve los conflictos internos de ella.

Al parecer la mayoría de estos animales estaba de acuerdo con esta propuesta que les daba su rey, pero con el paso del tiempo vivir con un rey sería como darle más valor a otro ser vivo que es igual que todos, porque todos los animales son iguales sin importar su forma física o sus cualidades especiales. Entonces los animales se encontraban en un dilema al no saber qué decidir.

Tras no poder decidirse sobre qué propuesta tomar, el rey decidió tomar una nueva elección para que la propuesta más votada sea la que se quede rigiendo la vida de los habitantes de la selva.

El rey temía que se volviera a repetir el problema de las elecciones pasadas y concluyó que el que vuela a cometer actos fraudulentos en contra de la integridad de la selva, éste sería exiliado de ella.

Esta vez era una votación justa, sin trampas ni otros candidatos, sólo dos propuestas, que los animales tenían que elegir cuál les parecía una mejor idea.

Al finalizar el día y al contar los votos se había decidido que los animales no querían un rey, ellos querían vivir cada quien por su cuenta y no volver a tener problemas en elegir a un nuevo rey.

Érase una vez... en un reino lejano

Anamyle Luna Chiquini

Hace mucho tiempo, en un pueblo vivía mucha gente noble, era muy noble, no gozaban de lujos ni de dinero; todo era a base de nobleza.

Un día una carreta estaba enfrente del banco, nadie había visto algo así; todos se sorprendieron, pero después no lo tomaron en cuenta. Sin embargo, había una niña que era la que no encajaba en ese pueblo por ser muy presumida; miró la carreta con exactitud y les dijo a las niñas del pueblo que era su carreta; pero había algo extraño en esa carreta. Estaba sucia, por adentro había muchos vestidos de princesas, zapatillas, coronas, comida, dinero, joyas y muchas cosas de la realeza; a ella no le importaba lo sucio, sino lo que contenía en el interior.

Lavó todo muy bien y le cambió las llantas su padre, porque era el carpintero del pueblo; ella habló con él, le dijo que con todas esas coronas que no necesitarían podrían venderlas y quedarse con tres, para que todos pensaran que eran de la realeza y les hicieran un castillo y gozarían de bastantes cosas. El papá lo pensó muy bien y finalmente aceptó.

A las pocas semanas ya tenían un castillo y gozaban de muchos privilegios, como, por ejemplo, no dejaban que ningún niño tuviera el nombre que le quisieran poner sus padres, sino el nombre que la reina o el rey eligieran; no permitían que las personas ancianas o niños visitaran un doctor si se encontraban enfermos.

Desde ese día ya nada era igual, la gente se sentía muy mal y ese pueblo se encontraba en el primer lugar de peor calidad de vida. Las personas no resistían hasta los 60 años,

pues morían entre los 50 y 40 años; pero lo peor de todo era que si moría alguien, un pariente suyo, el que fuera, el menor tendría que estar sustituyéndolo. Su paga era una pieza de pan duro con un plato de avena fría para los de tercera clase, para los de segunda clase era sopa caliente y un vaso de agua, pero a veces el agua estaba contaminada por las ratas que morían en el pozo; y para los de primera clase, que eran los que trabajaban en el castillo, les daban una copa de vino, una pieza de pan, sopa y carne; eso era todo lo que comían en una semana.

En cambio, la realeza comía todos los días su banquete y no había persona que se comiera o robara la comida de ahí; pero si se descubría que estaban robando, los corrían del pueblo y si se acercaban al reino, no serían perdonados por Dios. Y en ese tiempo a la gente la engañaban diciéndole que si hacían algo malo no tendrían el perdón de Cristo.

Un día a “la princesa” no le gustó la ropa de la gente del pueblo; así, quien tuviera cubierta la cabeza sería enviado a otro pueblo, quien tuviera faldas con agujeros no tendría perdón de Dios, quien usara sombrero trabajaría lo doble y sin paga alguna durante dos semanas, a quien usara abrigo no le darían de comer y así fue como ella lo ordenó.

La rival de ‘‘la princesa’’

A esta niña no le parecía nada que le dijeran que era su rival, ella quería ser amiga de la supuesta princesa, pero entre ellas tenían diferentes ideas: la princesa era muy mala, en cambio esta niña era noble, amable, dulce y tenía mucha tolerancia a los demás; toda la gente le decía que era la más bonita del pueblo y que, aunque no fuera princesa, sería la mejor de todas ellas. Se sentía muy halagada y ella le tejía la ropa a la gente que no tenía los suficientes recursos para comprar la ropa que les pedía la reina, su familia era de la tercera clase y trabajaban de jardineros a las afueras del castillo; no tenía suficiente dinero, pero ella tenía todo lo que necesitaba: salud, familia y alegría. La gente no podía creer que fuera tan feliz en esas situaciones, pues nadie vivía a gusto ahí.

Un día muy lluvioso, sus padres tenían que cuidar el jardín en la lluvia, aunque se estuvieran mojando, a la princesa no le importó. Ella reía, entonces la niña en camisón salió de su casa y fue al castillo a rogarle a la princesa que dejara en paz a esa gente que se estaba mojando, pues sus plantas necesitaban agua; pero la princesa le dijo que no haría nada por la gente, no le creyó que era millonaria y gozaba de muchas cosas. Dejó de llover y todos regresaron a sus respectivos hogares, sus padres vieron que su hija no estaba en casa, se preocuparon cuando su madre miró por la ventana y la vio mojada y llorando y repitiéndose a sí misma: “¿Por qué no le creíste, por qué no le creíste?”. Lo repetía una y otra vez hasta que miró a su madre y corrió hacia sus brazos, su madre la abrazó muy fuerte y la secó.

Desde ese día, ella ya no quería ser amiga de la princesa, sino su rival, después de haberse enterado de que su padre murió a causa de la lluvia porque estuvo toda la noche cuidando sus plantas.

La primavera en el reino llegó

La primavera había llegado al reino y era cuando la princesa se ponía un poquito más exigente, se ponía algo de malas, no era muy simpática con la gente. Cuando la primavera llegó, todo era horrible, su mamá no decía nada al respecto, pues ella se ponía igual.

Un día su rival fue a visitarla porque la princesa la mandó llamar para decirle que si no visitaba ella su reino, le iría muy mal a su madre. Ella por preocupación fue al castillo; cuando llegó, las plantas del pasillo estaban marchitas, secas, olía mal afuera del castillo, el agua del lago estaba verde, parecía que el castillo era el reflejo de la princesa. Cuando ella lo vio, rió por un momento pensando que así era la princesa.

Luego la hicieron pasar, la princesa le dijo que la tendrían que correr del pueblo porque su mamá y ella eran muy pobres para estar en ese pueblo, que su ropa era muy fea. A la pobre niña no le gustó lo que le decía la princesa y le respondió:

—Seré pobre, humilde y mi ropa no será como la que tú usas; pero hay una diferencia entre las dos...

La princesa la interrumpió y le dijo:

—Pues claro, mi casa es mejor que la tuya.

A lo que la niña continuó:

—Claro, mi casa es diferente a la tuya; la tuya será un castillo grande con joyas y demás y mi casa es noble y no muy grande, pero está limpia y no huele mal, como esta.

Ante esto, la princesa se sintió humillada y casi corre a la madre del trabajo, y sin trabajo no tendrían qué comer.

La niña le dijo: —Mi madre no tiene la culpa, déjala, qué te hizo ella—. La princesa respondió: —Nada, pero es de tu familia, así que se tiene que ir—. Ella le dijo: —No, por favor, hago lo que tú pidas, ¡por favor!

La princesa lo pensó y aceptó; pero con la condición de que cuando su madre ya esté anciana tendría que irse del pueblo y ella también cuando envejeciera tendría que irse. Ella no estaba muy conforme, pero aceptó.

El tiempo transcurrió, ya eran grandes...

Había sucedido, ya eran mayores, ya no eran unas pequeñas, pero ocurría algo malo, la madre de la niña había envejecido y era el momento de que dejara el pueblo.

Cuando su madre vio su primera cana, le comentó a su hija para que fuera por unos insectos que le cubrirían las canas, así nunca se separaría de su hija; la joven estaba muy preocupada porque podrían expulsar a su madre del pueblo, pero se tiñó el cabello. Pasaron las semanas y le salió una arruga en la frente y no sabía con qué quitarla, así que se ponía un pañuelo en la cabeza para que no se notaran sus canas ni sus arrugas.

Después de un tiempo, le salieron manchas por la edad en las manos; la princesa fue a casa de la joven y le dijo que quería mirar a su madre sin los guantes ni vestido largo ni el pañuelo que usa en su cabeza; así que su madre se puso su camisón. La miró la princesa y le dijo: —Largo del pueblo—. Pero la joven respondió: —Es imposible que una persona no envejezca. Dime algo: ¿tu mamá no tiene estrías, arrugas, paño, canas...?—. La princesa lo pensó y dijo: —Pero es

de la realeza; en cambio tu madre no es nada, es sólo una señora vieja y fea—. La joven lloró y le suplicó que por favor no corriera a su madre, que no era la única anciana en ese pueblo, pero la princesa le dijo:

—Claro, ¡qué buena idea me diste! No es la única mujer anciana, correré a todos los ancianos de este pueblo.

La joven gritó: —¿Por qué?

La princesa dijo: —Porque se les mueven los dientes, no trabajan, se duermen en cada momento, no me sirven en mi reino.

La joven dijo: —Bueno, pues avísale a tu mamá para que vaya preparando sus maletas.

La princesa respondió: —Como tienes buen sentido del humor, espero que así rías cuando tu mamá se vaya del pueblo, jajajá...

Mientras tanto, la joven tenía un plan: ir a escondidas de todos con una anciana que sabía hacer brujería. Le pidió una pócima para rejuvenecer toda la vida, que nunca muriera, que fuera como una persona inmortal, que nunca muriera. La bruja le dijo que tomara un sorbo y le dio otro para envejecer; ella estaba muy contenta y le pagó con una moneda de oro.

Cuando regresó a su casa, su madre ya se había ido a otro pueblo diciéndole que estaba bien, que no se preocupara; se fue al pueblo de al lado con sus primas. Le dijo que si quería ir las puertas estaban abiertas, que mejor huyera de ese lugar; pero ella no pensaba irse antes de hacer su venganza.

La venganza es muy dulce

La joven tenía algo planeado, pero no sabía cómo entrar al castillo; su plan tenía algo que ver con su madre. En ese momento pensó: “Pero yo no soy así, yo no soy mala, tengo que ser amable. Bueno, yo no fui mala con la princesa y ella sí conmigo, así que sólo le haré lo malo a ella, no al pueblo”. Ella ingresó al reino diciéndole que se quería disculpar con la princesa por lo de la semana anterior; la dejaron ingresar,

pero antes tenía que tomar el té con su madre la reina, así que la dejaron esperar en la cocina.

Ahí esperó hasta que todos se fueran de la cocina y, como vio que dejaron las tazas de té reposando, vació en una taza la pócima que le había dado la bruja del pueblo. Cuando se llevaron el té, también en los terrones de azúcar les puso, y la cocinera fue por ellos y la joven miró por un agujero cómo tomaban el té. Pero se equivocó de taza, le puso en la de su madre, recordó que en los terrones también puso la pócima y observó que no le puso a su té, sólo al de su madre y su padre. Ella estaba enojada pues ya no tenía monedas de oro ni mucha pócima, pero lo vio por el lado bueno porque la princesa tendría que correr a sus padres, ahí fue cuando se puso feliz. Cuando terminaron el té, la princesa la esperaba en el jardín, ella pidió una copa de vino y que la pusieran en la mesa del laberinto, le ofreció algo y la joven pidió agua.

Cuando la princesa le dijo que tenía que ir al tocador, ahí aprovechó para ponerle la pócima y cuando se iba a sentar a tomar la copa de vino le avisaron que sus padres se encontraban muy mal y así que fue a verlos para ver que no se hicieran ancianos. La joven muy enojada hizo un berrinche de aquellos y se retiró.

La princesa se preocupó por sus padres, pues se les estaban haciendo arrugas, les salió paño, tenían estrías y canas y ella no sabía qué hacer; se acordó de lo que le había dicho la joven. Lloró en las piernas de su madre y le repetía: —¿Por qué no le hice caso, por qué?—. Entonces la joven empezó a sentirse un poco mal y recordó su infancia, cuando estaba mojada y con frío repitiéndose a sí misma: “¿Por qué no le hice caso, por qué?”. Pero no se veía a ella misma, sino que veía a la princesa.

Cuando dejó de sentirse mal, se tomó un té para mejorar y en eso empezó a llover, la lluvia era muy intensa que se inundó el pueblo; pero la princesa, como se sentía mal por lo de sus padres, decidió que los que vivían a las orillas se acercaran a tomar una copa de café caliente y una pieza de pan para que se sintieran mejor.

¿Qué pasa conmigo? ¡Ésta no soy yo!

La princesa no se sentía normal, sentía que tenía que ayudar a la gente, que no tenía nada más que ayudarla, estaba muy preocupada por el bien de las personas.

Después de unos días, sus padres murieron; ya eran muy ancianos y como ellos hicieron un pacto con una señora que les dio una pócima para rejuvenecer y envejecer, pero al momento de tomar la pócima contraria, en unos días morirían. La princesa no había recordado nada de lo que les había dicho la bruja. Después de que murieron sus padres, se sentía muy mal por lo sucedido, así que se hizo buena; el problema eran sus padres, no la soberbia, pero al pasar los días regresó a ser mala otra vez. A la gente que le dio de comer cuando llovió, no les dio de comer en la semana que les correspondía, a todos quería envejecer para poder correrlos del pueblo.

La felicidad llegó al reino

La felicidad había llegado al reino, pues la princesa renunció a su cargo y puso a una joven noble y amable. Y sí, fue aquella niña, la más noble de ese pueblo, quien se encargó del reinado. La princesa se fue a otro país y la niña se quedó a cargo del pueblo. Desde ese día, toda la gente tuvo comida, trabajo digno y fueron muy felices por siempre.

Decisiones que pesan

Víctor Abinadí Mendoza Rodríguez

Érase una vez una familia cuyos integrantes eran madre, padre y un niño; esta familia se quería mutuamente, entre ellos había desacuerdos, pero no eran cosas que no pudieran solucionarse. Un lunes por la mañana, como cualquiera, se levantaron por la mañana, el niño fue abrazado por su madre mientras le decía:

—Es hora de ir a la escuela.

—Pero, mami, yo quiero dormir.

—Te dije ayer que te durmieras temprano porque no te ibas a levantar.

—Pero, ¿por qué?

—Porque yo lo digo, anda, se nos va a hacer tarde.

La madre fue la primera en arreglarse; mientras el niño se bañaba, la madre hacía de desayunar y el padre se vestía para ir a trabajar. La madre sirvió el desayuno y luego fue por el niño para darle el uniforme de su escuela, era el primer día que asistiría a la primaria. Una vez todos arreglados se dirigieron al auto; el padre le dijo al niño:

—¿Ya te colocaste el cinturón?

—Sí, papi.

En el camino el chico sólo venía asomado por la ventanilla del auto, veía familias felices como la suya y, como es natural en un niño, al ver sonreír a otra persona, él sonrió. A los padres esto les pareció tierno.

—Vamos, hijo, es hora de ir a la escuela —dijo la madre apurada.

Entonces corriendo bajaron del auto y con un beso se despidió de los padres, pero antes de irse el niño le preguntó a su madre:

—¿Por qué lloran esos niños?

—No te preocupes, no pasa nada, todo va a estar bien.

El niño, confiando plenamente en su madre, entró a la escuela confiado, empezó la formación cívica, empezó a hablar el director diciendo:

—Felicidades por su primer día de clases a los de primero.

Mientras seguía la ceremonia el chico observaba a su alrededor; pasó el rato, subieron a sus aulas. Ese día el chico hizo muchos amigos; para él no era difícil hacer amigos.

Llegó la hora de salir de la escuela; era un día raro para el chico ya que su tía era la que normalmente pasaba por él. El chico subió al auto; en el camino el chico le preguntó a su padre:

—Papi, ¿qué significa la palabra *amigo*?

—Una vez mi padre me dijo: “Un amigo es un peso en la bolsa”.

—¿Qué quiere decir eso, papi?

—Mira, hijo, un amigo es aquel que te acompaña en las buenas y en las malas.

—¿Eso quiere decir que no existen los amigos?

—Algo así.

Llegando a casa la madre ya tenía lista la comida hecha, saludó a su mamá y se echó a ver televisión; llegó la noche, así que se fueron todos a dormir.

Pasó la semana hasta que llegó el sábado, era día de estar con el padre. El padre se levantó muy temprano, tomó las cosas para hacer deporte, luego hizo una mezcla de avenas y fibras, levantó al chico, lo vistió e hizo que se lo tomara todo.

Luego se dirigieron a las clases de karate a las cuales iba su primo; al chico le encantaba el olor a la niebla del bosque. El padre le prometió llevar al chico por una hamburguesa cada que aprendiera algo nuevo; al chico le encantaba la idea, así que se esforzaba mucho. Llegó la hora de regresar a casa después de dar una vuelta con la bicicleta.

Llegando a casa, la madre y el padre comenzaron a discutir; el chico no sabía por qué, pero a él le molestaba mucho ya que se encerraban en un cuarto y no salían hasta después

de horas. El domingo era día de levantarse tarde y jugar videojuegos toda la mañana.

Pasaron los días, semanas, pasó un año, el chico escuchó de un compañero de su clase que sus padres tenían problemas y que se terminaron separando. Al chico le vino a la cabeza que sus padres últimamente se estaban peleando más seguido que antes. Lo primero que el chico pensó fue en eliminar la causa, pero para esto necesitaba saber cuál era la causa; ese día llegando a casa lo primero que le preguntó a su padre fue:

—Oye, papi, ¿por qué pelean tanto tú y mami?

—Mira, hijo, las personas resuelven sus diferencias hablando.

—¿Qué diferencias, papi?

—Te diré cuando seas grande.

Entonces el chico, no complacido con la respuesta del padre, fue con la madre y le dijo:

—Mami, ¿por qué pelean tanto papi y tú?

—Porque la mejor forma de resolver las cosas es hablando.

—¿Cuáles cosas?

—Conflictos o desacuerdos.

Lo que el chico pensaba en ese momento era sólo erradicar el problema, así que le preguntó:

—¿De dónde vienen esas cosas?

—Es una historia muy larga, te la contaré después.

—Bueno.

En vista de no obtener respuesta, decidió escuchar las peleas, aunque sabía que era de mala educación, pero a él sólo le importaba impedir la separación de sus padres.

Unos meses después, sus padres se separaron, pero luego volvieron. El chico estaba confundido, pero a la vez sintió alivio al pensar que hasta ahí había concluido el asunto, hasta que un año después, un domingo por la mañana, el padre salió temprano por una cita de trabajo, la madre levantó temprano al chico, lo vistió y le dijo:

—Ya nos vamos.

—¿A dónde?

—...

—¿Papi no vendrá con nosotros?

—...Papi ya no va a vivir con nosotros.

—¿Por qué?

—...Llega un punto en la vida en que los desacuerdos de dos personas son tan fuertes que ya no pueden estar juntas.

Ese momento pasaba muy lento; la tristeza e impotencia del niño al ver que su madre no estaba dispuesta a cambiar de opinión. El chico empezó a sentir responsabilidad por la separación de sus padres.

Empacaron cosas y un vecino los ayudó a mudarse a una propiedad de su tía. Llegando, el ambiente era muy callado. La madre intentando consolar al muchacho le dijo:

—No estés triste, todavía vas a poder seguir viendo a tu padre.

El chico estaba sin palabras, sólo se recostó en la cama sin decir nada. Tres semanas después, los padres se pusieron de acuerdo para que el niño viera a su padre, no sin antes acordar los gastos, pensiones y días festivos. Para esto el chico casi no hablaba.

Llegó el día de estar con su padre. Lo primero que hizo al verlo fue abrazarlo lo más fuerte que pudo; unos minutos después el niño le dijo:

—¡Te extrañé mucho, papi!

—Yo también, hijo.

Era viernes por la noche, así que era noche de pizza; en la comida, mirando la televisión el chico estaba muy a gusto y el padre le preguntó:

—¿Qué tal te va en la escuela?

—Normal.

El chico le preguntó al padre:

—¿Qué haces cuando pierdes todo lo que le da sentido a tu vida?

—Todo tiene un propósito, incluso esto, y depende de ti descubrirlo.

Llegó la hora de dormir. Al siguiente día el chico y el padre se levantaron temprano, era hora de entrenar; el padre se había vuelto un maestro de karate. Mientras entrenaban, el padre le dijo al hijo:

—Pon mucha atención a lo que pasa a tu alrededor.

—Pero no pasa nada.

—No es que no pase nada, sino que las personas no se dan cuenta de que, sin importar nada, el mundo sigue su curso.

Al fin de semana siguiente, el sábado por la mañana el chico le dijo a su padre:

—¿Somos mejores que los demás que no vienen a entrenar?

—Somos mejores que el resto que no sabe vivir así por no saber lo que nosotros, ¿a eso te refieres?

—Bueno, entonces, ¿somos más listos?

—No hay mejor, nunca serás mejor, por lo tanto no podrás ser peor que el resto.

—¡Ah!

—El hábito es lo que importa; lo más importante es ser consciente de tus facultades y hacerte responsable de tus actos.

—Hay ocasiones en las que me confundes un poco.

En esa ocasión el chico recordó decirle al padre:

—Oye, papá, ¿por qué mi abuela dice que eres un hombre malo?

—Las personas buscan que creas sus conclusiones, no quieren que encuentres tus propias conclusiones.

Dos fines de semana después, conoció a la que sería la novia de su padre. Al chico no le importaba estar con ella, él sólo quería estar con su padre. Unas semanas después, la madre estuvo en un problema con la novia del padre, así que se volvieron a mudar, pero en esta ocasión el chico no vio al padre en tres meses. En ese lapso de tiempo, el chico ya se había vuelto un poco antisocial.

Un año después, el padre se había mudado de casa cuando llegó el fin de semana, el sábado a la hora del entrenamiento. El chico se percató de que el entrenamiento se había vuelto más ligero. Un año después el abuelo murió, y el chico le dijo al padre:

—¿Qué sentido tiene la muerte?

—Lo triste no es la muerte, lo triste es que la mayoría de la gente no sabe vivir.

Para esta altura el chico empezó a buscar alguna forma en la cual los problemas entre sus padres no lo afectaran, así que empezó a aislarse. Al notar este comportamiento la madre comenzó a preocuparse, así que lo envió al psicólogo; el chico no entendía por qué.

Para cuando el joven iba en segundo de secundaria, la madre lo quería internar en una escuela militarizada por los intentos de parte del chico por querer ver a su padre, así que para terminar con eso, el chico se fue a vivir con el padre.

Parecía una fácil decisión. Cuando esto pasó, el padre tuvo otro hijo con su novia; los problemas empezaron entre la nueva pareja, así que el chico no permitiría que sucediese lo mismo...

En ese lapso, el chico fue inscrito en el horario de la tarde, así que su rutina era entrenar en las mañanas, estudiar por las tardes, hacer tarea hasta las dos de la mañana.

Una noche el chico llegó de la escuela y encontró a su padre alcoholizado. El chico no sabía qué hacer ya que nunca había visto a su padre así; incluso el primero en negarle este tipo de actos había sido su padre. No así transcurrieron los meses, decidió intentar ayudarlo, lo intentó muchas veces, pero al final no sirvió de nada. Un año después regresó con su madre debido al bajo rendimiento de sus calificaciones. Para él había dos personas diferentes: el padre que había le enseñado todos sus principios y el tipo que era un alcoholico. Con el cambio de vivienda del chico, el padre reaccionó, dejó de tomar alcohol.

En el tercer grado de secundaria el chico subió sus calificaciones; ahora los fines de semana volvían a ser normales. Seis meses después, un fin de semana el chico fue, como cualquier otro fin de semana. El chico llegó a casa de su padre, no había nadie; el chico tenía que esperar hasta que el padre llegase para poder entrar; el padre no llegaba, así que el chico fue a quedarse a casa de su primo. Fue hasta entonces que logró comprender que no importaba lo que él hiciera, no podría hacer que dejara de beber. La decisión era difícil, dejar de luchar por su padre o continuar en una lucha, la cual anticipadamente sabía que iba a perder.

Unos meses después no volvió a ver a su padre porque había muerto por causas del alcohol. Era la hora de un examen para ingresar a la preparatoria. El chico no podía creer que el hombre que lo había educado hubiese muerto de la forma totalmente contraria a sus ideas.

Aunque el chico sentía el apoyo de su madre, sentía culpabilidad por ya no haber intentado hacer nada más por su padre; se sentía desconsolado, pero a la vez impulsado a los sueños de grandeza de su padre hacia que su hijo fuera alguien en la vida, el propósito de oír de su padre “Estoy orgulloso de ti” era lo único que lo impulsaba a seguir adelante, a triunfar.

Ese día había muchos jóvenes en el edificio, pero el chico iba por un solo objetivo, su primera opción. Una vez haciendo el examen el chico olvidó todo, se concentró totalmente en el examen.

Cuando escuchó desde su interior una voz conocida que le susurraba:

—¿Dónde estás, Vic?

—Aquí.

—¿Qué hora es?

—Ahora.

—¿Qué eres?

—Este momento.

Había una vez un reino... mejor dicho, había una vez un rey

Itzel Anahi Vázquez González

Había una vez un reino que buscaba un cambio, buscaba ser demócrata. Bueno... más bien el que quería el cambio era Saed I, rey de Villa Alegre, y todo porque le habían llegado noticias de que en los demás reinos se habla de democracia. Y el rey se dijo a sí mismo, indignado: "¿Cómo es posible que mi pueblo no pueda ser también demócrata?, ¡ni pensarlo!". Entonces convocó a su pueblo a una gran reunión en la plaza principal; además mandó llamar a los pensadores más eminentes de esa época, para que les indicaran el modo para transitar a ese privilegiado estado.

El día de la magna reunión llegó y el pueblo ya reunido esperaba en la plaza. Todos murmuraban y se preguntaban unos a otros: —¿Democracia, qué será eso?, ¿será un nuevo impuesto?—. Otros más afirmaban que era el nuevo dragón que había entrado en la comarca y que había rostizado a todas las vacas con su sofocante fuego que le salía de la boca. Los golpes que dio el paje en la duela de la plataforma con su bastón hicieron callar a todos: —Silencioooo. Su alteza, Saed I, se encuentra ante nosotros—. El rey entró junto a su esposa, la reina Selene, muy orgullosos los dos de que le brindarían a su pueblo una nueva forma de... un nuevo modo de... bueno, no sabían una nueva forma de qué, pero sí estaban muy orgullosos porque sabían que tendrían democracia.

El rey se dirigió a su pueblo y le dijo: —Los he reunido hoy porque vamos a ser demócratas, y para eso he mandado llamar a los mejores filósofos y los mejores hombres de ciencia del reino, para que nos digan qué debemos hacer—.

Los eminentes pensadores ya se encontraban reunidos deliberando a un lado de la plaza principal. Aldebarán, el gran filósofo y consejero del rey, presidía la reunión y cada uno de los sabios daba su opinión; después de un momento Aldebarán se acercó al rey y le dijo: —Su majestad, hemos llegado a un acuerdo y le diremos en privado nuestra decisión—. —No, no, no. —Les dijo el rey y prosiguió— Lo que hayan acordado denlo a conocer enfrente de mi pueblo, ellos deben oír qué será lo conducente—. Le respondió el filósofo: —Muy bien, su alteza, se hará como es su deseo—. Y dirigiéndose a todos, titubeando les dijo: —Bueno, el punto principal de la democracia es que... bueno, es que el pueblo toma las decisiones que hasta ahora ha tomado el rey—. Una fuerte exclamación al unísono se escuchó proveniente de la muchedumbre sorprendida: —Ooooooh—. Y después de un gran silencio, la voz decidida del rey retumbó fuerte en todos los rincones. —Muy bien, no hay marcha atrás, el pueblo decidirá... podrán ocupar el salón principal de la torre para que decidan por mí—. Otra exclamación más fuerte provino de la muchedumbre: —Ooooooh—. Después, todos se apresuraron a entrar al salón rápidamente; hasta el final lentamente entró el abad Gregorio, que era el encargado de enseñar la gramática y religión a los artesanos de la villa, después de ver al rey, meneando la cabeza, con la ayuda de otros cerraron las pesadas puertas del gran salón.

Tres, cuatro y cinco horas pasaron y nada, el pueblo seguía reunido, sólo salieron algunos campesinos para guardar el ganado antes de que oscureciera para volver a su reunión rápidamente y no perderse ningún detalle. Afuera el rey daba vueltas en círculo, pensativo, tratando de adivinar qué decisiones tomarían sus gobernados. La reina despreocupada saboreando ricas uvas le invitaba a su esposo para que se reuniera con ella para seguir probando aquella exquisita fruta: —Anda, admirado rey, ven a probar estas uvas que están muy ricas—. —Está bien, seguiré tu consejo, aunque no dejo de pensar qué decisiones tomarán—. Mientras tanto, la corte del rey conformada por la nobleza, casi todos

duques y caballeros, altivamente desdeñaban la reunión del pueblo; entre ellos afirmaban: —Es tiempo perdido, de nada servirá la “asamblea” del “populacho” —que era la forma en que llamaban a los campesinos—, no son nada inteligentes—. Por fin, las grandes puertas del salón se abrieron y toda la gente salió al patio, después llegó la nobleza a ocupar los cómodos asientos que rodeaban la tarima, y al último arribó el rey acompañado de la reina y dijo: —Y bien, ¿qué decidieron?...—. Nadie dijo nada, todos guardaron silencio, sólo alguien de entre la multitud arrojó a los pies del rey un pergamino enrollado. El rey le hizo una seña su paje y éste levantó el pergamino y se lo entregó en las manos al rey. Éste lo empezó a leer y abrió los ojos más y más conforme avanzaba en la lectura; al final se lo devolvió al paje y le dijo: —Está bien, léelo para conocimiento de todos y que se cumpla—. El paje empezó a leer los diez puntos que contenía el documento, uno por uno, nadie perdía detalle: —La asamblea del pueblo hace saber, punto número uno, la corte del rey no podrá usar seda y terciopelo en su vestuario, sólo el rey y la reina; punto número dos, los reyes no podrán usar colores oscuros en su ropaje, es muy lúgubre; punto número tres, todas las mujeres de la villa podrán usar corpiño de encaje; punto número cuatro, ni los reyes ni la corte podrán usar joyas suntuosas, sólo las necesarias para lucir elegantes; punto número cinco, el castillo se pintará de color azul turquesa con las puertas y portales azul cielo; punto número seis, en los días de caza los mercaderes podrán cazar cerdos y jabalíes, después de que terminen de cazar la corte y el rey —mientras leía el paje el pergamino, los reyes resignados se apretaban las manos en señal de solidaridad y convencidos de respetar los puntos—; punto número siete, cuando pase el carruaje real por el pueblo deberá llevar las cortinillas abiertas para que podamos admirar a su alteza; punto número ocho, se avisará al pueblo cuando vengan visitantes al reino; punto número nueve, el verdugo no deberá mofarse ni burlarse en los azotes; punto número diez, los campesinos podrán usar mantas y hábitos de lino para vestir—. Cuando el paje terminó de leer el pergamino se hizo un gran silen-

cio; los campesinos y alfareros trataban de esconderse unos detrás de otros debido al temor de la ira del rey, los nobles indignados volteaban a ver al rey esperando que terminara por fin con esa absurda idea; el rey sin inmutarse dio un paso al frente y dirigiéndose a todos les dio la orden: —Que se cumpla lo redactado en el pergamino—. Todo el pueblo festejaba con hurras y vivas al rey, los sombreros de paja se elevaban al aire arrojados por los alegres moradores como muestra de alegría, el rey orgulloso saludaba a la muchedumbre con las manos en alto, orgulloso de contar con un pueblo democrático, sólo la corte del rey, callada, a regañadientes seguía presente en la tarima.

Sólo las palabras tímidas del filósofo Aldebarán terminaron con el festejo; dirigiéndose al rey le dijo: —Siento interrumpirlo, su alteza, pero no son esas decisiones a las que nos referimos cuando le dijimos que el pueblo debería tomar las decisiones—. El rey lo interrumpió: —¿No es así la democracia?, entonces ¿a que se refieren?—. El Duque Chomi les dijo jocoso: —¡Ya sabía que estas peticiones de la plebe eran ridículas y no durarían ni un suspiro—. Y toda la nobleza festejaría con carcajadas su comentario.

Ahora sería el filósofo Alberto, una eminencia en la retórica y la oratoria, quien les explicaría a detalle la idea principal de la democracia: —Sí se deben tomar decisiones, pero para organizar la administración de la colectividad; pero para ello todas las personas tienen que ser iguales para que tenga significado un gobierno de la mayoría, donde todos tengan los mismos derechos para ser autoridad, para decidir sobre las relaciones de fabricar o producir, de intercambiar mercancías y para darle justicia a quien lo merezca—. Al terminar de hablar un gran silencio reinó por unos instantes; en la muchedumbre se volteaban a ver unos a otros sin hablar, los nobles murmuraban preguntándose si ahora ellos se tendrían que reunir o qué sería lo conducente, sin encontrar respuesta alguna. Por su parte el rey Saed I, con el mismo aplomo de cumplir su palabra, ordenó: —Muy bien, mañana al amanecer otra vez el pueblo podrá reunirse en el salón principal de la torre para que tomen sus decisiones.

He dicho—. El rey y la reina entraron al castillo rápidamente para disfrutar de un rico banquete después de una larga jornada, que si bien todavía no lograba su cometido el rey, sí había quedado satisfecho por una parte de que ahora sí sabría su pueblo decidir para ser democrático, y por otro lado contento ya que se evitó pintar el castillo de color azul. “¡Qué feo color, ni de broma lo pintaría de azul.” Detrás de ellos se retiró la nobleza, con gestos de aburrimiento y esperando que mañana se olvidarían de todo y así podrían disfrutar de un largo paseo por las bellas comarcas del reino. Poco a poco la muchedumbre se fue retirando con más dudas que con las que llegaron. Algunos todavía se esperaron un rato más esperando que saliera el paje para decirles que todo había sido una buena broma, para ya no regresar al otro día ya que sólo lo consideraron como una total pérdida de tiempo.

Al final se retiró el abad Gregorio, no sin voltear al cielo y pidiendo condura y sabiduría para evitar lo que él consideraría un ejercicio inútil y algo peligroso. Esa noche todas las velas se apagaron muy temprano presintiendo que el siguiente día sería largo, muy largo.

Al otro día muy temprano, quizás debido a la curiosidad que despertaba el evento o quizás debido a la monotonía de cada día, la gente se empezó a reunir antes de que cantara el gallo afuera del salón principal en espera de la famosa reunión. Al despuntar el alba, el paje anunció la aparición de los reyes en el estrado. Apresuradamente llegó la corte del rey, maldiciendo que este “jueguito” siguiera todavía “entreteniendo” al rey. Saed I, rey de Villa Alegre, apareció con sus mejores galas, signo de que esperaba que fuera uno de los días más felices de su vida. La muchedumbre guardó silencio esperando las ya anunciadas palabras del rey: —A partir de este momento el pueblo puede entrar al salón de la torre para democratizarse—. La gente entró rápidamente al salón; al final volvió a entrar el abad Gregorio, esta vez ya sin voltear atrás; cerraron las grandes puertas de troncos de madera. Mientras tanto, los filósofos llegaban a postrarse ante el rey, después de saludarlo se revolvieron con la corte

del rey, cuyos miembros empezaron a preguntarles todo lo referente a la famosa “democracia”.

Mientras se llevaba a cabo la reunión en el salón, los reyes partían a la planeada cacería de un par de ciervos que cocinarían esa tarde para festejar la entrada a su ansiada democracia. No tardaría tanto el regreso del convoy de cazadores cargando el par de grandes ciervos y ordenó que los llevaran a la cocina para que los cocinaran con las mejores especias y las más sabrosas viandas, y que los acompañaran con los mejores vinos para saborearlos más tarde.

Al mediodía llegó al estrado de nuevo, pensando que el pueblo estaría listo con la lista de peticiones, pero sólo un par de burros amarrados y perros sueltos estaban en la plaza esperando a sus respectivos dueños; una que otra alma salía del salón cada que llegaba un niño llorando pidiéndole alimentos o para echarle ojo a su mercancía, pero regresaban apresuradamente para no perderse detalle alguna de su reunión. Los reyes y su corte tuvieron que adelantar su banquete debido al hambre que tenían, ya que era muy tarde y de la plebe ni sus luces. Ya al atardecer poco a poco fueron saliendo los campesinos acomodándose frente al estrado; callados esperaron a que el rey apareciera frente a ellos; esta vez ni siquiera esperaron al paje, que para esa hora se había quedado dormido recargado en su bastón. Nadie dijo nada, como si quisieran evitar el siguiente paso, hasta que por fin alguien arrojó de nuevo el pergamino a los pies del rey. Esta vez se apresuró el Marqués del Bosque a levantar el pergamino, y conforme lo iba leyendo su rostro adquiría rasgos de sorpresa; los miembros de la corte lo rodearon leyendo el documento y murmuraban y se aconsejaban entre ellos, entre risas y muecas de coraje e indignación que les causaba leer tal “desfachatez y atrevimiento”, diría el Conde de la Cueva.

Ante la señal del rey, el filósofo Aldebarán empezó a darle lectura al pergamino: —La asamblea del pueblo decide tomar las siguientes medidas que constan de diez puntos. Punto número uno, a partir de hoy cada plebeyo será rey por un periodo de catorce días; punto número dos, a partir

de hoy cada plebeyo podrá ser marqués, conde y filósofo por un periodo de catorce días; punto número tres, se hará justicia con la crueldad del verdugo y se le condena a sufrir cincuenta azotes; punto número cuatro, los soldados del rey no deberán pegarle a la gente del pueblo sólo por diversión; punto número cinco, la nobleza pagará al mismo precio que paga la gente ordinaria la mercancía de los campesinos y alfareros, sin descuentos; punto número seis, todos podremos salir de cacería un día cada catorce días; punto número siete, los campesinos podrán criar el ganado que quieran sin la intervención del rey; punto número ocho, los campesinos podrán sembrar lo que quieran sin que intervenga el rey; punto número nueve, los alfareros podrán elaborar los productos que quieran sin la intervención del rey; punto número diez, los pobladores podrán entrar a las fiestas que celebre la nobleza—. Cuando terminó de leer Aldebarán el documento, aunque ahora tardó un poco más en hablar, el rey Saed I sin inmutarse dio un paso al frente y dirigiéndose a todos les dio la orden: —Que se cumpla lo redactado en el pergamino—, al mismo tiempo que la nobleza fruncía el ceño, murmuraban enojados lo absurdas que les parecían esas medidas. Mientras tanto, el pueblo festejaba con hurras y vivas al rey y los sombreros volvían a elevarse al aire arrojados por el “populacho” en signo de alegría; el rey alzaba las manos dirigiéndose al pueblo festejando por fin que tendría un pueblo democrático.

Aunque ya era de noche el rey quería celebrar con la reina y su corte tan gran acontecimiento. A partir de ese día ya no era un reino cualquiera y corriente, ¡claro que no!, ahora era un reino con democracia y él sería un rey demócrata: “El rey demócrata Saed I”, se decía a sí mismo muy contento. Ordenó que su corte se reuniera en el salón principal y dispusieran de las mejores viandas y vinos para celebrar; los eminentes hombres de ciencia también fueron invitados y todos ellos convivieron esa noche muy contentos. Afuera la muchedumbre poco a poco se fue retirando de la plaza sin saber qué seguía, unos muy contentos y otros muy desorientados. La plaza se quedó casi vacía, sólo el abad Gregorio, recargado en

su largo bastón, contemplaba las estrellas en el firmamento tratando de adivinar lo que les depararía el día siguiente.

Al otro día muy de mañana el rey fue informado de que en la villa se habían desarrollado algunas peleas entre los pobladores ya que no se podían poner de acuerdo sobre quién sería el primer rey de esa catorcena, así como quiénes serían los primeros marqués, conde y filósofo en ese mismo periodo de tiempo. Debido a eso, fueron llevados a los calabozos en espera de que se les asignara el número de azotes por escandalizar en la villa. —Usted ordena lo conducente— le sugirió el paje al rey, y éste con un gesto de enfado le dijo: —Por esta vez no habrá azotes, suéltalos a todos y diles que los primeros nombramientos se harán a los más viejos y así sucesivamente, de esta manera ya no pelearán. También dile al sastre real que les confeccione el ropaje necesario y también ordénale al herrero que de la lámina más brillante elabore una corona, no tan grande como la mía, pero sí reluciente, de pedrería barata, para el nuevo rey—. El paje, asintiendo con una caravana, corrió a cumplir las órdenes del rey. Al tercer día el nuevo rey y su nueva comitiva se paseaban por las avenidas de la villa ante la algarabía de muchos habitantes que lo veían como algo jocoso y entretenido; al atardecer se sentaba cada uno afuera de su jacal para que los curiosos pudieran admirarlos, y así sucesivamente había un nuevo rey que se paseaba por las calles cada catorce días. El rey Saed I solía detenerse unos momentos cuando paseaba por sus comarcas para ver los “desfiles” de su “democrático” pueblo. No pasaría mucho tiempo cuando el paje interrumpió al rey en sus clases de piano para informarle que se encontraba un grupo de pobladores para pedirle que se cumpliera otra parte de sus peticiones: el azote del verdugo. El rey sin más miramientos ordenó que se cumpliera su deseo y esa misma tarde el verdugo fue llevado al centro de la plaza donde fue azotado no sólo por el verdugo designado, sino que, ante la impresión que sufrió de oír los primeros gritos de dolor del verdugo, se retiró y otros tomaban su lugar, unos para desquitarse del castigo recibido tiempo atrás y otros simplemente para divertirse. El pobre verdugo quedó muy adolorido, pero el rey había cum-

plido su palabra. El pueblo se alejó para seguir cumpliendo con sus faenas y los soldados llevarían al verdugo a curarlo de sus heridas.

Aunque la nobleza siempre había obtenido los productos que necesitaba casi regalados, ya que no pagaba su justo valor a los comerciantes que, temerosos de los azotes, tenían que darles lo que les pedían sin protestar, ahora pagaban el precio justo. Pero eso no evitaba que en represalia les regresaran lo comprado, ya gastado, según por defectuoso, y obtenían nuevos artefactos y alfarería a cambio sin pagarlos. Los soldados seguían divirtiéndose maltratando a los pobladores sin que nadie pudiera evitarlo, ya que nadie los vigilaba y la misma gente nunca los acusaba.

Aunque en otros reinos ya se veía con recelo que en Villa Alegre se permitiera que hubiera más de un rey y de una corte, aunque fuera sólo una tomada de pelo para su pueblo, al rey Saed no le importaron mucho las críticas que recibía; pero lo que sucedería meses más tarde fue lo que vino a romper la tranquilidad del reino. Ante la libertad para cultivar lo que quisieran, los campesinos en esta época sembraron sólo trigo y maíz ya que esos granos tenían mayor demanda para elaborar pan y tortilla, y sólo cuidaron sus intereses; al cosechar nadie obtuvo ni papas ni zanahorias ni frijol ni muchas verduras y frutas necesarias para todo el pueblo, lo que provocó escasez y sólo comieron pan y tortilla. El rey se enojó mucho y mandó reunir de nuevo a todo el pueblo, a los nobles y los hombres de ciencia y filósofos. Primero les reprochó el que fueran el hazmerreír de los reinos circundantes por la duplicidad del rey, después los culpó por haber provocado la escasez de alimentos y no haber aplicado bien la democracia que él había soñado.

El abad Gregorio, ante el silencio del rey, le pidió su autorización para hablar. —Si me permite, su excelencia —el rey le dio la palabra y prosiguió—: es muy loable de su parte que se haya interesado para que el pueblo se democratice y viva de una mejor manera, y aunque ha alentado el diálogo entre la gente, a mi parecer no ha sido de la forma correcta. Para poder dialogar sobre la situación del reino es necesaria

la participación del pueblo, ya que ellos son sólo una parte de la estructura, también es necesario que participen en ese diálogo las autoridades, en este caso el rey, la nobleza y los hombres de eminencia. El diálogo tiene que ser entre todos y sólo se podrá realizar de manera correcta cuando primero exista una educación de todos sus integrantes, una educación que contemple la enseñanza de los derechos del hombre, así como de sus obligaciones; si los desconocemos, así como nuestras diferencias e igualdades, difícilmente lograremos acuerdos para nuestro beneficio—. Cuando terminó todos guardaron silencio, ante esto continuó diciendo: —No será muy fructífero que se realicen reuniones sin que antes los miembros de nuestra comunidad aprendamos a valorarnos a nosotros mismos y a cada uno de los demás. O sea que no queda otro camino que primero recibamos una educación para que podamos discutir los asuntos de nuestro reino—. Los filósofos aplaudieron lentamente en muestra de coincidir y después se unió todo el pueblo, ya que lo poco que entendieron les parecía correcto; la nobleza permanecía serena mientras el rey, pensativo, no le quitaba la vista al abad, como queriendo comprender más detalladamente aquello que le había dicho. Por fin el rey se dirigió al abad y le dijo: —Creo que tienes razón, y ante esta muestra de cordura y sapiencia te nombro a partir de hoy mi ministro de educación; estoy de acuerdo en que tenemos mucho que aprender—. El abad quiso disculparse, por sentirse indigno ante tal nombramiento, pero el rey se le adelantó y lo conminó a aceptar: —Tú lo has dicho, Gregorio, todos tenemos que participar y tu misión será a partir de hoy elaborar nuestro proyecto de educar para crear personas capaces de discernir sobre las cuestiones de nuestra comunidad—. Ante esto el abad no tuvo más que aceptar su nuevo nombramiento, ante la algarabía del populacho que, si bien ya había algunos habían recibido instrucción por parte de él, fue sólo de conocimientos básicos para ganarse la vida, pero ahora parecería que se ampliarían esos conocimientos. El rey Saed dijo en voz alta: —Que se cumpla lo dicho, pero esta vez en las próximas reuniones participaremos todos, el rey y la

reina, la corte y la nobleza, los filósofos y por su puesto el pueblo, y de esa manera, como nos dijo Gregorio, podremos dialogar pero con conocimiento de causa—.

Todo el pueblo festejó al rey y éste levantaba las manos en señal de satisfacción, ya que por fin ahora sí creía que había encontrado el camino correcto para democratizar a su pueblo. El rey entró a su castillo seguido por su paje y la nobleza, que avanzaban con altivez ignorando cuál sería su participación en todas estas actividades; el pueblo poco a poco se retiró, ahora platicando unos con otros de las perspectivas; sólo al abad Gregorio se quedó contemplando el horizonte iluminado por el resplandeciente sol que prometió un futuro muy laborioso. La voz del paje lo volvió a la realidad y le dijo: —Señor ministro, ¿sería tan amable de seguirme?, le mostraré su nuevo lugar de trabajo—. Caminó hacia el interior del castillo y el abad detrás de él.

Y así hubo un rey que quiso democratizar a su pueblo, pero si se democratizó o no eso ya fue resultado del interés y del trabajo de su propio pueblo. Y colorín colorado, este cuento ha acabado.

Tercera categoría

(De 15 a 17 años)



Primer lugar

Iban por dos, encontraron tres

Josué Moisés Mondragón Díaz

La sopa de letras, la pechuga asada acompañada de la ensalada de lechuga ya estaban puestas sobre la mesa. Esperaban hace más de quince minutos a su dueño. No era normal el retraso.

Bip, bip, bip. Llamé tres veces, y tres veces respondió la contestadora. Me empecé a preocupar.

Tras media hora de espera, salí a la calle y caminé por aquel camino que recorríamos todas las mañanas rumbo a su escuela. No se veía un alma en las calles, vacío. Ilógico, pero se respiraba un aroma dulce, de aquellos que al despertar alegran el día.

Poco a poco mayor preocupación llegó a mí, cada paso que daba incrementaba la presión sobre mi pecho, cada paso hacía que diera una arcada cada vez mayor para poder respirar. Si seguía con el mismo paso no llegaría a mi objetivo. Bajé el ritmo, quería prestar más atención a mi alrededor, revisar el celular en busca de una llamada perdida, respirar, calmar tanta tensión.

Respiré un momento y continué mi búsqueda. Apenas llevaba medio camino, y la presión volvió a hacerse presente, ahora con mayor intensidad. Ya no caminaba ni trotaba, corría buscando una persona que pudiera decirme si había visto algo. Increíble pensar que la distancia entre la escuela y mi casa era cuando mucho un kilómetro.

Llegué a la plaza que había frente a la escuela, y en ella había varios grupos de amigos. Busqué con la mirada a mi hijo, me acerqué a un grupo y miré por encima de todos, sin encontrarlo. Pasé con el siguiente grupo e hice la misma

operación. Continué hasta quedar un solo grupo sin ver. Me acerqué, y aun cuando no vi a mi hijo, reconocí a unos de sus amigos, que me había presentado cuando todavía iba por él.

—Oye, disculpa –interrumpí su plática, y se volvió hacia mí alarmado, pues seguramente vio la cara de desesperación que tenía–, ¿viste si mi hijo caminó a casa? ¿Te dijo que saldría con alguien o iría a algún lado?

—No, señor, hace como una media hora que se fue para su casa, dijo que le pediría permiso para que fuera con nosotros al cine y fue a dejar sus cosas. Decidimos esperarlo porque dijo que vivía a cinco minutos, pero no ha vuelto. Se fue por ahí –señaló la misma dirección que siempre tomaba de regreso a casa, la misma que yo había tomado para llegar a ese lugar.

—¿Y no vieron nada... ammm, algo fuera de lo común? ¿Alguien? ¿Se comportaba raro?

—No, estábamos como siempre, fue un día realmente normal, jefe. Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué tan alarmado?

Tardé en contestar. El aire no llegaba a mí, no salía de mí, estaba yo en un vacío en el que oía, sentía, veía, pero no olía ni respiraba. Aquel aire, que en otros momentos me hubieran calmado, ahora causaba que me estremeciera.

—No ha llegado, y todo está muy solo –logré decir tras un momento, aun cuando me temblaba la voz.

—¿En serio?! Eso sí es preocupante –sacó su celular y empezó a buscar algo–. ¿Es éste su teléfono de casa?

—Sí.

—Va, pues ahorita que todos nos vamos, si lo vemos, le llamamos. Quizás se encontró con alguien.

La idea era buena, podía ser cierta, podría ser ésa la realidad.

Di una última vuelta por el parque para corroborar que no estaba ahí, y, en efecto, no estaba.

Caminé a mi casa más calmado, pero aun así viendo a mi alrededor, tenía aún la esperanza de encontrármelo en el camino.

Llegué, me acerqué a la comida, la tapé con una servilleta y después la coloqué en un espacio en el refrigerador. Me

senté en el sillón y esperé a que llegara o por lo menos me llamara, algo, sólo eso.

La espera duró y duró. Me levanté, prendí la televisión y abrí el refrigerador. Saqué la sopa y la pechuga asada y las metí al microondas. No sé si presioné el botón de “Calentar” o “Palomitas”, pero dejé que se calentara la cena.

De nuevo en la sala, puse los platos sobre la mesita de centro y los cubiertos. La cena no me llenó, pero sí apaciguó la acidez que sentía por la tensión.

Fui a mi habitación y coloqué la alarma a las siete de la mañana. Busqué fotos de mi hijo, las de la credencial de ese año, que se acababa de tomar, y alguna credencial vieja que hubiera dejado. Su acta de nacimiento, la mía y su horario escolar. Me recosté sobre la cama con la ropa, sin taparme.

Sonó la alarma y chequé la habitación de mi hijo. Su cama seguía destendida, pero sin rastro de que él hubiera llegado.

Me metí a bañar para calmarme y tomé una larga ducha. Salí y me puse cuanto me encontré enfrente. Tomé las cosas que había elegido ayer y las metí en una mochila.

No tenía hambre, pero aun así supe que tardaría en regresar a mi casa. La ensalada de lechuga me llenaría, pero no por mucho, y preparé otra pechuga asada; tenía que tenerme despierto y con energía.

Abrí la puerta de la casa y salí, atento a cuanto veía a mi alrededor. Iría al Ministerio Público a reportar que mi hijo había sido secuestrado. Quería encontrarlo lo más rápido posible.

Saqué un par de copias a color de las fotos, y en blanco y negro de las actas. No quería pretextos para que atrasaran su búsqueda, se tenía que actuar con rapidez.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, ah, buenas tardes —mi ansiedad era muy obvia, no quería y no podía controlarla—. Vengo a pedir ayuda o reportar que mi hijo está secuestrado.

—Sí —sacó un pequeño formulario de debajo de su mostrador y lo puso sobre él con total calma; tomó una pluma y comenzó a escribir—, se-cu-es-tro. Dígame, ¿ha recibido alguna llamada para pedir dinero por su rescate?

—No.

—¿Vio cómo lo secuestraron?

—No, tampoco. Fue cuando iba de camino a casa...

—¿Entonces cómo dice usted que es un secuestro?

—Porque no llegó a casa ayer que salió de su escuela, tampoco en la noche, no ha llamado, y ninguno de sus compañeros lo vio después de que emprendió el camino para la casa, aun cuando dijo que regresaría con ellos en un rato, porque iba a dejar su mochila y pedirme permiso para salir.

—No, no podemos considerarlo secuestro, ¿qué tal que sólo se escapó con una chica o con su banda? Y chance y sí es secuestro, pero no podemos considerarlo así hasta después de setenta y dos horas de desaparecido o que haya recibido usted una llamada pidiendo algo por su rescate y, claro, que la haya grabado y lo traiga como prueba. Mientras, deje espacio pa'l siguiente turno.

Me quedé pasmado un momento, no podía creer que ante una emergencia real se pudiera comportar un policía así.

—Bueno, ya sacaste el formulario, ya te tomaste el tiempo para sacarlo. Continúalo, ya, terminemos con eso y en lo que empiezan a buscar y se preparan son las setenta y dos horas; si no, ¿para qué le hice perder su tiempo?

—No, no, no, ésas no son las reglas que tenemos que seguir. Son las setenta y dos horas y se hace el formulario para la búsqueda.

Nunca pensé en ser malo, siempre me conducía por la ética, pero ahora entendía por qué había tanta corrupción. La desesperación y la angustia, el miedo y millones de ideas más contribuyen. Bajé la voz y continué:

—Y, ya acá entre nos, ¿cuánto por empezar la búsqueda? ¿O por lo menos por llenar el formulario?

Miró para ambos lados en busca de algún superior suyo que pudiera oír. Volvió a verme, y con el mismo nivel de voz:

—Sor Juana llena el formulario y lo manda, amigo. Pero usted, chitón.

—Me pasa el formulario para llenarlo, ¿por favor? —Pasó el formulario sobre el mostrador y lo puso frente a mí, y volví

al tono normal de mi voz—. Toda la información, ¿la tengo que poner yo o la pone usted?

—Si quiere usted hacerme el favor de llenarlo, se lo agradecería mucho.

Me pasó su pluma y comencé a llenar la hoja. Lo hacía con la mayor fluidez y legibilidad posible, pero los nervios hacían difícil que pudiera escribir con facilidad. Cuando terminé de llenar la hoja, me di cuenta de que la última palabra parecía que la había escrito un infante, letras torpes y grandes.

De la parte interior de la manga de la camisa, saqué un billete de doscientos pesos y uno de cien adicional, que tenía preparados ya por si realmente tenía que recurrir a ello; quería que empezaran la búsqueda cuanto antes; coloqué los billetes debajo del formulario disimuladamente y volví a pasar el formulario sobre el mostrador. Cuando lo puse frente al policía, le di dos golpecitos por encima del bultito que formaban los billetes. El policía bajó el formulario a sus piernas y simuló leer el formulario.

Alcé la vista al reloj de pared que tenían en el Ministerio. Llevaba yo una hora hablando con el policía, y seis de estar en aquel lugar.

Pero no podía hacer nada más, no podía ir dando volantitos a todo el mundo pidiendo ayuda para buscar a mi hijo, no podía pegar carteles con el mismo mensaje, mucho menos poner lonas en lugares concurridos, no podía arriesgarme a que alguien me intentara estafar por dar mi número telefónico por si lo veían o a que, si no estaba secuestrado realmente, alguien lo reconociera y lo secuestrara, pues le habría yo dado el número al que llamar para pedir su rescate. Esto último es lo que más me preocupaba.

El policía volvió a mirarme y sonrió.

—Perfecto, pasaré a dejar este formulario con mi superior. Nada más aquí —señaló una parte del formulario que no había llenado para saber cómo resolvería el asunto del tiempo—, si me hace el favor de ponerle que desapareció hace tres días. ¡Ah!, y su firma aquí abajito para que dé fe de lo que escribió y que podamos iniciar la investigación.

Tomé el formulario y llené lo que faltaba.

—Ya está. Mañana en la mañana lo visitarán para entrevistarlo y comenzar con la investigación. Hoy ya tenemos demasiado trabajo pendiente. Trabajamos lo más rápido que podemos. Me dijeron que espere a las siete de la mañana, a esa hora llegarán. Gracias por venir, hasta luego.

—Gracias a usted.

Me volteeé del mostrador y caminé a un asiento que se había liberado. Creo que, en el tiempo que llevaba ahí, apenas veía que uno estaba vacío. No estaba a más de dos metros de distancia, pero aun así trastabillé cuatro veces hasta llegar. Me senté lentamente, y dos personas me ayudaron a lograrlo.

No podía creer que tardaran tanto en empezar la búsqueda. No lograba pensar en el tiempo que se tardarían si no hubiera dado ese billete extra.

Logré calmarme y volví a sentir mi cuerpo. Aún no podía controlar las piernas, no tenían la fuerza para sostenerme. Logré con los brazos empujarme para sentarme bien en el asiento, y quedé viendo a una puerta que daba a la parte de atrás de las ventanillas. La miré un segundo y cerré los ojos, sentía un mareo enorme por la tensión y dejé que mi cuerpo se relajara unos segundos. No fueron sólo unos segundos, sino tres horas las que estuve en esa posición, dormido.

Volví a abrir los ojos y distinguí a una persona de traje, con presencia imponente, que se paró frente a la puerta, hasta que salió un oficial. En él se veía la desesperación de alguien que busca algo y no lo encuentra, y pensé en que le habían robado su carro.

—Sí, dígame, ¿en qué puedo ayudarle, diputado Tilman?

—Mi hijo está secuestrado. Ayer que fueron por él a la escuela les dijeron a mis conductores que se había ido rápido, que no vio a nadie más. Ayer no llegó y hoy tampoco. Lo hemos buscado por donde andaba algunas veces y no apareció. Lo llamamos y su celular nos manda a buzón. Queremos que nos ayuden a buscarlo.

—¿Preguntaron a sus amigos por dónde se fue?

—Sí, nos dijeron que corrió para una calle por la que nunca había pasado, que iba como impresionado. Se fue por la calle...

Solamente oí la calle y parte de mis energías volvieron a mí. Era la calle por la que mi hijo volvía, y el mismo día.

—Muy bien —se volteó, abrió la puerta por la que había salido, y entró. Unos segundos después, tres policías y él estaban de nuevo a la vista—. Vamos, no tenemos tiempo que perder, comencemos con esto.

Salté de mi asiento en ese momento y me paré frente al oficial mayor:

—Disculpe, acabo de levantar también un acta de secuestro y me dijeron que mañana irían a mi casa para comenzar la investigación. ¿Por qué atienden este mismo caso más rápidamente?

—Si ya le dijeron que irán mañana, espérellos. A un lado por favor.

Empezó a caminar rápidamente hacia la salida con los otros tres policías detrás.

Volteé a ver a quien me había atendido y lo interrogué con la mirada. Simplemente levantó los hombros e inclinó la cabeza en señal de que él ya no tenía que ver ahí.

Salí con paso molesto y apresurado del Ministerio. No sólo participé en la corrupción, sino que vi cómo la hacían. Y no fue por dinero, sino porque un ciudadano famoso vale más para ellos que un ciudadano ordinario.

Llegué a mi casa, antes comprando algunos materiales para hacer la cena y ofrecerles algo de comer a los oficiales que vendrían en la mañana. Preparé algunas cosas y guardé otras.

Me serví un cereal con leche, me lavé los dientes y puse el pijama, para después meterme en la cama con mayor miedo que antes: no sabía cómo hacer que la búsqueda de mi hijo fuera más rápida.

Desperté a las cinco a. m., con el fin de terminar los preparativos para la llegada de los policías. No hice mucho, los nervios seguían atormentándome y haciendo torpes mis movimientos.

Llegó la hora de su visita y no llegaban. Transcurrió el tiempo y no se veía ni rastro de ellos. El tiempo siguió y siguió, no paró y se fue veloz. Pronto dieron las nueve a. m.

Llamé al trabajo para avisar que no iría, y expliqué mi situación. Afortunadamente me contestó la secretaria de mi jefe, con la que me llevo bien y me entendió.

—¿Cuándo te volveremos a ver por acá para trabajar? Porque si quieres te marco éstas como vacaciones, y también para que descanses un tiempo y te recuperes de la impresión cuando lo recuperes.

—Gracias. Sí, si puedes ponme éstas como vacaciones, hoy es jueves, mmm, si puedes, ponme que regresaré de este lunes que viene al otro.

—Sí, yo te las pongo así. Ya que lo encuentres, regresas y todo normal. Espero rescaten pronto a tu hijo o lo encuentren. Te mando mucha suerte, y tranquilo, todo irá mejor.

—Eso espero. Gracias, nos vemos dentro de semana y media. Adiós

—Cuídate, *bye*.

Tenía una presión menos, una presión menor, pero ayudó a que encontrara más calma para seguir esperando.

Llegó la hora de la comida y comencé a servirme. En ese instante golpearon a mi puerta llamándome por mi nombre. Fui hacia la puerta y tomé el picaporte con fuerza, y en ese instante me entró un profundo temor.

La voz había sido autoritaria, con fuerza, y el golpe igual. Podría ser que fueran quienes secuestraron a mi hijo y vinieran a decirme qué debía hacer para recuperarlo, o podrían venir a secuestrarme a mí también o, aún peor, vinieran a dejarme los pedazos de mi hijo después de lo que le hubieran hecho.

Sólo nuevamente el golpe sobre mi puerta hizo que reaccionara, aunque también me puso más tenso la forma en que se hizo. Tenía que reparar el timbre.

Abrí la puerta rápidamente, no quería mostrar el miedo que tenía.

Frente a mí estaban dos policías que se agarraban la panza sobre el chaleco antibalas, con porte de arrogancia y masticando chicle.

—Muy bien, pues venimos a interrogarlo por la desaparición de su hijo.

—Sí, oficial, ya los esperaba desde la maña...

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Antier en la mañana, que lo fui a dejar a la escuela.

—¿Habló con sus amigos de su escuela y le dijeron si se pudo ir por otro lado o con alguien más?

—Me dijeron que se fue como siempre, que parecía normal.

—¿Ha tenido problemas con él o ha notado algún cambio radical?

—No, él seguía como siempre, y llegaba siempre al poco de que salía de su escuela, ya conocía yo el horario. No nos hemos peleado en muchos años, siempre nos llevamos bien.

—¿Cuál es el camino que toman siempre de su casa a la escuela y de regreso?

—Saliendo de la casa, a la derecha, en la primera calle igual a la derecha, y en la primera a la izquierda, está enfrente de la plaza de la colonia.

—¿Sabe si alguien tenía problemas con él o conoce a alguien que tenga problemas con usted?

—No, ni él ni yo teníamos problemas con nadie. O al menos no conocíamos quien los tuviera contra nosotros.

Se quedaron parados ahí sin decir nada, solamente viéndose entre ellos. Sentí un pequeño momento de tensión, cuando uno de los dos dijo:

—Bueno, empezaremos a buscar a su hijo. Cualquier cosa, vaya al Ministerio, aquí le dejo el número de caso y la clave —y me entregó una hoja—, junto con los datos necesarios para que pueda saber del avance que llevamos en la investigación.

—Está bien, gracias.

En ese momento se dieron la vuelta y empezaron a andar, sin decir nada más.

Cerré la puerta tras ellos y continué con mi comida, tenía más miedo ahora de no encontrar ya a mi hijo si esto seguía así.

Después de un rato salí a la calle y tomé la ruta de camino a la escuela. Una calle antes de llegar a la escuela, me detuve en una casa y toqué el timbre.

—Buenas tardes, disculpe, vivo aquí a unas cuantas calles, y hace dos días no llega mi hijo a la casa, y sus amigos vieron que empezó a caminar por esta calle, como siempre, pues era su ruta de siempre. Quería preguntarle, ¿de casualidad no vio nada inusual o ha visto algo inusual?

—Espero lo encuentre pronto. Pero no, realmente no hemos visto nada fuera de lo común, señor, aunque no sé si se podría considerar extraño que se oyera un enfrenón de coche ese día.

—Y cuando se oyó el enfrenón, ¿salió a ver?

—Sí, pero cuando vi ya estaba arrancando.

—¿Puede usted decirme qué tipo de coche era?

—Sí. Era un carro de esos viejitos negros, grandotes.

—Bueno, muchísimas gracias.

Pasé a la siguiente casa, y las respuestas fueron idénticas.

Mis entrevistas se extendieron a lo largo de dos calles más, encontrando siempre las mismas respuestas. Pero nadie vio si había algún joven en la calle antes.

La noche llegó y decidí regresar a mi casa. No creo que pudiera encontrar más información.

En la mañana salí rumbo al Ministerio y presenté mi hoja para saber la evolución de la investigación. Tras una hora de espera, me trajeron una hoja, que según era el expediente. “Sin avances”. No había progreso en la investigación. La desesperanza estaba llegando a mi vida, estaba ya hundiéndose en una gran amargura.

Cuando iba saliendo del Ministerio, reconocí al político que entró la otra vez. Iba bajando del coche y se disponía a entrar al ministerio. Entró y se puso nuevamente junto a la puerta que daba hacia el otro lado de los mostradores. Lo seguí disimuladamente y me recargué en los asientos al lado de él, como si esperara turno en alguna fila del Ministerio.

Salió nuevamente el oficial que lo había atendido la otra vez, y comenzaron su charla:

—Me llamó hoy en la mañana, y he venido en cuanto colgó. Dice que tiene a tres secuestrados: a mi hijo, su amigo, a un joven que también iba con ellos.

—¿Le dijo por qué? ¿Qué quería para recuperarlos?

—Dijo: “Piense en la posición en la que usted está. Piense en lo que sentimos cientos de personas cuando estuvimos en la misma situación. Piense aún más a fondo, y razone, medite ¿qué se sentiría tener un hijo muerto, como yo? ¿Por qué esto? Porque usted llevó un caso similar, al que nunca le prestó atención aun cuando se le insistió mucho, porque usted no conoce lo que sintieron cientos de personas por sus decisiones. Ahora, usted conocerá lo que su pueblo”, y después colgó.

—Esto es serio. Tenemos grandes avances en la investigación, hemos encontrado el auto con el que secuestraron a su hijo, y vimos que los metieron en la cajuela a los tres. Supimos que el auto es de un particular, pero murió hace medio año y no se ha hecho el cambio de dueño. Entonces buscamos a sus hijos, y descubrimos que sólo tiene uno. Tenemos su dirección ya lista, emprenderemos su búsqueda en cuanto le llamemos al padre del otro secuestrado para que nos acompañe, también puso su denuncia en marcha.

—¿A quién llamarán? —dije desesperado, tenía el presentimiento de que se trataba de mí.

—No es de su incumbencia.

—¡Yo también vine a decir que mi hijo fue secuestrado! ¡Y la calle en la que secuestraron a su hijo fue la misma en la que al mío!

—Su nombre.

—Alejandro Rubalcaba.

No contestó el policía, solamente me miró pasmado. Hacía mucho tiempo que no me enojaba con alguien, pero en esta ocasión que lo he hecho, creo fue sumamente fuerte mi enfado.

Afortunadamente, vivimos en México, donde nadie le presta atención si algo malo le pasa a su vecino, a menos que a él también le afecte, y en cuanto terminé de decir mi nombre todo mundo volvió a sus actividades como si nada, tras los gritos que di.

—Síguenos, si es usted a quien llamaríamos.

Salimos a la calle y subimos a varias camionetas de la policía del D. F., seguidos por dos de la Federal.

Árboles descuidados “adornando” las avenidas, parques que se ven grises por el polvo y la sequedad del “pasto”, pequeñas colonias con techos de lámina y paredes construidas con retazos de madera, grandes terrenos baldíos cubiertos con montones de basura, paredes tapizadas por letras sin forma, que, si le dedicaran tiempo y esfuerzo, y no fuera por vandalismo o rayar, podrían ser grandes obras de pintura contemporánea.

Y tras ese recorrido por una parte de la ciudad, entramos a una colonia que se veía descuidada, cuyo tránsito era poco, pero no tan mal.

Nos detuvimos frente a una casa bastante grande, blanca, con un portón negro dividido en dos. No se veía construcción hacia arriba, por lo que parecía tenía solamente la planta baja y un patio bastante grande.

Los federales se pusieron a ambos lados del portón.

—¡Abran la puerta o entramos por la fuerza! —nadie contestó ni se oyó nada.

Un tumulto de gente se empezó a formar a nuestro alrededor, personas curiosas que buscaban algo que contarles a sus amigas y amigos.

—¿Hay forma de salir por detrás de la casa? —preguntó el oficial. Para ese tiempo esa pregunta ya era inservible, quien hubiera estado adentro, fácilmente hubiera podido escapar.

—No, es una fábrica de cartón allá atrás —contestó un vecino que alcanzó a oír.

—¡Abran la maldita puerta!

Nuevamente, nadie contestó ni se oyó ruido alguno. Pronto, decidieron disparar a las bisagras que sostenían el portón, que se vino abajo.

Entraron en dos hileras, formando un semicírculo en el patio de la casa. Después, uno de ellos se adelantó y tumbó la puerta de aluminio de la entrada principal con una patada, poniéndose a un lado de la puerta para evitar cualquier ataque. Nada, solamente silencio de nuevo.

Entraron todos a la casa, el diputado y yo detrás de todos ellos. Al entrar, a la derecha había una sala bastante espaciosa, con pocos muebles y cosas, algunas ya malgastadas. Del lado

izquierdo, una cocina pequeña, una cantidad increíble de utensilios de comida. Seguimos por el pasillo que se formaba por la derecha hasta lo que parecía una de las habitaciones de la casa.

Con un empujón bastante fuerte tumbaron la puerta.

—Ya los encontramos.

Gritaron desde adentro, y corrimos para ver cómo estaban nuestros hijos.

Al entrar en la habitación nos arrepentimos de haberlo hecho o nos enojamos con los policías por habernos dejado pasar: dos grandes charcos de sangre que habían emergido de la garganta del hijo del diputado y de su amigo.

Estaban al centro de la habitación, tirados boca abajo con la cara de lado, viéndose de frente. Entre ambos, a unos treinta centímetros de ellos, una hoja en la que se leía perfectamente: “Ustedes dicen que nosotros no valemos lo mismo que ustedes, nosotros pensamos que sí”.

Un llanto nos distrajo de aquello. Del lado derecho de la habitación estaba mi hijo esposado a unas varillas de una pelada columna. Corrí a él y lo abracé, estaba feliz de que siguiera vivo.

—Sí llegaste.

—Claro que iba a llegar por ti, hijo.

Detrás de mí el diputado se echó a llorar de la manera más trágica que hasta hoy he visto.

—No era un amigo suyo, era mi otro hijo, el de mi ex esposa.

Se arrodilló y lloró.

—Hace muchos años, igual, hubo varios secuestros, y sólo atendí los de los ricos. Años después, hubo una demanda contra una empresa grande, e hice que sólo les pagaran a los que tenían dinero. Por eso es esta venganza, porque el que los mató estuvo en ambos conflictos.

Todos guardamos silencio y él siguió llorando. Pronto lo sacaron de la habitación y cortaron las esposas de mi hijo, y también nos sacaron.

Entraron varias personas a tomar fotos y muestras.

A nosotros nos llevaron a una ambulancia que acababa de llegar. Nos subieron y empezaron a revisarlo, de pies a

cabeza; el único daño físico que tenía eran dos cortaduras en la muñeca derecha por el filo de las esposas. Llegamos al hospital, nos recibió un psicólogo:

—Estará con nosotros de una a dos semanas para su recuperación. Procuraremos que sea lo más rápido posible. Aparte de eso, tiene que declarar.

Tres días después narró cómo en la persecución llegó:

—Salí de la escuela con mis amigos. Propusieron ir al cine, y quería ir a pedir permiso a mi papá y dejar mi mochila, pues pesaba mucho.

“Empecé a andar por mi ruta de siempre. Crucé la calle de la escuela y apresuré el paso para poder llegar con mi papá lo antes posible y preguntarle si podía ir. Cuando iba a llegar a la segunda esquina, un chico giró corriendo por la calle y chocó contra mi hombro, y ambos caímos. Sentí cómo otro nos levantaba y gritaba: “¡Corran, corran, corran o nos carga!”. Me levanté a como pude y salimos corriendo hacia la derecha. Cuando cruzábamos la calle, un coche negro se nos adelantó y frenó frente a nosotros.

“Cuatro tipos nos metieron el brazo en la boca y nos cargaron, nos aventaron a la cajuela, que olía raro y nos causó sueño, y la cerraron.

“Nos llevaron en el coche a esa casa, nos metieron a empujones en la habitación, pues todos seguíamos atolondrados.

Después se supo que los hijos del diputado habían sido perseguidos desde su escuela, su escolta había sido asesinada, y ellos quisieron huir por las calles, sin conocer cómo era su alrededor. Su encuentro con el otro chico fue totalmente accidental.

Una semana después, avalaron para que pudiera regresar a la casa.

Al llegar a la casa preparé de comer sopa de letras, ensalada de lechuga y pechuga asada. Tenía que comerse lo que no se comió.

—A comer, que es tarde y no has comido.

Segundo lugar

Inocencia

Andrea Bañuelos Maldonado

Ella, con un niño en brazos, en un mundo totalmente ajeno a lo que conocía, sin saber qué hacer, sin dónde empezar...

Su nombre era Inocencia y su historia se remonta desde aquel tiempo en que Crescencio y Soledad decidieron casarse y formar una familia.

El inicio de esta historia suena bastante ordinario, pero no es así... ¿Cómo podría serlo, dadas sus circunstancias?

Para empezar, aquellos jóvenes habitaban el Valle de México formando parte de una minúscula comunidad indígena otomí.

Donde cada habitante luchaba día a día para poder subsistir.

Donde su casa no iba más allá de construcciones hechas de adobe y lámina.

Donde había que caminar tres horas o más para poder tener un servicio básico... el agua.

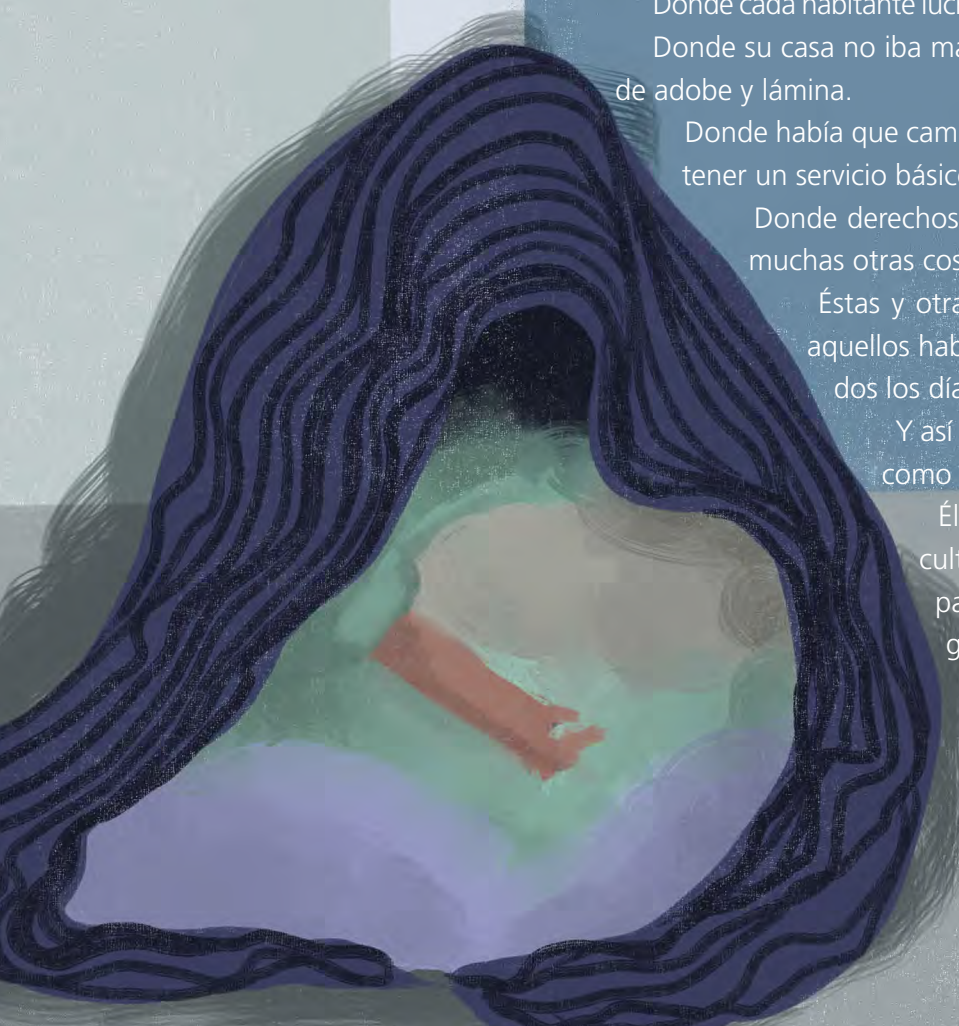
Donde derechos como la educación eran (como muchas otras cosas) simples lujos.

Éstas y otras tantas carencias eran las que aquellos habitantes tenían que enfrentar todos los días.

Y así es la vida de cientos de personas como Crescencio y Soledad.

Él solía ganarse la vida de la agricultura (sembrando maíz), como su padre y su abuelo lo hicieron el algún tiempo.

Ella por su parte se dedicaba a vender rebozos, que ella y su familia hacían.



Los motivos que los llevaron a esto carecen de importancia, pero a la temprana edad de quince años se casaron y tuvieron a Inocencia, convirtiéndose en su primera hija, de seis.

De una u otra forma podría decirse que llevaban una vida “normal”, pero diez años después todo eso cambió en una tarde letárgica en la que llegó un tipo de apariencia falaz, de baja estatura, complexión robusta, piel morena, rostro sin afeitar y con un par de cicatrices en una de sus mejillas.

Espoleando a Crescencio de venderle a Inocencia por el insignificante precio de doscientos pesos.

La falta de recursos, su pobreza extrema y responsabilidad de mantener a seis niños más pudieron ser algunas de las causas por las cuales Crescencio accedió a hacer el ominoso intercambio de una cosa tan insignificante como el dinero por su hija.

Y así el destino de esa pequeña criatura de diez años estaba en manos de aquel hombre que iba por la vida recorriendo comunidades indígenas hundidas en la pobreza comprando personas por un precio minúsculo, como si fuera lo más normal del mundo.

Inocencia pasaba de camión en camión, de hombre en hombre, de dueño en dueño...

Quedó embarazada y pasados los nueve meses nació su hijo, y, a pesar de todo, tenía la esperanza de ser feliz con Tonatiuh, así quería nombrarlo; pero no esperaba que su “dueño” en turno quisiera quitárselo, y fue ahí cuando escapó y por azares del destino llegó a la ciudad... Al D. F., para ser exactos.



Ella, con un niño en brazos, en un mundo totalmente ajeno a lo que conocía, sin saber qué hacer, sin dónde empezar...

Caminó durante varias horas, sin rumbo, pensando que tal vez alguien podría ayudarla. Era un día lluvioso y lo único que buscaba por el momento era un refugio; al entrar a una tienda lo único que recibió fueron miradas indiferentes y un ofensivo grito del dueño: —Lárgate de aquí, india—, le dijo.

Ese día pasó la noche en la sórdida calle, y al día siguiente y al siguiente, y así fue convirtiéndose en su único hogar.

Inocencia tenía la piel marchita y reseca, usaba una gastada falda negra con holanes de satín rosa, blusa grisácea por tanto uso y un rebozo con el que podía sostener a Tonatiuh. Macilentos, sólo sobrevivían de las pocas limosnas, pues éstas eran su única fuente de recursos.

Y la gente puede pensar que es su culpa, que no saben hacer nada, que son unos ignorantes, que lo único que hacen es estorbar.

¿Pero por qué tratarlos de esa manera tan ominosa?

¿Por qué marginarlos?

¿Por qué discriminarlos?

¿Por qué ser racistas?

¿Por qué ir por el camino fácil donde uno sólo usa la indiferencia para evadir los problemas?

¿Por qué no ser solidarios?

¿Por qué no ser tolerantes?

¿Por qué parece que la gente ni siquiera conoce el significado de la palabra respeto?

¿Por qué dicen que todos valemos lo mismo y la misma sociedad excluye a gente indígena?

¿Por qué no darse cuenta de que forman parte de México, que ellos son cultura?

¿Por qué no aceptar lo diferente?

Sabemos que existen fundaciones y asociaciones para ayudar a personas de comunidades indígenas; pocas, pero las hay.

Inocencia no corrió con la suerte de ser apoyada por una de ellas, así que continúa en la calle acompañada de Tonatiuh.

Puede ser cualquiera, pudiste verla hoy, ayer, hace una semana, en el metro, en el centro, en una banqueta...

Pero lo importante es que ella y algunas personas aún no pierden la esperanza; no sólo esperan, no, luchan por una ciudad mejor.



Tercer lugar

Una chica misteriosa

María Alejandra Castillo Martínez

—Yo... tengo... tengo miedo...



Iba caminando por la alameda cuando la vio. Allá al otro lado de la vereda una chica no muy alta de cabello negro, que caía sobre su espalda en elegantes ondas hasta la cintura, caminaba tranquilamente del brazo de un chico. Pero no la reconoció por el cabello, la última vez que la vio lo traía extremadamente corto, alborotado y disparejo, aunque atractivamente rebelde. Lo que había llamado su atención era, en realidad, esos hermosos ojos, grandes y redondos, tan oscuros y profundos como pozos negros, misteriosos y hechizantes; siempre le habían encantado esos ojos.



Todavía recordaba el día que la conoció. Fue en esa misma alameda. La vio sentada en una de las bancas del paso y su figura llamó su atención de inmediato. En aquel entonces su cabello le llegaba a los hombros y lo llevaba teñido de un rojo oscuro asemejado a la caoba. Su intensa mirada se hallaba hundida en la nada, nublada por el odio y la desesperación. Llevaba un suéter holgado cuyas mangas le llegaban a los nudillos. Al verla se preguntó por qué una chica tan linda reflejaba aquel semblante tan sombrío.

Se debatió durante un buen rato sobre ir a sentarse a su lado y hacerle la plática o simplemente conformarse con seguirla y mirarla desde lejos, pues el quedarse sin hacer nada no era para él una opción. Finalmente optó por la primera, pues con la segunda se sentiría como un auténtico acosador. Aun así no fue hasta después de media hora que tomó el valor suficiente para acercarse.

—Hola, amiga —la saludó—. ¿Por qué tan deprimida?

—Piérdete —soltó ella secamente.

—Vamos, sólo quiero verte sonreír. Verás, te vi aquí sentada tan triste y pensé que quería ver una sonrisa en ese rostro tan lindo.

—Piérdete —repitió.

—¿Por lo menos puedo quedarme aquí contigo en silencio?

—Haz lo que quieras, pero no me molestes.

—Yo sólo quería ayudar —dijo para dar la conversación por terminada.

Siempre había tenido una extraña obsesión por tener la última palabra y siempre cerraba él las conversaciones, aunque para los demás ya hubieran acabado.

—¿Puedo llorar en tu hombro? —preguntó la chica cuando el atardecer comenzó a caer sobre ellos.

Él sólo asintió y tan pronto lo hizo ella rompió en llanto aferrada a su brazo. Sin saber qué hacer la rodeó con el brazo libre y apoyó su cabeza en la de ella hasta que, entrada la noche, los sollozos se fueron apagando hasta convertirse en suaves suspiros y ella se quedó dormida. Damian con cuidado la acostó en la banca con su cabeza recostada sobre sus piernas y acarició su cabello mientras la veía dormir. Si antes tenía curiosidad de saber acerca del estado de la chica, ahora se trataba de una insaciable necesidad de conocerla y saber más acerca de ella. La chica se removió inquieta en su regazo y abrió los ojos lentamente.

—¿Qué hora es? —preguntó ésta restregándose los ojos.

—Alrededor de las siete —adivinó mirando al cielo.

De pronto los ojos de la chica se abrieron de par en par, se incorporó y sin darse tiempo a despedirse se alejó corrien-

do. Él sólo se limitó a seguirla con la mirada hasta que la vio desaparecer, confundido y con más dudas que antes.



Regresó a la alameda al día siguiente esperando encontrarla de nuevo, pero nada. Lo mismo al día siguiente y al siguiente y así por una semana, hasta que un día la vio ahí, sentada donde la vez anterior. Se acercó sigilosamente a ella y logró vislumbrar las marcas de moretones en el cuello y en la cara.

—¿No hace demasiado calor para usar suéter? —preguntó sentándose a su lado.

La chica lo miró de reojo y se abrazó a sí misma.

—¿Otra vez tú?

—Sí, otra vez yo. ¿Sabes?, la vez pasada no te pregunté tu nombre.

—Kyara.

—Bonito nombre, nunca antes lo había oído, me gusta —sonrió—. Yo me llamo Damian.

Kyara bajó la mirada y la mantuvo clavada en el suelo hasta que, pasados unos minutos, se decidió a hablar.

—Gracias —comenzó—, por dejar que me desahogara contigo.

—No es nada. Mejor dicho, gracias a ti, por dejar que me acercara.

—No acostumbro... nada.

—¿Qué?

—Nada, sólo olvídalo.

—Vengo aquí a diario, si otra vez necesitas a alguien para desahogarte... ya sabes dónde buscarme.

—¿Por qué...? —dudó—. ¿Por qué insistes en hablarme?

—Ya te lo dije: vi una chica muy linda que se veía deprimida y quise ver una sonrisa en aquel hermoso rostro que, por cierto, todavía no consigo ver.

—No creo que esa sonrisa exista —comentó para sí, y su mirada se perdió en la nada.

—Yo sé que sí, ¿por qué no habría de existir?

—Es que tú no sabes nada.

—Entonces déjame saber.

—Apenas te conozco –alegó ella y se puso de pie–. Me tengo que ir –anunció y se alejó caminando, dejando más y más dudas sembradas en Damian.



Después de eso Damian la esperó día con día en el mismo lugar. A veces la veía, a veces no. Cuando ella iba platicaban de nada importante, pero parecía ayudarle a olvidar su propia realidad. Nunca quiso contar a Damian más acerca de su vida familiar, aparte del hecho de que era hija única y vivía con sus padres. Cuando llegaba golpeada no lloraba, parecía más bien que estuviera conteniendo su ira, y la conversación se volvía cansada y agobiante hasta que pasado un rato se tranquilizaba. En cambio, cuando dejaba de verla por largos periodos de tiempo casi siempre lloraba y lloraba hasta quedarse dormida. Después de unas cuantas ocasiones se acostumbró a despertarla cuando dieran las cinco o las seis de la noche, y la acompañaba unas cuantas horas hasta que sus caminos se dividían. Kyara nunca dejó que la acompañara a su casa y él nunca insistió porque sus sospechas le hacían intuir que acompañarla sólo le traería más problemas.



—¿Cuál es el color natural de tu cabello?

—Negro...

—Creo que te verías más linda así.

Damian recordó aquella conversación cuando vio a Kyara esperando en la banca de siempre con el cabello teñido de negro. Y sin embargo, al acercarse, la mirada de la chica parecía más perdida que de costumbre, ocultaba su rostro detrás del pelo y sujetaba con fuerza el suéter sobre su regazo.

—Vaya, te pintaste el cabello –comentó mirando preocupado a la chica–. Te lo dije: te ves más linda así.

—Pensé en lo que me dijiste y quise probar.

—Te ves linda.

—¿En serio? —Kyara tiró de un mechón de cabello y escondió más su rostro sonrojado.

—Yo nunca te mentaría.

—Es que... siento como si no hubiera sido buena idea pintármelo —explicó jugando nerviosamente con la tela del suéter.

—Pero si te ves muy bien —le sonrió—. No hay razón para que te preocupes por eso.

—Es que yo... de acuerdo.

—Casi no te veo sin el suéter —comentó tratando de cambiar el tema.

—Es que hace mucho calor —sonrió por fin descubriendo su rostro.



Se miró al espejo una vez más. No había manera de disimular más su aspecto. El calor era insoportable y sin embargo debería traer el suéter puesto. Su cabello era un desastre total, algo irreparable. Suspiró, no quería que Damian la viera así, pero el no verlo era peor que eso. Se guardó algo de dinero en el bolsillo del pantalón y salió por la ventana.



Damian miró su reloj una vez más. No había pasado mucho tiempo, pero comenzaba a sentir que tal vez ése era uno de los días que ella no llegaría; después de todo era rara la vez que él llegaba antes que ella. La esperaría un poco más y se iría a casa.

Sin embargo no pasó mucho tiempo antes de que Kyara llegara. Su caminar era inseguro. El chico se quedó serio al verla. Su cabello estaba más corto que el día anterior, pero el corte era descuidado y disparejo. Se jalaba de manera nerviosa las mangas del suéter que traía puesto a pesar de que hacía más calor que el día anterior.

—Kyara, tu cabello...

—Me lo corté, ¿te gusta? —la chica le dedicó una falsa sonrisa que lo dejó helado.

—Yo...

—No quedó muy bien, ¿verdad? —preguntó acariciando las puntas maltratadas con las yemas de los dedos.

—Kyara...

—Creo que no debí de haberlo hecho...

—¡Kyara! —Damian se puso de pie frente a ella—. Dime lo que pasó en realidad.

—Mi... mi padre...

—¿Estás bien?, ¿no te hizo daño? —preguntó alarmado, tanteándole la cara.

—Yo... tengo... tengo miedo —dijo mientras las lágrimas comenzaban a descender por su rostro.

—¿Por qué fue?, fue por el cabello, ¿verdad?, por eso ayer estabas tan nerviosa.

La chica asintió entre sollozos.

—¿Te hizo daño? —preguntó tomando la parte baja del suéter—. Vamos, quítate el suéter, déjame ver —pidió, retirando la prenda.

Los brazos de la chica estaban llenos de moretones y heridas que aún tenían vidrios incrustados, vidrios de una botella de cerveza.

—Tenemos que atender esas heridas —dijo tomándola de la mano y guiándola a las afueras de la alameda—. No dejaré que regreses, no para que te haga más daño.

—Pero mi mamá sigue ahí.

—De eso nos encargaremos después, ahora quien más me importa eres tú, vamos.

—¿A dónde?

—Al centro de salud. No podemos dejar eso así, te tienen que atender.



—¿Podemos ver a un doctor? —preguntó el chico llegando donde la enfermera que atendía el centro de salud.

—Tome una ficha y espere su turno —respondió ésta de manera automática, rebuscando entre unos papeles.

—Es una emergencia, por favor.

—Tome una ficha y...

—¿¡Es que no se da cuenta de cómo está!?

La enfermera alzó la vista y ahogó un grito al ver a Kyara.

— ¡Por Dios, niña!, ¿qué te pasó?

—Fue su padre —respondió Damian por ella.

—Lo siento mucho, pero tendrán que esperar como todos los demás. Tomen una ficha, pueden esperar sentados.

Las horas pasaban mientras esperaban. Kyara miraba una y otra vez en dirección de la puerta, como esperando el momento en que su padre cruzase por ella, hasta que se quedó dormida sobre el regazo de Damian.

—¡Número 60! —llamaron cuando empezaba a caer la tarde.

—Kyara, levántate —la llamó—. Ya nos toca.

—¡Número 60! —insistió la enfermera—. ¡¿No está el número 60?!

—¡Vamos!, permítame un momento —pidió el chico ayudando a poner de pie a la adormecida Kyara.



—No puedo hacer mucho por ustedes —le dijo la enfermera entregando un papel a Damian, quien tenía la vista clavada en la puerta del consultorio esperando a que Kyara saliera. Lo habían corrido cuando la chica se tuvo que quitar la camisa para que atendieran sus heridas de la espalda.

—¿Qué es esto? —preguntó el chico leyendo el contenido de la nota.

—Vayan a esa dirección, allá la pueden ayudar.

—¿UAPVIF? —leyó el chico.

—Son siglas. Significa: Red de Unidades de Atención y Prevención de la Violencia Familiar. Se especializan en estos casos. No sé los horarios de atención, pero espero que esto les sirva de algo.

—Claro. Gracias, es de mucha ayuda —el chico regresó la mirada a la puerta del consultorio—. Supongo que iremos mañana.



—¿Puede quedarse a dormir? —Damian había llevado a Kyara a su casa tras salir del centro de salud y ahora se hallaba hablando con su mamá en la cocina mientras la chica aguardaba en la sala—. Si regresa a su casa, su padre seguro la lastimará más.

—Puede quedarse —aceptó su madre—, pero no por mucho tiempo, sólo el necesario.

—Sí, gracias.

—Prepárale el cuarto de invitados. Yo iré por algo para que se cambie —la mujer se puso de pie y se encaminó fuera de la cocina.

—Mamá —la llamó—, te quiero.

—Y yo a ti.



—Toma —la señora Teresa le tendió una pijama a la chica—. Espero que te quede. Si quieres darte un baño, es la puerta de hasta el fondo.

—El doctor dijo que aún no podía bañarme, por las heridas —explicó la chica bajando la mirada y acariciando las gasas y vendajes de su brazo.

—De acuerdo. Entonces descansa. Nos vemos en la mañana para desayunar.

—Gracias —Kyara abrazó con fuerza la pijama—. Buenas noches.

—Buenas noches —la señora salió de la habitación dejándola sola.

Aunque quería mucho a su madre y su madre la quería mucho a ella, no recordaba con claridad la última vez que se hubiera tomado en serio su rol de mamá. Era siempre Kyara quien debía de cuidarla en sus depresiones, y los papeles pa-

recían invertidos. Por lo mismo ya no recordaba bien cómo era el sentirse sin la preocupación de cuidar que comiera y durmiera como era debido, y aun ahora estaba preocupada por lo que le haría su padre cuando descubriera que se había fugado.

No pudo conciliar el sueño durante las primeras horas de la noche, pero cuando logró dormirse no se despertó ni una sola vez hasta la mañana.



Al día siguiente fue el olor de la comida lo que la despertó. La cantidad de luz que entraba por la ventana la hizo darse cuenta de la hora y se sorprendió al comprender que no se había despertado durante toda la noche. Se quedó un rato sentada en la cama mirando sus manos hasta que después de un tiempo llamaron a la puerta.

—Despierta, Kyara. Ya está la comida —escuchó la voz de Damian.

—Sí, ya voy.

—El baño está al fondo si quieres pasar.

—Sí, gracias.

Los pasos de Damian se alejaron por el pasillo y después de unos segundos la chica se puso de pie y se vistió con la ropa que traía el día anterior. Pasó al baño y bajó a la cocina. Damian estaba terminando de poner la mesa mientras su mamá preparaba *hotcakes*. Había cuatro lugares. El chico le indicó que se sentara donde quisiera en lo que todo estaba listo.

—¿Quieres leche, café o té? —le preguntó rebuscando en el refrigerador.

—Leche, por favor —respondió con timidez.

Casi nunca tenían leche en casa y le gustaba, por mucho, más que el café.

—Buenos días —un hombre alto e imponente entró en la cocina—. Tú debes ser la chica de la que tanto habla mi hijo —le sonrió—. Es un placer. Me llamo Jorge.

—Mucho gusto —respondió ella comenzando a jugar nerviosamente con el dobladillo de su blusa.

—Sírvenme un café, hijo —dijo sentándose frente a la chica.

—Tengan —Damian dejó el vaso de leche y la taza de café en los respectivos lugares y comenzó a preparar el té para él y su madre.

Finalmente se sentaron a la mesa, Damian a la izquierda de la chica, y comenzaron a comer. El chico miró a Kyara, se veía nerviosa desde que su papá había entrado.

—Descuida —le susurró al oído—, no pasa nada.

Sintió cómo suspiraba y se relajaba un poco.

—Ustedes dos: a tres metros de distancia —la imponente voz de su padre resonó en la estancia y Kyara dio un brinquito en su asiento quedándose paralizada.

—¡Papá, no seas exagerado! —reclamó el chico—. Descuida, Kyara, parece un ogro, pero no lo es... ¿Kyara? —miró preocupado a la chica, que había comenzado a temblar—. ¿Ves?, ya la asustaste.

—Lo siento, Kyara —se disculpó el hombre—, lo siento si te asusté, pero es que así juego con mi hijo, es de broma.

Ella asintió tratando de tranquilizarse.

El desayuno continuo sin más. Kyara nunca había estado en un lugar así. El padre de Damian era amable y bromista y su madre cuidaba de todos. Damian era alegre y seguro y tenía entendido que iba bien en la escuela. Para ella mucho tiempo la idea de una familia así como esas que pasaban en la televisión era algo de fantasía, pero ahora se daba cuenta de que sí existían.

—¿A dónde van a ir? —la madre de Damian preguntó cuando los vio encaminarse a la salida.

—Ayer la enfermera me dio una dirección. Dijo que la podían ayudar allá —explicó señalando a la chica.

—Los llevo —ofreció tomando las llaves del coche y de la casa.

—Gracias, ma.



—Aquí es —dijo la señora Teresa estacionando el coche—. Los espero aquí.

—Sí, ma. Vamos, Kyara —ambos bajaron del coche y entraron al edificio.

Explicaron su problema a la recepcionista y los hicieron pasar con una persona a un cuarto para entrevistar a la chica.

Damian ya tenía sospechas de su situación, pero ahora que la escuchaba hablar se sentía un completo imbécil por no haber hecho nada antes.

—En las noches llega borracho y nos pega, siempre encuentra la razón. Por suerte casi no está en casa. Sólo viene en las noches, no es todos los días. Cuando me pinté el cabello la primera vez, me aventó por las escaleras de la calle y me fracturé un brazo, pero no me dejó ir a atenderme hasta un par de días después. Ahora que quise volvérmelo a pintar de negro me pegó con la botella aun cuando se rompió, y me cortó el cabello con un cuchillo de la cocina. Me encerró en el cuarto y me salí por la ventana para ver a Damian en la alameda como siempre. Él se dio cuenta de que algo malo ocurría y no me dejó regresar a casa.

—Ésa es la mejor decisión que pudiste tomar, chico.

—Mi mamá sigue allí.

—No te preocupes. La sacaremos de allí. Dame tu dirección, por favor.

—Y si ella no se quiere salir —preguntó anotando en la libreta que le tendió la señorita.

—No podemos obligarla a nada. Pero a ti no te podemos dejar regresar. Es maltrato infantil, si tu madre no quiere venir entrarás a un orfanato. Si ella viene las llevaremos a un refugio donde tu padre no las pueda encontrar. Podrán estar allí durante tres meses en lo que consigues trabajo.

Después de eso dejaron de verse tan seguido. Kyara no podía decirle al chico dónde estaba el refugio, pero de vez en cuando se veían en la alameda. Un día, sin embargo, ella le dijo que se iban a ir de esa delegación y tras una larga despedida no la volvió a ver en años, hasta ese día en la alameda cuando la vio del brazo de un chico caminando por la vereda.



—No entiendo por qué quisiste venir acá, Kyara —dijo el chico que la acompañaba mirando nervioso de un lado a otro—. Él podría...

—Vamos, no seas exagerado, Dani —la chica correteó unos metros y se dio la vuelta—. Sólo venimos de paso, quiero ver si encuentro a alguien.

—¿Se puede saber a quién? —el chico parecía hastiado.

—Un amigo al que quiero mucho.

—¿Un amigo, un hombre...?

—¡Ah! No seas celoso.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de que lo encontrarás aquí?

—Pues aquí nos conocimos y aquí siempre lo veía.

—Mmmm...

—¿Qué?, ¿no crees que lo vaya a encontrar?

—Pues la verdad...

—¡Allí está! —Kyara echó a correr fuera del camino en dirección a un chico que, Daniel se había dado cuenta, desde hacía un rato no paraba de mirar en su dirección.



Damian los miró por un rato sintiendo celos del chico que iba con ella y podía disfrutar de su felicidad, pero no hizo mayor ademán de acercarse.

De pronto la chica comenzó a correr en su dirección y no pudo hacer más que mirarla acercarse. La chica llegó donde él y se le colgó del cuello.

— ¡Damian!, te extrañé mucho. Sabía que te encontraría aquí.

El chico la abrazó algo inseguro, pero finalmente se dejó llevar por el momento y hundió su cabeza en el cuello de la chica.

—También yo. También te extrañé.

—¿Cómo has estado?, ¿cómo están tus padres?, ya no me despedí de ellos.

—Estamos bien, como siempre. Pero más importante: ¿qué ha sido de ti?, desde que te fuiste no he recibido ni una carta ni nada.

La chica rió por lo bajo y se apartó de él.

—Perdón —sonrió.

—Te ves mejor. Te dije que esa sonrisa existía.

La chica se sonrojó.

—Pero antes ya sonreía.

—Pero ahora parece más real.

La chica lo abrazó de nueva cuenta.

—Gracias. Si no te hubieras acercado ese día, si te hubieras ido cuando te lo dije, yo... yo...

Las lágrimas resbalaban de su rostro y Damian la apretó contra sí.

—No te preocupes. Soy demasiado terco, pero me alegra haber cumplido mi objetivo.

—Lo que tú querías era ligarme —rió la chica entre sollozos.

—Lástima que no lo logré. Pero eres feliz y así está bien por mí —dijo mirando en dirección al chico que estaba con ella momentos antes y que comenzaba a acercarse con paso taciturno a ellos.

—Eres un idiota —le dijo.

—¿Por qué?

—¿Qué te hace pensar que no lo lograste?

—Pues vienes con tu novio, ¿no?

La chica rió.

—Eres un idiota. Ése es mi hermano, se llama Daniel... mi mamá se volvió a casar —rió—. Es mi culpa. Una vez cuando estaba barriendo le barrí los pies y se casó con un viudo —echó un vistazo rápido para asegurarse de que no la hubiera escuchado.

—Entonces tú...

La chica rió una vez mas y lo besó.

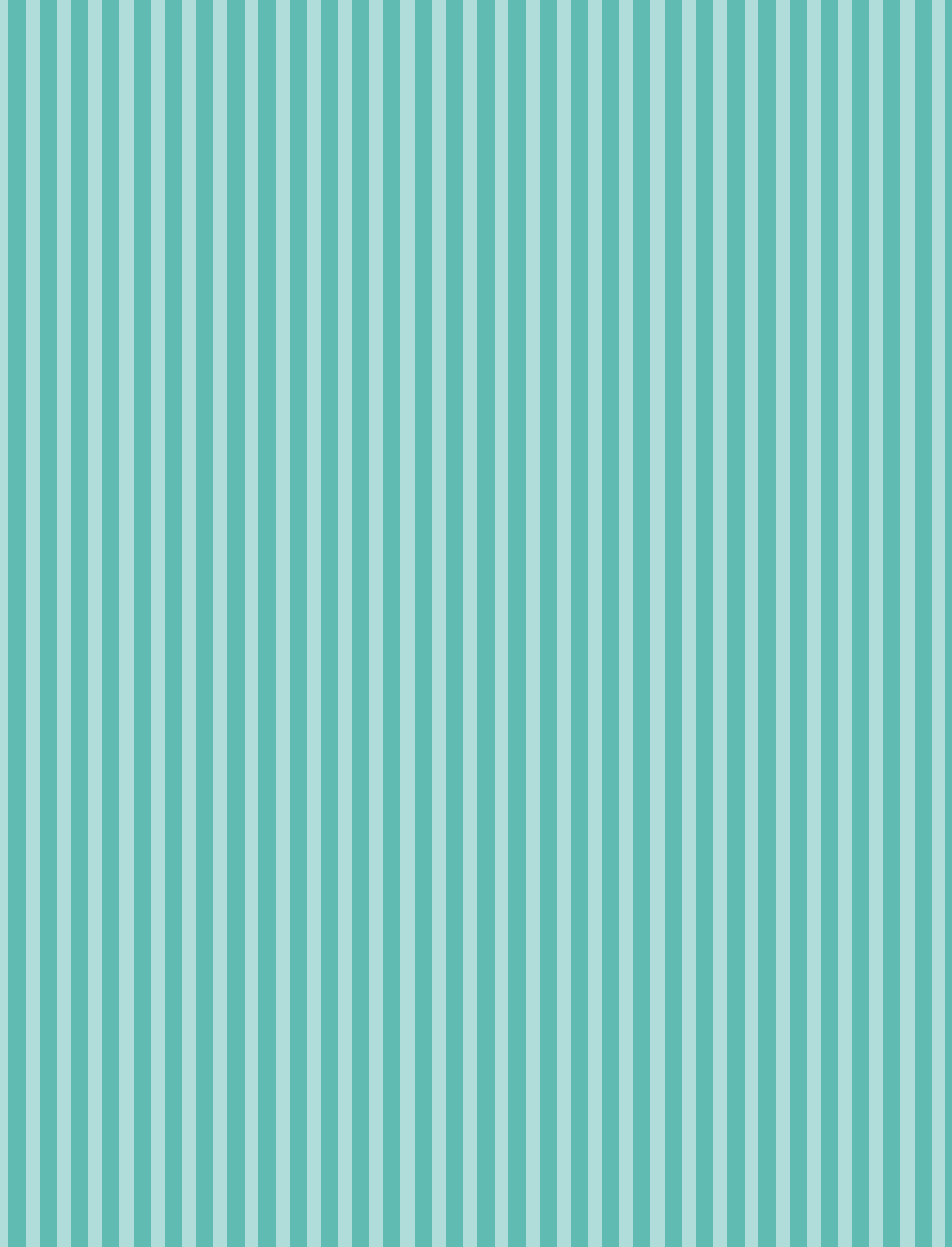
—¡Kyara!, ¡dijiste que era sólo un amigo!

—¡Lo era hasta hace un momento! —sonrió—, ¿verdad?

—Sí —sonrió Damian y la volvió a besar mientras Daniel se acercaba a ellos corriendo.

Se separó de ella antes de que el otro chico los alcanzara.

—¿Dónde vives ahora? —le preguntó retrocediendo unos pasos—. Para irte a visitar.



Menciones honoríficas

Un día como cualquiera otro

Iván Maximiliano Anaya

Estoy observando un partido de futbol americano, desde la banca. ¡Desafortunadamente hasta ahora mi equipo va perdiendo!, sin embargo aún hay tiempo y no pierdo la esperanza de entrar al campo a jugar, ¡me he esforzado tanto por esta oportunidad! De pronto el milagro ocurre, al final de una jugada el *coach* me voltea ver muy serio y me grita: "63, vas...". Durante unos segundos pienso que escuché mal, pero la mirada insistente y cada vez más seria del *coach* me confirman que escuché bien. Mientras corro al campo escucho las porras que apoyan a mi equipo, ¡qué bien me siento!, ¡me siento tan vivo!...

Termina el partido y, extrañamente, aun cuando no ganamos, me siento tan feliz. Formo parte de un equipo, aún soy novato, y hoy perdimos, pero nos prometemos entrenar muy duro para que el próximo partido salgamos victoriosos. Me despido de mis compañeros y tomo el microbús que me deja en la esquina de mi casa; aún me siento emocionado y estoy ansioso por llegar a contarle a mi mamá que pude entrar al campo a jugar durante el partido. Pero el camino se me hace eterno, los automóviles no avanzan y no entiendo el porqué, hasta que sin querer escucho la plática de dos señoras que se acaban de subir y se sientan cerca de mí. Se encuentran algo alteradas y hablan muy fuerte sin darse cuenta, por ellas me entero de que adelante va pasando una manifestación de ¡ya no saben ni qué cosa!; al principio el comentario me hace gracia, pero de pronto "me cae el veinte" de que ya es tan común que haya manifestaciones en la ciudad que ya ni siquiera ponemos atención o no

nos interesa qué es lo que están tratando de comunicarnos al resto de las personas. El tiempo transcurre lentamente, comienzo a aburrirme, y entonces observo a mi alrededor, junto a mí se encuentra una señora con un pequeño niño en brazos que no para de llorar y su madre trata inútilmente de consolarlo, comienza a arrullarlo y por fin logra hacerlo dormir, pero su sueño es bastante inquieto y ella se nota impaciente. Durante algunos segundos tengo la mirada en ella y noto que está muy ojerosa, tiene los ojos rojos y muy hinchados, luce despeinada y en su ropa hay manchas; pienso que probablemente el pequeño está enfermo y entonces me siento profunda y sinceramente apenado por lo irritado que me sentí momentos antes, cuando éste no dejaba de llorar y estuve a punto de pedirle a su madre que lo callara, pensando que se trataba de un berrinche. Y entonces me ofrezco a ayudarla con sus cosas para que ella pueda estar mas cómoda, ella acepta con una mirada de agradecimiento y continúa vigilando el sueño del pequeño. De pronto una voz que habla por demás fuerte y en tono molesto llama mi atención. Se trata de un señor de edad media que está hablando por teléfono enfrente de mí y, por lo que alcanzo a entender, discute con su esposa porque ya no va a pasar a comer a su casa como había prometido por la mañana, porque ya no tiene tiempo para comer; tiene que regresar al trabajo y no sabe cuánto tiempo tarde en avanzar el microbús, prefiere no arriesgarse, la empresa para la que trabaja está “recortando” personal; intenta explicarle a su esposa que no es su culpa y que lamenta no llegar una vez más a comer con sus hijos, que sabe que ella pasó mucho tiempo en la cocina para preparar su comida favorita. Sin embargo, no le dan la oportunidad de continuar hablando, hasta mi asiento se oyen gritos de una mujer a través del teléfono, que le reprochan el constante abandono para ella y sus hijos, y entonces le “cuelgan” el teléfono. Siento pena por él y desvío la mirada para no agobiarlo más, prefiero observar lo que sucede fuera del transporte. A pesar de que apenas son aproximadamente las dos de la tarde, los comercios más cercanos se apresuran a cerrar y no se ven personas caminando

por las calles, sólo se puede ver una fila interminable de autos, con personas que comienzan a desesperar. De repente a una de tantas personas se le ocurre la pésima idea de tocar la bocina de su automóvil, y a ésta se suman decenas más, como si de pronto pensarán que es una solución mágica al problema y que, entre más ruido hagan, más rápido vamos a salir de aquí; sin embargo, sólo hacen más insoportable la espera.

Del fondo del transporte surge un par de vocecitas hastiadas y al borde del llanto que preguntan sin cesar cuánto más falta para llegar a su destino; tienen sed y hambre. En el interior la desesperación también va en aumento, y sin embargo nadie se atreve a bajar, porque hemos visto pasar a “gente de la manifestación” rompiendo vidrios de algunos comercios y agrediendo verbalmente a algunas de las personas de los automóviles, que se atreven a cuestionarlos sobre el tiempo que durará su manifestación; están armados con piedras, palos y pintura en aerosol, con la que pintan cosas incomprensibles en cortinas, bardas e incluso en algunas casas. Como era de esperarse, el pequeño que va a mi lado despierta y, por más esfuerzos que hace la madre para intentar que vuelva a dormir, el ruido y el calor lo impiden, y casi de inmediato comienzan los reclamos hacia la madre para que lo haga callar “de inmediato”; el cansancio y la impotencia hacen que ésta también rompa en llanto... Al ver esto, me paro de mi asiento cargado con las cosas del pequeño y las mías, y con voz firme les hago notar que el pequeño está enfermo y que con sus reclamos sólo están empeorando la situación, algunas personas fingen que no saben de lo que hablo, otras más se ponen audífonos y fingen dormir indiferentes; sin embargo, parece que logro mover un par de conciencias, porque de entre los inconformes surge una botella cerrada de agua que es suficiente para llenar el biberón del pequeño y lograr que se calme, e incluso compartir el resto del agua con el par de vocecitas surgidas del fondo del transporte, a las que además alguien más les obsequia una bolsa de papas. La madre del pequeño seca sus lágrimas y da las gracias en voz alta a los donadores de la botella de

agua y de las papas, aun cuando éstas no hayan sido para su pequeño. Entonces noto un pequeño detalle que aparentemente no tiene importancia, nadie más agradece el gesto a los donadores, ni el par de vocecitas ni el o los adultos que las acompañan. De pronto, y casi sin darnos cuenta, las voces que anuncian la manifestación se escuchan cada vez más lejanas, y el microbús reanuda su marcha, aunque lentamente por la cantidad de automóviles que hay.

Cuando llego a casa, me recibe mi madre muy preocupada por mi tardanza y porque había estado viendo las noticias por la televisión, donde mostraban la ruta que había tomado la manifestación, y obviamente se cruzaba con mi ruta habitual; además mostraban la violencia que se había generado en algunos puntos por donde había pasado. Aparentemente mamá había estado tratando de comunicarse conmigo, y esto había resultado imposible debido a que olvidé mi teléfono en casa y esto la había puesto aún más de nervios. Pero, bueno, después de tranquilizarla y de que se cercioró de que estaba completo haciéndome una revisión casi detectivesca, preparamos las cosas para comer y, mientras, le doy las buenas noticias. Mientras comemos platicamos animadamente de cada detalle del partido y le comento que, aun cuando estábamos tristes, quedamos de vernos al día siguiente para entrenar y preparar estrategias para ganar nuestro siguiente partido.

Mientras lavamos los trastes y limpiamos la cocina, comienzo a platicarle lo sucedido durante la manifestación, dentro y fuera del microbús; de pronto comienzo a sentirme mal pensando en el pequeño enfermo, que tuvo que pasar tanto tiempo expuesto al calor inclemente y a un ambiente hostil que agravó su malestar; pienso también en ese padre de familia preocupado por no perder su trabajo y que no llegó a comer con sus hijos, generándole problemas con una esposa poco comprensiva y estresada que no estaba tan enterada de la situación como mi mamá; y también pienso en esos otros pequeños que no alcancé a ver, pero que sí alcancé a escuchar, con hambre y sed. Y es entonces cuando me viene a la mente que ellos no sabían las palabras

mágicas que a mí me enseñaron desde niño: “por favor” y “gracias”; y si las sabían, definitivamente no las usaban; aunque, siendo honestos, no es su culpa, ya que el uso de esas “palabras mágicas” se aprende con el ejemplo, o al menos yo así las aprendí. Creo que los grandes problemas empiezan en ocasiones con pequeños detalles como esos: el no saber cómo pedir y negociar aquello que necesitamos, y el no saber reconocer y agradecer lo que los demás hacen por nosotros. Me pregunto en qué momento dejamos de lado el diálogo para solicitar lo que necesitamos y lo sustituimos con actos violentos a través de los cuales pretendemos imponer nuestras necesidades, atropellando los derechos de los demás, pasando por encima de niños enfermos, madres angustiadas (incluyendo la mía), familias que no pueden reunirse ni para compartir los alimentos, mucho menos tienen tiempo para platicar sobre su día ni de enterarse de los problemas que pueden surgir ni los peligros a que los más pequeños están expuestos.

Realmente agradezco vivir en un país en donde existe la libertad de expresión, pero no estoy de acuerdo con todos aquellos que afectan a terceros pretendiendo ejercerla, pienso que si queremos ser escuchados, tenemos que demostrar que somos dignos de ser escuchados, que somos capaces de manifestarnos pacífica y ordenadamente sin generar violencia a nuestro paso y sin atropellar los derechos de los demás. Creo que los grandes errores generados por la falta de comunicación en la actualidad los estamos heredando a través del ejemplo a los más pequeños, que están acostumbrándose a ver como parte de su vida diaria las manifestaciones, la violencia, la intolerancia, la desintegración familiar, el desinterés hacia ellos traducido en interminables horas frente al televisor y a los videojuegos. Pequeñas acciones generan grandes cambios, hoy me siento afortunado por conocer y ser capaz de pronunciar las “palabras mágicas”, y por darme cuenta de mi capacidad de empatía con los problemas de los demás, y por tener la honestidad de admitir mis errores y tratar de remediarlos en la medida de mis posibilidades.

Hoy me pregunto cuántas personas se toman el tiempo para platicar en familia las cosas que ocurrieron durante el día y les hacen ver a los más pequeños los errores que cometen los adultos cuando imponen en vez de negociar, cuando atropellan en vez de dialogar, para evitar que la violencia se convierta en algo presente en un día normal...

Un ejemplo

Abraham Cerón Miranda

Hace mucho que no me detenía a ver lo que me rodeaba, todo se había vuelto tan cotidiano para mí que ni siquiera prestaba atención a lo que había cerca. Recorría la avenida como todos los días; todos caminaban deprisa, algunos incluso corrían. Sin embargo yo trataba de caminar a una velocidad apropiada ya que mis habilidades psicomotrices nunca volverían a ser iguales a las que tenía hace unos años. Recordé esos días en los que tenía que transportarme en aquella vieja silla de ruedas. Cuando mi padre la compró no era precisamente nueva, pero, como dice mi madre: “No será lo mejor, pero sirve”. Aquella frase la había escuchado prácticamente desde que nací; cuando era una niño no tenía ningún significado, ni entendía el porqué del enojo de mi hermana cuando la escuchaba; al pasar los años empecé a comprender el porqué de la actitud de Mariana.

Todos los días pasaba frente a un monumento, sabía qué conmemoraba; nunca le di importancia hasta ese día en que me detuve frente a él, lo observé minuciosamente y me sorprendió su monumentalidad, su cúpula.

Al llegar a casa encendí la computadora; tardó algunos minutos; como la mayoría de las cosas que me rodeaban, era anticuada. Hace unos cinco años que mi familia se propuso adquirirla, mediante esos interminables “pagos chiquitos” que parecían no tener fin. La razón de esa “inversión”, como la llaman en algunos de esos comerciales que pasan continuamente en la televisión, se debió a que por fin había llegado una universitaria a la familia. Mi hermana Mariana había comenzado a estudiar ingeniería industrial; eso había llenado

de gran algarabía a toda la familia, este suceso podía marcar un cambio radical en la historia familiar. Para desgracia de mis padres esto no sucedió: tan pronto como mi hermana mayor se graduó, tomó todas sus cosas y no volvimos a saber nada de ella hasta unos meses después. Las grandes noticias eran que se encontraba trabajando en Monterrey y que por supuesto no tenía la intención de regresar a la capital. A pesar de eso mis padres se llenaron de una extraña alegría porque su hija mayor ya era “alguien en la vida”.

Me senté frente a la computadora y comencé a leer todo lo relacionado con el Monumento a la Revolución. De pronto recordé que hace un par de años había decidido estudiar historia. Hace ya unos años, cuando aún vivía mi abuelo, se me había metido en la cabeza la idea de que quería estudiar historia. Cuando expresé esta idea a mi padre, inmediatamente me dijo de una manera seca e incluso grosera: “¡Te vas a morir de hambre!”, además de una serie de comentarios e incluso regaños que preferiría no recordar. Por el contrario, mi padre insistía con gran fervor en que estudiara lo mismo que mi hermana. Al principio esos comentarios me desagradaban e incluso me molestaban tanto, al grado de llegar a pelear con él y dejar de hablarnos por unos días.

Eran los últimos días de clase de la secundaria, estaba demasiado entusiasmado por la idea de comenzar a asistir a la preparatoria. No sé realmente cómo sucedió, todo fue tan rápido, en un momento me dirigía a mi casa después de un día de trabajo y al otro estaba postrado sobre el asfalto húmedo por la lluvia de ese día. El conductor del auto se dio a la fuga, de pronto una docena de gente me empezó a rodear.

Después de eso no supe cómo llegué a una cama de hospital. Había permanecido inconsciente por un par de semanas con dos costillas rotas, una fractura de clavícula y totalmente paralizado de las piernas.

En ese momento me di cuenta de que mi vida había cambiado para siempre.

Durante un buen tiempo permanecí encerrado en mi cuarto. Realmente no quería volver a saber nada de la vida exterior si ya no era apto para desenvolverme en ella.

En muchas ocasiones pensé en el suicidio, aunque nunca estuve cerca de intentarlo ya que esa idea se me hacía para gente cobarde. Tenía que aprender a vivir con lo que me había tocado, así que comencé a afrontar mi nueva vida.

Pasaron un par de semanas para que pudiera acostumbrarme a aquella herramienta de metal que me permitía desplazarme. Al principio resultó complicado, era tal la frustración que sentía por no poderme desplazar con esa silla de ruedas, que en las noches lloraba silenciosamente en la oscuridad de mi habitación de aquella vieja casa en la que vivía.

Me repetía a mí mismo: “¡Adrián!, no sientas autocompasión. ¡Eso es para personas débiles y tontas!”.

Poco a poco me fui acostumbrado, ya no pasaba tanto tiempo en mi recámara. Fue de ese modo que sucedió algo que quizá no habría pasado si no me hubiera encontrado en esa situación.

Mi abuelo era un hombre que nació en los últimos años de la Revolución Mexicana. A sus casi 90 años, tenía gran lucidez. Incluso llegaba a tener pensamientos tan modernos y contemporáneos que hacían parecer que mis padre eran los que tenía casi un siglo de vida con sus pensamientos anticuados y fuera de lugar. Mi madre describe a mi abuela como una mujer dura que incluso parecía llegar al despotismo. Fue de esa forma en la que conocí la personalidad contrastante de mis abuelos, ya que mi abuela no llegó a vivir lo suficiente como para verme nacer.

Los días pasaron en aquella fría y gran casa en la que había vivido toda mi vida, eso ayudó a que la tarea de moverme no fuera tan difícil. En las tardes salía al patio y veía todas las locuras que hacía mi abuelo. Eran locuras porque así las llamaba mi madre, ese adjetivo lo heredó de su madre.

José María o, como lo llamaban los vecinos, don Chema había desempeñado un sinnúmero de oficios en su juventud. Eso le había permitido permanecer activo hasta su senectud.

En mi abuelo no existía prejuicio alguno; puedo decir que era el hombre más tolerante que haya conocido. De las pocas cosas que le molestaban una era que las personas tiraran basura por las calles. Los vecinos ponían sus bolsas

de basura en una esquina de la calle en la que vivimos; esto ocasionaba que casi todos los años se inundaran las casas cercanas. Hasta que un día mi abuelo tocó a las puertas de los vecinos. La razón de su visita era proponerles que tomaran cartas en el asunto de la basura, que hacía que año tras año los aquejaran las inundaciones. Después de esto mi abuelo se levantaba a barrer la calle. Poco a poco los vecinos se le unieron y fue así como lograron que por lo menos su calle fuera la única que no se inundaba en la colonia. Aunque ver que esto pudiera volverse realidad no fue un trabajo fácil, ya que la mayoría de los vecinos se mostraron apáticos ante la propuesta de don Chema. Al principio eran sólo cinco vecinos los que acompañaron a mi abuelo en su tarea de limpieza. Fue hasta el día en que Josefina, la antipática vecina que vivía en la casa más bonita de la colonia, se les unió, que los demás empezaron a imitarla. Todos querían ser como ella, así que por lo menos en esta ocasión sirvió de algo el mimetismo.

En las tardes yo observaba cómo mi abuelo Pepe trabajaba en sus “proyectos”. Durante un par de meses hizo copias de las llaves de todas las cerraduras de la casa.

Lo interesante era que las hacía con una lima de metal.

Otras veces hacía utensilios de cocina de madera; jamás comprendí su procedimiento para elaborarlas.

Esto mantenía complacida a mi madre y lo alejaba de labores que consideraba un poco peligrosas, como reparar el automóvil familiar o los desperfectos que surgían a diario en esa vieja casa color verde.

Estar atado a la silla de ruedas me acercó a mi abuelo. Hacía mucho que prácticamente no hablaba con él ya que me mantenía ocupado en la escuela o en mi “grandioso” empleo de empacador en una tienda de autoservicio que se encontraba a un par de calles de mi casa.

Mientras yo lo observaba, él me contaba algunas de sus anécdotas personales. Al principio me resultaban un poco aburridas, pero imaginaba qué hizo durante su juventud.

Cuando somos pequeños, nuestros padres son una especie de héroes para nosotros, pero como mi padre casi nunca

se encontraba en casa, mi abuelo lo sustituyó en ese papel. Me empecé a preguntar el porqué del distanciamiento con mi abuelo, después llegué a la conclusión de que, así como los niños se alejan de sus padres conforme van creciendo y dejan de ser sus héroes, me pasó de la misma forma con mi abuelo.

Mi gran regreso como participante de la gran ciudad no fue de lo más agradable. El trabajo de mi madre de llevarme a la escuela y al hospital fue complicado en un principio, ya que el auto familiar era ocupado para que mi padre transportara la mercancía de algunos productos que apoyaban a traer un poco más de dinero a la economía familiar.

Así fue como comenzamos a enfrentar las dificultades de usar el transporte público.

Los problemas comenzaban desde que tratábamos de salir de casa.

A diario encontrábamos una gran y vieja camioneta roja; era del hijo de una vecina, al que hacía varias décadas que nadie había visto.

Salimos algunos días rodeando la camioneta, hasta que mi abuelo se molestó y fue a la casa del propietario del vehículo.

El hombre, de unos cuarenta años con una gran barba encanecida, se negaba a mover la camioneta. Fue hasta que mi abuelo le dijo:

—Mi nieto tiene que salir para ir a la escuela y su cacharro no lo deja.

El hombre contestó:

—¿Qué le sucede a su nieto?

A lo que José María contestó molesto:

—Yo no tengo por qué dar explicaciones, pero no sea inconsciente, mi nieto Adrián está en una silla de ruedas.

El hombre, que llevaba por nombre Arturo, se sonrojó y corrió a su casa para buscar las llaves.

Después de eso el hombre jamás volvió a estacionarse frente a nuestra casa e incluso se volvió amigo de mi abuelo gracias a sus conocimientos de mecánica.

Resultaba que aquel hombre era maestro de historia en un instituto muy cercano a mi escuela.

Arturo le propuso a mi abuelo que él podía llevarme a la escuela, ya que le quedaba muy cerca de su lugar de trabajo. Al principio mi madre dudó en aceptar, aunque finalmente aceptó.

Un problema aquejó a la comunidad en general en ese momento; las lámparas que alumbraban la calle se fueron apagando una a una, el camión de la basura no pasaba con frecuencia, así que paulatinamente la calle se fue llenando de basura, a pesar del esfuerzo que hacían los vecinos por mantener lo más limpio posible.

Fue así como se decidió convocar a una junta en la que se eligiera a un nuevo jefe de manzana. Afortunadamente a la reunión asistió la mayoría de los vecinos. Los vecinos querían que mi abuelo fuera uno de los candidatos para que fuera el nuevo jefe de manzana, sin embargo, él no aceptó. En cambio él propuso a Arturo.

Así los tres candidatos fueron el profesor Arturo y otros dos vecinos que jamás había visto. Los vecinos eligieron y el ganador resultó ser Arturo, la mayoría pensó que sería la mejor opción ya que sabían que era un hombre mejor preparado, era relativamente joven y les parecía el más capaz.

Poco a poco se empezaron a ver los cambios, aunque relativamente lentos ya que las autoridades se hicieron de los oídos sordos ante las peticiones de los vecinos.

La salud de mi abuelo empezó a decaer, al grado de que llegó a permanecer encerrado en su cuarto por días.

Uno de esos días me dijo una cosa muy extraña, que no supe cómo tomar; al principio me pareció una locura, ya que no estaba seguro de lo que significaba.

Cuando me dijo que mi abuela había venido a verlo me conmoví; mi abuela había muerto hacía más de 18 años, y cuando dijo que se iría cuando yo estuviera listo, simplemente no supe cómo tomarlo.

Mientras la salud de mi abuelo cada día empeoraba, yo lograba mover mejor las piernas.

Arturo lo visitaba todos los días, hablaban durante horas de tantas cosas que en ocasiones no entendía lo que decían, era como si tuvieran una especie de lenguaje secreto. Gra-

cias a que el profesor Arturo pasaba tanto tiempo en casa, se llegó a convertir en otro miembro de la familia.

Pude comprender las palabras de mi abuelo el día en el que finalmente pude dar un par de pasos; yo ya estaba listo y mi abuelo estaba próximo a morir.

Cuando entendí el significado de sus palabras, tenía dos emociones completamente distintas: estaba feliz porque pronto volvería a caminar y estaba demasiado deprimido porque mi abuelo se iría para siempre.

La salud de mi abuelo mejoró mágicamente, e incluso estaba mejor que aquellos horribles días. No paraba de sonreír; de hecho mi abuelo casi siempre se encontraba feliz, a pesar de lo dura que había sido su vida. Fue así como decidí que yo debía de seguir su ejemplo y tener la misma alegría con la que don Chema había vivido.

Intenté pasar la mayor parte del tiempo con él; era como nuestra forma de despedirnos, no con lágrimas sino con alegría y tener incluso la esperanza de volverlo a ver en otra vida.

La última noche con mi abuelo, cuando nos encontramos frente al televisor, José María llamó la atención de todos, pidió que se apagara la televisión y que le pusiéramos atención.

Dijo que probablemente no le quedaban muchos días de vida, le dijo a mis padres que mi hermana regresaría y que la debían tratar como si nunca se hubiera ido, y le dijo a mi padre:

—Deja que mi nieto haga con su vida lo que desee. Tú debes estar con él tan sólo para apoyarlo, mas no para decirle qué debe o no hacer con su vida.

Mi abuelo tuvo una de esas muertes que todos desearíamos tener: murió dormido.

Tal y como lo dijo mi abuelo, mi hermana regresó, esta vez para quedarse.

Nos quedaron los recuerdos y las enseñanzas que don Chema nos había dado, y no sólo a la familia sino a la comunidad en general. Nos dejó la enseñanza de que nunca es demasiado tarde para hacer grandes cosas.

Fue así como la colonia empezó a recuperar un poco del brillo que había perdido tras el paso de los años, y nos fuimos convirtiendo poco a poco en mejores personas.

La imagen de mi abuelo se ha ido borrando de mi memoria con el paso del tiempo; ya no recuerdo su voz, el olor de su perfume se fue yendo poco a poco de la gran casa; sin embargo, seguían sus enseñanzas: el ser responsable, el sonreírle a la vida, el ser perseverante, ayudar a las personas aunque no las conozcamos, en fin, tantas cosas que conservaremos para toda la vida.

Un regalo de los dioses

Laura Angélica Cruz Aviña

Una tarde sofocante del desierto donde el sol golpeteaba en el rostro de aquel viejo camello: Ruperto era ya muy viejo, varios años ya cargaba en su lomo. Espejismos invadían sus pensamientos, recuerdos de lo que eran los años de juventud, la mayoría de sus viajes incontables, de los cuales conservaba de postal cada uno de los paisajes que había presenciado. Esa había sido la vida del viejo Ruperto.

La sed de Ruperto era inmensa, al seguir caminando sin descanso sus patas exhaustas estaban. Después de mucho tiempo, Ruperto llegaba a una pequeña aldea, algo pintoresca, pero ya desierta, puesto que la noche ya pintaba su avvicinar, cubriéndose de magníficas estrellas, destacadas en aquella pura oscuridad.

Ya no podía consigo, pues la necesidad de agua era muy grande, pero todo sería diferente, tras dos pasos más se encontraba aquella fuente en la cual no había mucha agua, pero sí suficiente para que Ruperto sobreviviera. Corrió tan rápido como pudo; al casi haber sorbido de aquel líquido se detuvo, al sentir que en su trompa algo había chocado.

Posó su mirar hacia abajo y divisó a una pequeña familia de pececillos, los cuales lo miraban simpáticamente, mientras saltaban jugueteando con él; su deseo de tomar el agua bajó, y miró, pensando, aquellos animalillos...

¿Tendría corazón como para matar tan lindos animalitos?

¿Qué sería de él si no bebía el agua?

¿Habría otra opción?

Miles de preguntas se avecinaban en su mente. Un ruido estrepitoso lo hizo salir de su pensamiento, sobresaltándolo, y en tanto aterrándolo.

—¡Hazlo!, no tiene nada de malo, ¡salva tu vida! —dijo aquel ser que había salido del cielo, y que era tan oscuro como el mismo anochecer, un tanto aterrador, pero con mucho carisma.

—¡No! ¡Nezar! ¡Te he dicho mil veces que no debes de malaconsejar a los seres de la Tierra! —dijo regañando a aquel ser oscuro. Bajando del mismo lugar que el anterior, un ser similar, sólo que éste lucía el mismo manto majestuoso de las estrellas con simpatía y elegancia.

—¡Oh, Luxia! ¡Vamos! Si no lo hace morirá —dijo en tono de súplica.

Ruperto estaba cada vez más aterrorizado, lo que sus ojos veían era algo impresionante, ¿serían alucinaciones?, ¿espejismos, tal vez? No lo sabía, pero cada vez estaba más asustado; encogido miraba lo que era ya una graciosa pelea de aquellos dos seres.

—Pero mil perdones —dijo quien parecía ser Luxia—. Hemos sido descortes. Soy Luxia, diosa de las estrellas —miró a su acompañante esperando a que éste hablara, pero estaba más concentrado en jugar con los pececillos.

—Ajamm... —se aclaró la garganta.

—¿Qué? —pregunto su acompañante distraído. Luxia suspiró resignada.

—Y él es Nezar, dios de la noche —dijo mientras lo señalaba con su mano.

—Emmm... Tú debes ser un camello —dijo Nezar mientras lo miraba con detenimiento, como si lo estudiara.

—¡Oh! No te desgastes pensando —dijo sarcástica Luxia—. ¡Genio! Claro que es un camello. ¿Cuál será tu próximo hallazgo? ¿Acabas de descubrir que los animalillos de la fuente son peces? —rió Luxia por el mal humor de Nezar. Una de las cosas que ella más amaba era hacerlo enojar.

—Suficiente de... tonterías —se contuvo Nezar—. Mi punto es... —Luxia lo interrumpió.

—¡Oh mi cosmos! ¡Tiene un punto! —decía riendo—. ¡El apocalipsis zombi se acerca! —Luxia no paraba de reír del enojado Nezar.

—¡Luxia! —dijo enojado.

—Oh, el pequeño se enojó —dijo mientras calmaba su risa.

—Te decía, mi pequeño camellito —dijo y sin más tardar se posó al tamaño y altura de Ruperto—, debes beber el agua, es tu salvación —Ruperto lo miraba aterrado—. ¡Hazlo!

—¡No! no le hagas caso a este bruto —dijo Luxia mientras de igual forma se hacía de tamaño de Ruperto y empujaba a Nezar, apartándolo del lado del viejo camello.

Ruperto miraba ya no aterrorizado la escena, sabía que ellos eran inofensivos, con verlos discutir de forma tan infantil se percataba de ello. Sólo miraba a aquellos dioses con detenimiento, preguntándose si aquellos que sus ojos veían eran verdaderos. ¿Lo eran? No lo podía averiguar.

—Bien, pequeño camello, verás, debes salvar tu vida —dijo Nezar, posándose del lado opuesto de donde se encontraba Luxia.

—Pero, ¿qué pasará con los pececillos? —preguntó Luxia asustada.

—Entiende, Luxia, la vida de este camello es más importante que la de estos animalitos —dijo Nezar cruzándose de brazos.

—Nezar, debes entender tú que todas las vidas son igual de importantes —dijo Luxia un tanto enojada.

—No seas necia. —Nezar se acercó a Ruperto y le dijo a la oreja— Bebe el agua, a nadie le importará la pérdida de aquellos pequeños animalitos.

—¡Claro que a alguien le importará! —dijo bastante enojada Luxia, haciendo un estruendo y salir una nube de humo rosa.

En aquella nube se veía la misma fuente, pero en un día soleado. Dos niños corriendo hacia ella, pero al llegar, las sonrisas que sus rostros adornaban desaparecieron al ver a los pequeños animalitos perecer sobre aquella fuente seca, sin agua. Ambos corrieron a casa, con lágrimas en los ojos; sus pequeños amiguitos habían muerto.

—¿Ven lo que sucedería si tomara el agua? —dijo Luxia intentando que Nezar recapacitara sobre sus palabras.

—Pues yo no le veo gran inconveniente —dijo Nezar indiferente—. Esos chicos crecerán como todos y se olvidarán de aquellos animales pequeños —miró fijo a Luxia, retándola.

—No, no, no y no, debes entender que es igual de valiosa la vida de este camello como la de estos peces, no hay diferencia —dijo un tanto exasperada Luxia.

—Sí la hay, el camello puede morir —dijo Nezar.

—Pero si él toma el agua sobrevivirá, matando a los pecillos, o puede no tomar el agua y esperar a más adelante encontrar un poco más —dijo Luxia—. No hay necesidad de que los pecillos mueran.

—Pero... —dijo Nezar— ¿qué pasa si no encuentra más agua? El pobre camello perecerá en el desierto —dijo cada vez más cerca de Luxia, restregando su punto de vista—. Sin nadie que lamente su muerte, simplemente morirá solo.

—Sí, pero... —Luxia sabía que Nezar en esa forma de ver las cosas tenía razón— Vaya, ¿qué hacer? —dijo resignada, mientras se sentaba en la fuente a mirar a los pecillos.

La discusión continuó mucho tiempo más. De vez en cuando pedían el punto de vista de Ruperto, quien sólo hacía movimientos con la cabeza; de vez en cuando asentía efusivamente cuando estaba completamente de acuerdo con alguna opinión, a veces sólo asentía desganado, esas veces sólo asentía porque sentía la necesidad de hacerlo. Nezar estaba sentado a un lado de Ruperto, ambos recargados a en la fuente. En algunos momentos cuando Nezar estaba a nada de caer en un profundo sueño, Ruperto le movía con su pata para que despertara, porque ambos sabían que si Luxia se daba cuenta de que alguno de los dos se estaba quedando dormido el sermón sería peor.

Ruperto cada vez estaba más sediento, el habla de Luxia parecía cada vez más extensa, y Nezar estaba en las mismas; a pesar de que era dios de la noche, estaba muriéndose de sueño, el discurso de Luxia lo aburría.

—Repasemos el punto de nuevo —dijo Luxia mirando a Nezar y a Ruperto.

—¡Ya me cansé! Ya he dicho que lo único que debe hacer es beber el agua, y fin del asunto —dijo Nezar fastidiado. Había pasado mucho tiempo en el que Luxia le había reprochado, simplemente dejándolo aturdido.

La discusión de estos dos dioses cada vez era más fogosa. Ruperto miraba más atento que en horas pasadas. Su sed lo estaba matando, pero se podría decir que en cierta forma Ruperto ya se había acostumbrado. Sólo que ahora no estaba caminando y el calor había disminuido, cosa que le favorecía mucho en sus condiciones.

Pasó de estar sentado y se acostó de panza, posando su cabeza en sus patas delanteras, observando atentamente. De un pequeño momento alzó su cabeza. Y miró a la fuente, vio aquellos tiernos pececillos, su corazón se estremeció de sólo pensar que en horas pasadas la vida les iba a quitar. Con calma volvió a recostarse en sus patas y continuó mirando aquella entretenida discusión.

Sus ojos cada vez pesaban más, los dioses seguían discutiendo, luchaba por que no se cerraran, pero le era muy difícil. Sus cansados ojos se cerraron lentamente sumergiéndolo en un cálido y profundo sueño.

Despertó en medio de la gente, el sol había salido ya, y la aldea había despertado por completo. Miró a la fuente y vio a los pececillos nadando, todavía tenía sed, mucha más que con la que había dormido. Una gota de agua recorrió su trompa, a su mente vino un recuerdo, eran ellos, se habían ido; se borró el recuerdo y una escena llegó a su mente, eran ellos de nuevo.

—Pequeño camellito, no hemos podido resolver tu problema, pero te daremos una sorpresa —dijo Luxia.

Al instante se desvaneció; de la nada comenzó a llover, de una manera muy fuerte, lluvias de las que rara vez se veían, los aldeanos se comenzaron a dispersar, hasta que de nuevo todo quedó solo.

Ruperto miró al cielo y supo que todo había sido obra de ellos, había sido un regalo de los dioses.

La infiltrada

Tania Delgado Hernández

Estaba lloviendo y no traía llaves, no podía quedarme ahí, pero tampoco podía huir. Los rascacielos reflejaban cada movimiento en la pudorosa ciudad, ni siquiera los *homeless* podían pasar desapercibidos. En mi cabeza repicaba una y otra vez la presión del dilema: elegir ayudar a un sinfín de personas al detener todo esto o arriesgar mi propia vida. Noche tras noche el sonido de las palabras me acorralaba, como advertencia de un mal presagio. No quedaba de otra. Me fui de ahí, no podría volver a casa en un buen tiempo. La decisión ya había sido tomada y no por mí, no por ellos, sino por la ciudad, la cual clama “¡Ayuda!” desde el fondo de las coladeras y los desagües.

En la calle los automóviles corrían despiadadamente, los charcos de agua maquillaban a los transeúntes con una plastita de lodo y suciedad. La ciudad, ese personaje flemático ante las tribulaciones de los demás, no paraba de observarme. Me refugié bajo el techo de un café cerrado. Me apreté tanto contra la puerta de metal que ésta emitió un contundente sonido. Escuché pasos en el fondo y un hombre ya grande abrió una angosta ranura, sus ojos recorrieron mi cara y comenzó a interrogarme. Para ese momento la lluvia se había convertido en tormenta. —Me llamo Nina —dije—, conozco a Zamarripa y a Ratón Blanco—. Pareciera que entre estas calles los secretos se escabullen bajo nuestras narices. Su voz áspera era como una lija para mis oídos. —Entra —me dijo—. Y entré. El local estaba sumido en las tinieblas. Busqué el interruptor y todo se iluminó, las sillas estaban sobre las mesas y el piso estaba algo mojado, tal vez lo habían lavado.

Recorrí con la mirada el lugar, el cual casi podía clasificar como changarro, pero aquel hombre no estaba en ningún lugar. De pronto, su voz retumbó como un eco torcido.

—Para quién trabajas, muñeca.

Caminé con sigilo, los coches seguían su carrera al otro lado de aquellas infieles paredes. Estar dentro de aquel sistema me producía una náusea imparable. Y todo esto no había sido ninguna casualidad.

—Ya los conoces a todos, no hace falta preguntar —respondí.

Mi propia respuesta me causó sorpresa, quiénes eran todos y por qué tenía que estar sumida en aquella red de injusticia encubierta. “Son sólo nombres, todo acabará pronto”, me repetía una y otra vez. Las laderas de lo conocido comenzaron a derrumbarse. Había decidido infiltrarme para acabar con todo esto de una buena vez. Todos los días que duró aquella pesadilla me preguntaba si sabrían, si sospecharían. Tan fácil es caer, tan difícil es mantener ese semblante de alienado, como un trabajador dogmático. La caída siempre será cuestión de segundos. Aquel café era otro santuario encubierto de la delincuencia. Mis manos temblaban, me entregó un sobre, lo guardé en mi bolso y hui. Afuera, las gotas se habían detenido, tomé un taxi y me detuve frente al motel; las luces de mi cuarto estaban encendidas y dos sombras se delineaban por debajo de las cortinas. Le pedí al chofer que siguiera sobre la vía hasta que, de pronto, ese mal presagio volvió de nuevo, el celular en mi bolsillo volvió a timbrar. Decidí no contestar, pues sabía que Zamarripa me estaba llamando, aún no confiaba del todo en mí. Me bajé frente a un largo callejón para hacer tiempo y para evitar encontrarme con conocidos en los lugares más concurridos de la ciudad; hedía a basura apilada y a coladeras tapadas. La escasa luz se cernía sobre mí como una amenaza milenaria, y eso era tan sólo el comienzo.

Adentro de aquella pequeña mafia descubrí que la ciudad está más enredada y conectada de lo que suponía. Todos estos años he esperado un cambio, pero nada sucede. Pareciera que todo sigue igual, en las mismas hondonadas

en las que caímos hace tiempo. De pronto, yo era una más. Sin saberlo fui adquiriendo un lugar, una posición en aquella red de palabras y transacciones.

El sobre que me entregó el dueño del café contenía el pago de su local. Era inhumano, pensé. Aquel comerciante no podía vivir tranquilo pues parte de sus ganancias se iban en mantener a flote una deuda absurda e injusta y, si no estaba al día, aquello podía costarle su negocio o su vida. Todo esto cortesía de Zamarripa, un billonario empedernido que regía sus movimientos desde una casa de recreo en las afueras de la ciudad. Pronto me convertí en otro alienado, mi mente se llenó de absurdos dogmas, era difícil mantenerme serena y coherente, a veces no podía dejar de pensar en todos ellos, y sus turbios negocios que, no podía negar, llegaban a resultar atractivos. Sin embargo, era primordial concentrarme, pronto el trabajo acabaría y podría volver al anonimato. Pronto, muy pronto...

Me dirigí a la oficina de Zamarripa. Cuando llegué, todos estaban ya contando el dinero. Al entrar en el cuarto me ofrecieron una coca fría, la cual rechacé por puro principio al estar tratando con esa agente. Yo me vaticinaba un terrible final en todo aquello, pero las cosas estaban por dar un giro inesperado. Ahí mismo, en aquella especie de cuartel secreto, me informaron que acababan de agarrar a Ratón Blanco. Después de todo, mis acciones estaban brindando frutos. Mi reacción, casi de felicidad, hizo que todos los ojos se dirigieran hacia mí. Tuve que cambiar inmediatamente aquel rostro; poco a poco las miradas fueron desviándose, ya sea a otros camaradas o al dinero que seguía inerte y apilado sobre la mesa. Entregué el sobre y me largué de ahí.

Cuando volví a mi cuarto de hotel, o más bien debería decir motel, mis maletas estaban abiertas y la ropa desperdigada sobre el suelo, la bolsa de los cosméticos estaba rota y habían dañado todo el maquillaje dentro. Los cajones estaban abiertos también y una silla estaba hecha añicos. Al día siguiente me enteré de que había pasado la prueba de fuego, pues Zamarripa había mandado a sus hombres para registrarme.

—Es puro protocolo, linda —me dijo.

No me quedó de otra, sonreí y dije que lo entendía. Le inventé una mala excusa para justificar que vivía en un cuarto de hotel y me dejó ir.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. El trabajo se había extendido, yo me cuestionaba si podría lidiar con esto un tiempo más; en mi interior comenzaba a brotar una locura inapacible. Mis notas estaban desperdigadas por todo el suelo de aquel mugriento cuarto de hotel en el que me quedaba. Había perdido la secuencia y cualquier error podía resultar crucial. Transfería información paulatinamente a los oficiales de la investigación y procuraba ser muy cuidadosa, esperaba pasar desapercibida por los demás huéspedes de aquel hotel. Quería desistir, pero no tuve otra opción más que arrojarme al azar y esperar que el esfuerzo de este trabajo me salvara de cualquier descuido. Aquel dueño del café no era más que un simple puente entre las jerarquías. Se pasaba el dinero de un lado a otro, de un hombre a otro. El sol en aquellos días era como un punto rojo de alarma en el cielo. Al salir del cuarto, el campo visual era el mismo de siempre. El mismo dolor de todos los días.

Desde que comencé este trabajo dejé todo atrás. Pensé que sólo serían unos meses. Haber conocido aquel mundo me permite ahora afirmar los miedos de la sociedad actual. Estamos en una ciudad donde tratamos de defendernos de aquellos hombres que atemorizan cada uno de nuestros días en estas calles, todo se torna en injusticia pues merman la armonía que podría haber, que podría existir. Mi trabajo no fue fácil y tampoco se lo relegaría a nadie, la única contribución sería denunciar a aquellos que ayudan a tejer ese sistema de violencia y temor.

Tiempo después desbarataron el caso. Pasé toda la información recaudada a las autoridades y se dismanteló el sistema de Zamarripa y sus cobros a los comerciantes de la ciudad. Me informaron por teléfono que lo tenían, lo habían agarrado la noche anterior mientras cenaba en la zona más exclusiva de la ciudad, al pedir el arresto de un mesero que había derramado accidentalmente una sopa sobre él. Podía

ahora gozar de mi libertad y caminar bajo un cielo más claro, sabiendo que restaban menos personas que enturbiaban la frágil vida que todos tenemos derecho a vivir. Yo volví a la rutina de siempre; ya añoraba escuchar mi nombre al caminar entre la colonia donde residía antes de mudarme.

Amigos hasta el fin

Rafael Edmundo Lira Valencia

Alejandro

Aún no sé si esto resulte. El Rata sólo me dijo que lo hiciera, que no me rajara a la hora de hacerlo. —¡Maldita sea!, esta micro se está tardando mucho, sólo me pone más nervioso de lo que ya estoy— murmuré. Ésta es una de las muchas razones por las cuales prefiero andar a pata, hay demasiado tráfico en la ciudad; incluso ahora, de noche.

Vi mi reloj, que marcaba las nueve con veinticinco; aquel reloj que me había regalado un viejo amigo, tal vez el mejor amigo que he tenido. Aún recuerdo las tonterías que hacíamos —volteé a ver el techo y lancé un suspiro—, cómo echo de menos eso. Después de media hora, el camión llegó a la parada donde bajé frenéticamente; no obstante, agradecí al chofer porque el tráfico no era su culpa. Ahora tengo que apresurarme para compensar el tiempo perdido.

Corrí un largo trecho hasta llegar a una calle oscura y sombría, cuyo nombre era Soleada. Caminé dos cuadras hacia el norte, hasta la esquina con Panteones. En la esquina hay un andador, un poco escondido debido a su angostura. “Debo hacerlo —me repetía—, debo hacerlo”. Acto seguido, me coloqué de espaldas contra la pared del andador.

Por un largo rato sólo escuché los latidos de mi corazón que, por más que trataba de tranquilizarlo, éste se negaba y muy a mi pesar daba la impresión de latir más fuerte. Al principio creí que era mi imaginación, que dadas las circunstancias era normal sentirlo, pero pronto se hizo más notorio.

Mi corazón se aceleraba y empecé a mirar por todas partes. “No hay nada –me repetía–, no es nada, tan sólo es tu imaginación”. Pronto me alteré, pues jamás había sentido una presencia, una mirada fija y acusadora sobre mí, tan vívida y lúcida como esta. Sabía que no debía salir de allí, pero dicha presencia me obligaba, por no decir me forzaba a descubrir qué o posiblemente quién podría ser.

Recorrí minuciosamente el lugar con la mirada. Nada: a la izquierda se encontraban restos de envoltorios y botellas. Del lado derecho se encontraba la calle. Nadie estaba ahí. Repetí la misma operación varias veces, al punto de hartarme. Estaba a punto de salirme del andador cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, erizó cada uno de los vellos de mi cuerpo y terminó por helarme la sangre.

Pensé que había examinado con lujo de detalle todo lo que se encontraba a mi alrededor, cada ventana que existía en los comercios ya cerrados, en la calle y en las casas por las que pasaba aquel andador, menos algo que era evidente, pero a la vez aterrador. No había revisado lo que había arriba de mi cabeza.

Con el Jesús en la boca, giré lentamente el cuello hacia arriba. Finalmente la alcé, pero lo que vi terminó por asustarme e intrigarme a la vez. ¿Qué podía hacer un gato negro precisamente sobre la pared?, ¿acaso quiere algo de mí?, ¿ha estado todo este tiempo viéndome? Preferí no intrigarme más.

De inmediato el alivio se extendió por todo mi cuerpo. Traté de correr al gato, pero él prefería e insistía en permanecer allí, inmóvil, con aquella mirada felina, de esas en las que no sabes qué piensa exactamente, pero es seguro que no es nada bueno.

Miré mi reloj, marcaba las once y cuarto de la noche. Estaba a punto de irme, vencido y aliviado al mismo tiempo, cuando escuché pisadas a lo lejos, pisadas que se hacían cada vez más fuertes, advirtiéndome de su proximidad. Inmediatamente, me coloqué a la espera, con mi navaja en mano, aquella persona estaba por pasar.

“Podía ser cualquiera –pensé–, puede ser alguien como yo”, en dicho caso estaría bien. La tenue luz proveniente del alumbrado público de la calle Panteones dejó ver una silueta de un hombre, al parecer un joven. Recuerdo claramente eso, fueron los diez segundos más largos de mi vida.

No pude distinguir cómo era al principio, ya que cuando giró y dio la vuelta hacia Soleada, le atacué por sorpresa. Lo sujeté de la cabeza y lo amenacé con utilizar la navaja para matarlo. El pobre tipo, como de mi edad, estaba aterrorizado. No sé cómo lo pudo lograr, pero consiguió articular unas palabras.

—Cálmate, no hagas eso que sería el peor error de tu vida... —Recuerdo aquellas palabras, que se convirtieron en verdades.— ¡Cállate!, dame todo lo que tengas, órale o aquí mismo te mato.

—No por favor, toma —metió su mano a su bolsillo y sacó una cartera—, llévatela, pero no me hagas nada.

—Así me gusta —sujeté la cartera, con mis temblorosas manos—. Y no intentes nada.

Tomé la cartera y empujé a aquel joven, que fue a parar al suelo. La billetera también se me cayó al piso porque no pude sujetarla bien. Aquel joven volteó y miré su rostro, extrañamente familiar, como si me recordara a alguien muy conocido.

—Tuviste suerte, ahora vete y no le digas a nadie.

Aquel joven me miró, estaba más que asustado, como en *shock*, como si hubiera visto un fantasma. Se levantó como pudo y salió corriendo.

Yo también me fui corriendo de aquella horripilante escena. Sólo pensaba: “Perdóname, perdóname por favor, yo no quería hacerlo”. El camino de regreso a mi casa se hizo una eternidad. Intentaba callar mis pensamientos con canciones pegadizas que estaban de moda, pero ninguna de ellas conseguía minar la culpa que sentía. Llegué a mi casa, la misma casa donde vivían mi padre alcohólico, mi madre y mi hermana, un año menor que yo.

Como siempre, no les importó la hora en que llego, simplemente el refrigerador tenía una nota que decía: “Hay le-

che con chocolate, si quieres caliéntatela. Y hay pan en la alacena, por si gustas. Mamá". Esta vez no tenía hambre. Solamente entré a mi cuarto, más ordenado que de costumbre. Dejé la cartera y la navaja en una gaveta de mi clóset, la que no cierra ni abre muy fácilmente, y me eché a dormir. Aquella noche no pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente evité cualquier plática con mis padres sobre dónde había estado. Sólo a mi hermana le respondía, le dije haber estado con El Rata aquella noche.

—No hice nada malo —le dije con un tono muy convincente—. No te preocupes, no pasó nada malo.

—No me gusta que te juntes con ellos —dijo ella en un tono muy serio—. Sólo te van a crear muchos problemas, es mejor que los evites.

Desayuné de prisa y me dirigí al colegio. Aquel día no me pude concentrar en las clases, sólo seguía observando la cara de aquel joven. Al terminar las clases, fui directo con El Rata y su banda. Llevaba la cuchilla que me prestó y la billetera que había hurtado. Tuve que fingir una sonrisa, para que no notaran lo arrepentido que estaba.

Les entregué la cartera, prueba de mi crimen, mi culpabilidad. El Defo dijo:

—Dejemos que se quede con el dinero —sacó de la cartera con dos billetes de cien pesos—. Aunque es muy poco, para ser su primer robo está muy bien.

Salsas y JJ asintieron. El Tacos exclamó:

—¡Empezaba a dudar de ti Ale!, pero la neta siempre pensamos que cumplirías. —Sonreí y me dispuse a retirarme, cuando escuché:

—Miren, aquí hay una identificación.

Era cierto. Dentro de la pequeña cartera café se ocultaba una credencial, de color blanco. Podía ser cualquier cosa, pero al ver que contenía una imagen pensé que se trataba de una identificación. El Rata exclamó:

—Miren, es una credencial de la escuela —y se acercó para que la pudiéramos ver todos—. Es una credencial de un CCH. Este tipo va en un CCH. —Sentí mucha curiosidad. No pude evitar preguntar:

—¿Cómo se llama?

Lo que escuché me dejó perplejo. Salsas, Rata, Tacos y El Defo gritaron al mismo tiempo:

—Diego Armando Rivas Corona.

No podía ser cierto. ¿Acaso se trataba de una broma? Y de ser así, ¿cómo lo podían saber? No pude moverme, contemplaba con horror lo que estaba pasando. Las aves volando por encima de mi cabeza, jóvenes jugando fútbol y basquetbol, ver a mis amigos riéndose delante de mí. Todo esto me parecía sacado de una película.

Le arrebaté al Tacos la credencial y salí corriendo de allí. Mis amigos me gritaron: —¿A dónde vas? ¡Vuelve!—, pero no podía pensar en nada más que no fuera irme de allí. Corrí por toda la escuela, buscando la salida. Tomé la micro que me deja por mi casa y durante todo el camino seguía repitiéndome: “No puede ser —frenéticamente decía—; simplemente es una equivocación, debe ser alguien más”.

Al llegar a mi casa, no saludé a mi madre, inmediatamente me dirigí a mi cuarto. Debía asegurarme de que eso era verdad, cerré mi cuarto con llave. Inmediatamente observé la credencial, observé el nombre: Diego Armando Rivas Corona, y después vi la foto. No lo podía creer, estaba totalmente horrorizado, había asaltado a mi mejor amigo de la secundaria.

No recuerdo cuánto pasó, una semana o un mes, no lo medí. Durante ese tiempo temía encontrármelo en el camino o que la policía me arrestara, pues el chavo que había asaltado observó bien mi rostro, y tal vez él me había reconocido. Mi hermana sabía que algo estaba pasando. Todo ese tiempo me preguntaba muy insistentemente qué era lo que me pasaba. Hasta que un jueves le confesé todo.

Mi hermana no sabía qué hacer, por un lado debía delatarme con las autoridades, además ella estaba enamorada de Diego, mi buen amigo. Durante una semana no hubo ni un día en que yo no parara de pedirle disculpas. Pero ella me repetía:

—No es a mí a quien le tienes que pedir disculpas —ella me dijo—: la única forma de corregir tu error es denunciando a tus amigos ladrones, y disculparte con Diego.

Yo sabía que esto iba a causar que me metieran a la cárcel, pero era un precio que debía pagar, para tener mi conciencia tranquila. Planee todo para que se viera como una denuncia anónima. Estaría todo el tiempo con ellos, para que no sospecharan nada.

El día planeado le comenté a mi hermana y ella aceptó. Por la mañana se despidió de mí con un cariño mucho mayor del que normalmente recibo de ella. Ahora me dirijo con ellos. Estoy muy cerca de donde nos vemos. Es hora de llamar a la policía. Me comunico al número de denuncia anónima, les digo los apodos y dónde pueden encontrarlos. Conozco muchas barbaridades que hacen, así que no fue difícil convencer a los agentes.

Al acabar la llamada noto algo extraño, un gato se encuentra frente a mí, justo como el día del asalto. Se me queda viendo, como si quisiera advertirme de algo, como si quisiera que no lo hiciera, como fue aquella noche, ésta es la misma mirada felina de la noche del asalto.

Justo ahora estoy con ellos. El Rata se me acerca y me da una nueva misión, esta vez no será un robo cualquiera, esta vez será un secuestro.

De pronto se escuchan sirenas de policía llegando. Yo no sé qué hacer. Todos voltean a verme y me acusan. Trato de defenderme, pero no puedo. Son muchos. Salsas y El Defo me sujetan de los brazos y Tacos de la espalda. El Rata se me está acercando peligrosamente, forcejeo, pero no logro librarme.

Se escucha cómo las patrullas se estacionan. El Rata ha sacado una navaja. —No, por favor no —le suplico—. Yo no fui.

—Claro que fuiste tú —responde—. Sólo sentí cómo el cuchillo se clavó dentro de mí.

El dolor invade mi cuerpo. Veo cómo todos corren, es un completo caos. Los policías van atrás de ellos, pero esos tipos son muy veloces. Veo cómo la sangre sale de mí y se forma un charco. Creo que pronto voy a perder la conciencia. Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

Nunca debí juntarme con ellos. Esta decisión fue terrible; en vez de estudiar, ser una persona de bien y no un pandi-

llero. Este tipo de gente no vale ni para juntarse con ella, es demasiado peligrosa. Es un mundo violento por el cual nadie debería de pasar. Si tan sólo los adultos nos dieran más prioridad, más atención para que otros como yo no cometan los mismos errores.

Debí de haber escogido el ser una persona de bien. Promover los buenos valores en lugar de la violencia. Nunca debí ser partícipe de la violencia, es una especie de círculo vicioso del cual uno no puede salir. Lamento haber defraudado a mis padres, pero sobre todo a mi hermana.

Jamás volveré a ver a Diego, pero le deseo lo mejor. Deseo que no cometa los mismos errores que yo cometí, ni él ni nadie más. Ojalá las personas aprendan que no se puede esperar nada bueno de una sociedad donde no se fomentan los valores de respeto y honestidad. Que dejen de ser sólo palabras que se escuchan muy continuamente, pero se practican poco.

Creo que estoy a punto de desmayarme. En ese momento llega mi hermana Karla, ¡está aquí!, y ¡Diego igual! Sólo escucho que me dicen: —Resiste, pronto vendrá la ambulancia—. Siento que me sujetan mis manos. Veo cómo Karla llora y Diego me grita: —Perdóname, amigo—. Con mis últimas fuerzas, logré articular una sonrisa.

Diego

Esa noche se podía percibir en el ambiente que algo no estaba bien. Y es que regresar a esa hora de una fiesta era muy peligroso. “Maldito Toño —pensé—. Si no te hubieras emborrachado ahora me estarías llevando a mi casa en auto”. Traté de recorrer las calles a paso veloz, mi casa aún estaba a diez minutos. Pasé por muchas calles, todas sombrías y sin buena iluminación.

Hasta que tuve que pasar por aquella calle, y nunca se me olvidará el aspecto sombrío que daba ese lugar. Mala iluminación, negocios cerrados y cortinas oscuras que no dejaban ver si alguien te observaba. Pronto llegué a la calle donde vivía, la calle Soleada, un curioso nombre para una calle tan sombría y oscura.

Primero pasé por Panteones, visualicé a lo lejos a un gato sobre una pared, al parecer dormido, pero a medida que me acercaba el gato parecía estar sentado, como contemplando algo. No le di mayor importancia.

Crucé la calle y justo después, en la esquina, sucedió. No sé cómo salió, pero un tipo me sujetó y amenazó con matarme. Estaba armado con una navaja que sostenía alrededor de mi cuello. No recuerdo más diálogo, sólo sé que me exigió que le diera todo lo que llevaba conmigo.

Sólo traía la cartera, así que se la di. Él me empujó y caí al suelo. Escuché que se le caía la billetera. Volteé y el ladrón al recogerla me miró de frente. Lo que observé me dejó atónito, era como ver un fantasma. Sólo pude pararme y correr. No me importaba perder mi cartera, sólo quería escapar de allí.

No lo podía creer. Uno de mis mejores amigos me había asaltado. Alejandro, mi mejor amigo de la secundaria, me acababa de robar y amenazar de muerte. No estaba seguro de si él me reconoció, pero estoy seguro de que ya no es el mismo.

Aun así no logro entender qué fue lo que pasó. ¿Acaso tuvo malas amistades que lo orillaron a cometer tales actos?, ¿acaso el alcoholismo de su padre había empeorado y ahora se gastaba todo el dinero en el chupe? Recuerdo todo lo que vivimos juntos, recuerdo que éramos inseparables, hermanos con diferente madre, pero desde que entramos a la preparatoria todo cambió.

Durante un tiempo no quise pensar más sobre esto. Tal vez me había equivocado. Lo vi mal, lo confundí con alguien más. Pero la sensación que me hacía pensar que era Alejandro se hacía cada vez más fuerte.

Durante algún tiempo pensé ir a su casa. Intenté hablar con él o con su familia, quise obligarme a mí mismo a ser valiente, a no olvidar todo lo que con él había pasado, en caso de que fuera un criminal, a evitar que lo siguiera siendo.

Intentaba no hacerme ideas para poder aclarar mi mente, dejar de hacer especulaciones y concentrarme en lo que me debería de importar: que mi amigo Alejandro no fuera a parar a la cárcel.

Recordé las bromas que nos gastábamos entre nosotros. Todos los momentos que vivimos. Desde nuestra primera ida de pinta, nuestro primer citatorio por conducta, la primera fiesta a la que fuimos, los primeros castigos que recibimos, la novia de Alejandro, que terminó por dejarlo y yo tuve que consolarlo todo un mes.

Hay algo que recuerdo muy nítidamente y nunca se me va a olvidar. El gran corazón que tenía Alejandro. Él venía de una familia no muy rica, pero tampoco pobre. Su padre, alcohólico, parecía que lo maleducaba, pero en realidad lo quería de verdad. Su madre era una ternura y, sobre todo, su bella hermana Karla.

Karla siempre fue una niña inteligente, muy cariñosa y protectora de su hermano. Recuerdo que, cuando no entendíamos algo, Karla nos enseñaba y nos tenía mucha paciencia. Era una niña muy responsable e inteligente para su edad.

Cuántas veces no traté de acercarme a Karla, cuántas veces no traté de conseguir estar con ella, de probarle cuánto la quería, de que no me viera tan sólo como un amigo, pero Alejandro no me dejaba, decía que eso estaba mal.

Entonces quise hacer lo correcto, les dije a mis padres sobre la situación por la que estaba pasando. Mis padres me aconsejaron no ir con él. Me dijeron que ahora era muy peligroso, que debí hacerlo antes, pues ahora corría el riesgo de encontrarme con un Alejandro sumido en drogas o rodeado de delincuentes.

Eso no me importó, tenía que asegurarme de que mi amigo estuviera bien; en el fondo no era violento y sé que no se atrevería a matarme, como me dijo aquella noche; simplemente quería asegurarme de que estuviera bien.

Ese día me encaminé hacia la casa de Alejandro. Subí al camión y me senté solo en el asiento de atrás. Iba pensando en qué le diría, en cómo me presentaría. Después de dos paradas, sucedió algo inesperado.

Observé que varias personas subieron al camión, primero una mujer mayor, después un hombre mayor y al último una mujer joven. Era Karla.

Llevaba una blusa roja y un pantalón de mezclilla, curiosamente, como iba vestida la última vez que la vi. Yo estaba anonadado, no podía hablar. Ella se sentó en el lugar de enfrente. Tuve que armarme de valor para hablarle. Caminé hasta su asiento y al principio ella no me reconoció, pero pronto me reconoció, fue cuando su expresión en el rostro cambió.

Nos saltamos la parte del reencuentro en que uno relata cómo ha sido su vida. Ella me contó todo lo que había pasado con Alejandro.

—¿De verdad te asaltó? —preguntó muy seriamente—. ¿Seguro que fue él?

—Sí, seguro.

—No comprendo cómo pasó esto. ¿A dónde te diriges? —preguntó de nuevo muy seriamente.

—Me dirigía a tu casa, quería hablar sobre esto con tu hermano.

—Eso ya no va a ser necesario. —Con una mirada triste me explicó lo que Alejandro pretendía hacer.

Bajamos del camión y lo primero que encontramos fue la escena de varias patrullas de policías cerca del lugar donde Alejandro dijo que estaría con ellos. Karla y yo corrimos a ver qué estaba pasando. Al principio no podíamos ver a nadie, pero después pudimos ver a alguien tirado en el suelo. Nos acercamos y vimos que era Alejandro.

De pronto escuché cómo Karla gritaba frenéticamente: —¡Alejandro! ¡Alejandro!—. Temí que él era la persona que se encontraba en el piso, no me equivoqué. No sé si nos escuchaba, sólo le gritábamos que estaría bien, que ya habíamos llamado una ambulancia y que debía estar tranquilo. Alejandro sólo nos miraba.

Había policías persiguiendo a varios tipos por los alrededores, me dieron ganas de alcanzar a alguno de ellos y matarlo o aunque sea golpearlo hasta desahogarme, pero no podía dejar a Alejandro solo. Karla le sujetó una mano y yo la otra. Alejandro estaba muriéndose delante de mí, y yo no pude hacer nada. Debí ayudar a mi amigo antes, detenerlo antes de que sucediera esta desgracia.

Por ello le grité con todas mis fuerzas: —¡Perdóname, amigo!—. Karla empezó a llorar y Alejandro sonrió, luego cerró los ojos.

Hoy me encuentro en su funeral, con la familia de Alejandro reunida. Su madre llora sin detenerse, y su padre prometió ante él no volver a tomar jamás. Yo he prometido apoyar a todo aquel que se encuentre en una situación como la de mi amigo, al que tan fríamente le di la espalda.

Es extraño cómo puede cambiar la vida de cada persona tan rápido, en un abrir y cerrar de ojos, pero no hay que preguntarnos el “¿por qué?” de aquel cambio, sino el “¿para qué?” o, mejor dicho, ¿qué debo aprender de esto? Alejandro murió y me enseñó una gran lección: todos podemos cambiar, no importa cuándo, no importa cómo, siempre podemos conseguir ser alguien mejor. Tomé de la mano a Karla y salimos de aquel funeral. Ambos llevábamos las frentes en alto.

Mistic y el piano mágico

Katia Valeria Reyes de la Vega

Mistic es el país más poderoso de toda la Tierra, ya que los ciudadanos son muy respetuosos; pero se preguntarán: ¿y cómo es posible? Bueno, todo esto es posible gracias a que el presidente Guillermo Vázquez inventó un piano capaz de transmitir el respeto entre todos con tan sólo tocar una pequeña melodía. El único problema es que si no se toca antes de las seis de la tarde, deja de funcionar por toda una semana. Ahora imagínense un país en donde nadie se respete, sería catastrófico, ¿no?

El presidente Guillermo tiene hijo e hija llamados Franki y Franka, que como todos son respetuosos. Un viernes por la mañana Guillermo le pidió a Franki que tocara por él la melodía del día, y como ya se lo había pedido en otras ocasiones, él aceptó con gusto; así que a las doce de la tarde Franki fue rumbo hacia el edificio más alto de la ciudad a cumplir las órdenes que le había dado su padre y, cuando le faltaba un minuto para terminar, una tecla del piano se quedó trabada. Franki intentó zafarla, pero en vez de eso la rompió; en ese momento entró su hermana:

FRANKA: Franki, dice papá que ya bajas a... ¿Qué acabas de hacer? Papá se va a poner muy triste.

FRANKI: Es que yo... yo... no fue mi intención, de verdad ya estaba por acabar, pero una de las teclas se atascó y sólo intenté zafarla, pero creo que se me pasó la fuerza.

FRANKA: Y ahora, ¿qué le decimos a papá?

FRANKI: No, por favor no le digas nada por ahora ¿sí? To-

davía faltan cinco horas y media para que sean las seis, eso me dará el tiempo suficiente para arreglarla y dejarla como nueva.

FRANKA: Pero si tú no sabes nada sobre reparar pianos. De hecho nadie en esta ciudad, y todo porque ahora prefieren tocar los pianos en sus tabletas.

FRANKI: No, te equivocas. Sí hay una persona, es el señor Yanga. Un día mi papá me llevo con él y me dijo que es el único que puede arreglarlo, además de conocer mejor que nadie el piano porque él lo construyó. Sólo es cuestión de ir a su casa.

FRANKA: Y ¿dónde vive?

FRANKI: Él vive casi al límite de la ciudad, a lado del parque Zaez. ¿Podrías ir conmigo a buscarlo?

FRANKA: Pero, ¿y si nos descubren?

FRANKI: No lo harán porque precisamente hoy papá se va a ir con la tía Hely y no regresa hasta las diez de la noche, ya sabes que siempre regresa tarde. Entonces, ¿vienes o no?

FRANKA: ¡Ay!, está bien; ni creas que te vas a ir solo por la ciudad.

FRANKI: Ok, pero primero tenemos que ir a comer y tenemos que bajar un mapa de la ciudad en los celulares. ¿De acuerdo?

Y así fue. A las dos de la tarde Franki y Franka ya tenían todo preparado, al igual que le dijeron a su padre que irían a la Biblioteca Nacional de Mystic, pues era donde iban la mayor parte del tiempo y siempre regresaban algo tarde. Es por eso que su padre no sospecharía nada. Entonces los niños salieron rumbo a la biblioteca en una de las camionetas de la presidencia.

FRANKI: Tom, podrías dejarnos en la biblioteca y nos recoges como a las ocho de la noche, porque no tiene caso que te esperes, ya sabes que nos gusta quedarnos mucho tiempo leyendo; mejor te descansas un poco, ¿no?

TOM: No, señor Franki, tengo órdenes de quedarme el tiempo que sea necesario esperándolos.

FRANKI: Está bien, como quieras –dijo mientras Tom le abría la puerta.

Ya dentro de la biblioteca:

FRANKA: ¿Y ahora qué? Tom no se va a ir, lo cual nos va a dificultar la salida.

FRANKI: No te preocupes. ¿Te acuerdas de que cuando éramos más chicos jugábamos a las escondidas y nunca me encontrabas?

FRANKA: Sí por supuesto, siempre ganabas.

FRANKI: Bueno, pues una vez jugando a las escondidas me encontré con un pasaje secreto que da al otro lado de la calle.

FRANKA: ¡No se vale, con razón siempre ganabas!

FRANKI: Ni modo, hermanita.

FRANKA: Bueno, ¿y dónde está?

FRANKI: Está detrás de la biblioteca, entre los dos últimos estantes, que parece que en el suelo hay una pequeña grieta con una pequeña palanca en medio.

FRANKA: Mmm, con razón jamás supe de ella porque yo casi nunca voy para allá, casi siempre estoy arriba.

FRANKI: Bueno, tú sólo sígueme porque ya se está haciendo tarde.

Entonces los hermanos fueron hasta la parte de atrás de la biblioteca y salieron por el pasaje secreto al otro lado de la calle. Gracias al mapa del teléfono y el GPS lograron llegar a las casas que están de lado del parque Zaes, siendo ya las cuatro de la tarde en punto, faltando sólo dos horas para arreglar el piano y que no se desate el caos en todo Mistic.

FRANKA: Muy bien, y ahora ¿cuál de todas las casas es?

FRANKI: Si no mal recuerdo es la casa de color café oscuro.

FRANKA: ¡Pues qué estamos esperando, se nos está acabando el tiempo!

Y los dos niños corrieron hacia la casa de color café, donde había enfrente un pequeño jardín con una gran variedad de tamaños y colores de plantas. Los niños maravillados no pudieron evitar tocar y oler cada una de estas flores que se encontraban en el camino hacia la puerta, un poco vieja, pero con un extraordinario tallado de notas musicales. Y de repente apareció un señor no mayor a setenta años, asustando a los dos niños pequeños:

YANGA: Les gustan las flores.

NIÑOS: ¡Aaaa!

YANGA: Perdón, no quería espantarlos.

FRANKA: Sentimos habernos metido sin permiso a su jardín, pero es que es hermoso.

YANGA: No se preocupen, niños, de hecho ya hace como diez años que no viene nadie a visitarlo.

FRANKI: ¿Pero por qué?

YANGA: Supongo que es más importante trabajar, ver la tele o navegar en Internet que venir a ver un montón de flores aburridas.

FRANKA: Eso es cierto, la gente ya no quiere ir a bibliotecas o pasear por el parque.

YANGA: En fin, ¿qué puedo hacer por ustedes?

FRANKI: Necesitamos su ayuda para reparar el piano que construyó para nuestro padre.

YANGA: Claro. ¿Quién es su padre?

FRANKA: Es el presidente de Mystic, Guillermo Vázquez.

YANGA: ¿Pero qué pasó con el piano?

FRANKA: Pues nuestro padre le pidió a Franki que tocara la melodía porque iba a visitar a la tía Hely, pero antes de que terminara se atascó una tecla y entonces él intentó zafarla, pero la rompió. ¿Usted cree que se pueda arreglar antes de que den la seis?

YANGA: No les puedo prometer nada, niños, porque no tenemos suficiente tiempo, pero dejen voy por mis herramientas y mi coche para llegar mas rápido. ¿De acuerdo?

FRANKI: Sí, gracias señor Yanga.

YANGA: No me digan señor, sólo Yanga.

Yanga fue entonces por sus herramientas y, mientras, los niños subían al coche. Gracias a que se fueron en automóvil llegaron en una hora, de las dos que habían hecho Franki y Franka desde un principio. Ya estando los niños y Yanga en el edificio más alto, comenzaron a reparar la tecla rota, pero cuando terminaron quedaban menos de cuatro minutos para las seis. Franki intentó tocar la melodía lo más rápido que pudo, pero ya era demasiado tarde cuando terminó, y era porque ya eran las 6:01 p. m.

Después de que Franki no había logrado terminar la melodía, sólo le quedaba a su hermana y al señor Yanga el esperar a que se desatara el caos en toda la ciudad de Mystic. Ya habían pasado más de tres horas y el padre de los niños todavía no llegaba, además de que parecía estar en orden la ciudad. Cuando su padre llegó, como a las 11:30 p. m., ellos ya estaban dormidos y Yanga se había ido a su casa.

Al otro día:

ASISTENTE: Señor presidente, el jefe de policía acaba de llamar para reportar que hoy en la mañana ha habido varias denuncias de robos, lo cual, usted sabe, no es muy casual desde hace diez años.

El presidente, desconcertado de tal noticia, fue a preguntarle a su hijo Franki qué había pasado, y éste le contestó contándole todo lo que había pasado desde que se atascó la tecla hasta que el señor Yanga había ido a componerla, pero que había sido demasiado tarde. Entonces el padre decidió esperar por tres días para ver qué sucedía en Mystic para luego hacer una junta con el Consejo y así tomar una decisión todos juntos.

A los tres días la ciudad era todo un caos; había incendios, robos, peleas sin ningún motivo y hasta asesinatos, así que el presidente no tuvo otra opción que convocar al Consejo para explicarles todo lo que había pasado.

FRANKI: Papá, ¿a dónde nos llevas a mi hermana y a mí?
PADRE: Vamos a que le expliquen al Consejo todo lo ocurrido para ver qué se puede hacer.
NIÑOS: Está bien, papá.

Y así fue. Franki y Franka le explicaron a todo el Consejo lo ocurrido, pero, como ya saben, ya no había una melodía para que todos se respetaran, así que en lugar de tomar una decisión todos comenzaron a gritar y algunos hasta a golpear-se. El presidente intentó calmarlos, pero nadie le hacía caso.

PRESIDENTE: Por favor, compañeros, podemos comportarnos y tomar una decisión.

Pero en ese momento la prensa también entró y comenzó a hacerle preguntas al presidente, pero no como antes en donde le pedían amablemente que les respondiera algunas preguntas, sino más bien eran irrespetuosos y agresivos, pero los guardias de seguridad no dejaron que agredieran de esa forma al presidente y comenzaron a golpearlos también. El presidente asustado les pidió a los niños que se fueran, pero Franka no hizo caso y fue hacia donde se encontraban el micrófono y la cámara que estaban transmitiendo en vivo a toda la ciudad.

FRANKA: Franki, ¿puedes agarrar la cámara, por favor?
FRANKI: Claro, pero ¿qué vas a hacer?
FRANKA: Tú sólo apunta la cámara en mi dirección, por favor.

Entonces Franki apuntó la cámara hacia su hermana y detrás de ella estaba todo el Consejo peleándose. Cuando la niña apareció en la pantalla de todos los televisores de la ciudad, las personas quedaron sorprendidas al ver a la hija del presidente frente a la cámara, así que prestaron mucha atención para ver qué era lo que iba a hacer.

FRANKA: ¿Esto es lo que quieren? –decía mientras apuntaba hacia donde se encontraba el consejo peleán-

dose—. ¿Realmente es lo que quieren? ¿Esto es lo que estamos esperando como humanidad, a que un piano armonice nuestra melodía interna para entonces sí respetarnos, acabar con las guerras, el hambre y la injusticia? O mejor todos juntos, todos tocamos ese piano y comenzamos a convivir en armonía, como las notas de una melodía.

Todos los que estaban viendo las pantallas de su casa y de la calle se quedaron consternados por las palabras de la niña. ¿Sabes cuál fue la respuesta de los habitantes de Mystic? Bueno, pues el único que puede contestar eres tú, porque los cambios más grandes empiezan por uno mismo para después comenzar por los demás; y si tú no respetas a las otras personas, ¿cómo quieres que te respeten a ti? Entonces la respuesta es muy fácil. ¿Quieres cambiar o no?

En la ciudad, ¿todos valemos lo mismo?

Carla Gabriela Tapia Torres

María iba de regreso a casa, ya llevaba casi una hora caminando y le empezaban a doler los pies, pero no le importaba ya que en la escuela le habían dado una gran noticia. María se había ganado una beca para poder estudiar en la capital.

María era una chica de dieciséis años que iba a entrar a la preparatoria. Ella vivía en un pequeño pueblo en el estado de Chiapas, cerca de la selva Lacandona. A pesar de vivir lejos de la civilización, ella se había esforzado por entrar a la escuela y ser una de las mejores estudiantes de su edad. Las limitaciones que tenían en su pueblo, por ejemplo, que no tenía para comer del diario, los trayectos largos para conseguir algo de agua y el trabajo arduo que tenía que hacer para tener algunos servicios básicos la habían impulsado a buscar una mejor vida y a superarse a sí misma.

Al llegar a casa María tenía preparado darles la noticia a sus padres:

—Hola papá, mamá, ya llegué; vengan, tengo que decirles algo muy importante que sucedió hoy.

—¿Qué pasa, hija? —le decía su madre mientras se acercaba a ella junto con su padre.

—Bueno, lo que pasa es que a principio de año escolar me inscribí a un concurso para tener una beca y poder ir a la capital para poder continuar mis estudios, y pues... ¡gané el concurso y me iré a estudiar a la capital! ¿No les parece increíble que entre todas esas personas ¡yo gané!?

Los rostros de sus padres al escuchar la noticia, de un momento a otro se transformaron de alegría a preocupación.

Al ver María su reacción se extrañó y decidió preguntarles directamente:

—¿Qué pasa?, ¿que no les emocionó la noticia?

—María, sé que la noticia es extraordinaria y a mí también me emociona que hayas ganado el concurso, pero ¿la capital?, ¿qué sería de ti sola? —le cuestionó su madre.

—Pero, mamá... —María se iba a defender, pero su padre la interrumpió.

—Sí, María, tu madre tiene razón; además tienes que ponerte a pensar que para ir a la capital se requiere de mucho dinero, con el cual no contamos.

—Mamá, papá —dijo María—, sé que están preocupados, pero he planeado este viaje desde que me inscribí al concurso, he ahorrado dinero y aparte de que voy a trabajar para conseguir más, la beca me paga los estudios y el hospedaje; además ya no soy una niña, he aprendido a cuidarme y valerme por mí misma. Yo sé que los voy a extrañar mucho, pero puedo sola con esta tarea.

Sus padres cruzaron miradas, no sabían qué hacer y después de pensarlo un buen rato decidieron aceptar, porque el entusiasmo que demostraba su hija era único y especial, aunque aún les preocupaba que cuando estuviera en la capital algo saliera mal o que ocurriera un accidente y que María se encontrara sola, sin que nadie la pudiera apoyar.

María por el contrario estaba más emocionada que nunca, ya que sabía que este viaje iba a ser el principio para poder conseguir una nueva vida y hacer sus sueños realidad.

Después de dos meses, por fin había terminado su último año escolar de la secundaria y María empezaba su nueva aventura; pasó sus últimos días de vacaciones con su familia celebrando y empacando todas sus cosas para mudarse al Distrito Federal, las cuales no eran muchas. Tres días antes de que terminaran sus vacaciones, María tenía todo preparado para poder viajar. Cuando por fin llegó el día la llevaron a la estación de autobuses y ahí se despidió de sus padres y de toda su familia.

El camino de María fue algo nuevo para ella ya que toda su vida había vivido en un pequeño pueblo del cual nunca

había salido. El transcurso del autobús duró catorce horas de su pueblo a la capital. Esto a María la inquietó un poco porque estaba demasiado ansiosa por llegar, quería conocer ese enorme lugar con el cual siempre había soñado. Cuando entró al Distrito Federal, María quedó impresionada con lo que sus ojos veían, los grandes edificios y centros comerciales, las amplias avenidas, las luces y los grandes anuncios que alumbraban la ciudad por la noche y la gran cantidad de automóviles que transitaban al paso de ella.

Cuando se instaló en su dormitorio y acomodó su ropa, todavía no lo creía, sentía que estaba soñando y que no tenía ganas de despertar debido a que todo lo que estaba viviendo hasta ahora era hermoso; era la más grande oportunidad que había tenido en su vida y sentía que todo iba a salir perfectamente.

El primer día, María se pasó recorriendo las instalaciones del colegio, para así no perderse su primer día de clase. Al día siguiente, María decidió salir a conseguir el trabajo que había prometido a sus padres, aparte de que quería conocer la ciudad, salió del colegio en donde se encontraba y caminó por las calles del Distrito Federal; su asombro por la ciudad seguía en ella, la arquitectura, los parques, los edificios y sus avenidas eran de un asombro indescriptible.

Ya que era temprano las calles estaban casi vacías, pero conforme pasaban las horas se fueron llenando poco a poco de gente. Después de caminar un rato María se detuvo en un lugar donde había un letrero que decía: “Se solicita ayudante general”. Al ver esto pensó: “Hoy es mi día de suerte”.

Al entrar en el pequeño negocio, María se dio cuenta de que era un restaurante de clase media; se acercó hacia la cocina y preguntó por el gerente. Después de esperar un rato, salió de una pequeña oficina un hombre que se dirigió hacia adonde se encontraba María, y le dijo:

—Buenas tardes, señorita, me llamo Gabriel y soy el gerente de este restaurante. ¿Le puedo ofrecer algo? —decía aquel hombre mientras la miraba de arriba abajo con cierto desprecio.

—Sí, vengo a pedir informes sobre el letrero que se encuentra en la entrada.

Después de un rato de silencio el gerente soltó una pequeña sonrisa y dirigiéndose a María le dijo:

—Lo siento, señorita, me temo que no puedo darle trabajo, ya que nosotros estamos solicitando una persona que esté capacitada y que cuente con cualidades específicas para el empleo, algo que usted simplemente no podría lograr.

—Pero, señor, yo puedo lavar platos, limpiar mesas, puedo tomar órdenes, pedidos y hasta cocinar, tengo la capacidad de realizar ese trabajo. En serio, señor, soy una persona que se esfuerza para obtener lo que quiere.

—Lo siento, señorita, pero, como ya le dije, no la puedo aceptar ya que su apariencia no causaría una buena imagen a mi restaurante pues la clientela no es de su mismo nivel.

Al oír esto María por fin entendió la razón por la cual no quería ofrecerle el empleo; no era que no tuviera las capacidades o las habilidades para ello, sino que se dio cuenta de que la vestimenta que ella usaba, la tradicional de su pueblo, era mal vista por el dueño de aquel restaurante. Esto hizo que María se indignara y se fuera sin más que decir del restaurante.

Al salir María, se dio cuenta de que ya era tarde, así que decidió regresar a su dormitorio para no llegar tan noche. Al llegar ahí se puso triste por los acontecimientos que habían sucedido en el día. No podía creer que sólo por su simple apariencia no le dieran el trabajo, después de todo no había sido su día de suerte.

Al siguiente día María se despertó muy temprano ya que por fin tendría su primer día de escuela y esperaba tener mejor suerte que el día anterior.

Salió del dormitorio, se bañó y se dirigió al salón de clases. Mientras caminaba unos chicos la empezaron a molestar; ella no sabía la razón por la cual la molestaban ya que ella no les había hecho nada, así que decidió ignorarlos y siguió caminando.

Cuando llegó al salón de clases, los mismos chicos la insultaron nuevamente y volvió a ignorar sus comentarios;

después de un rato entró el profesor al salón y empezó a dar la clase normalmente.

Pero, de pronto, el profesor fijó su mirada en María y la observó con la misma mirada que tenía el gerente del restaurante al que había ido el día anterior; ésta no le agradó para nada a María, pero lo que sí ya no soportó es que el profesor empezó a hablar despectivamente de las personas que venían de pueblos. María estaba triste y enojada, podía aceptar esa actitud en uno de sus compañeros, pero ¿de un profesor? No sabía qué tenía mal en ella que sólo la molestaban.

Ya habían pasado las primeras horas de clase y era momento de su descanso, así que María se dirigió hacia el patio principal del colegio; ahí se sentó y comió su desayuno. Al principio no se dio cuenta, pero después notó que todo el tiempo estaba sola, esto la deprimió un poco ya que pensó que todo iba a ser diferente, terminó su descanso y regresó a clase.

El día continuó lentamente para María, los minutos le parecían horas y sus clases eran infinitas, pero todo esto era porque su estado de ánimo estaba por los suelos debido a todo lo sucedido; al final de las clases decidió marcharse directamente a su dormitorio.

Y el resto del día se la pasó encerrada en el cuarto, deprimida. Pero María siempre había sido una chica positiva, así que después pensó que esto sólo había sido un mal día y que todo podía cambiar.

Pasó medio mes y nada había cambiado, los chicos seguían con la misma actitud con respecto a ella, no había conseguido trabajo y todos la menospreciaban.

María andaba muy triste, no podía creer que el viaje de sus sueños, su vida y sus metas, todos fueran un fraude, todo por lo que había luchado y el esfuerzo que había gastado fue en vano; nadie en la ciudad ni en la escuela se daba cuenta de todo lo que había hecho para estar ahí, sólo la molestaban.

María a veces se ponía a pensar en que sus padres tenían razón, que había sido una mala idea haber dejado su hogar y que ése era un sueño que no valía la pena.

Un día, después de que acabaron todas las clases, María decidió dirigirse a su dormitorio para poder descansar un

rato. Mientras iba caminando llegaron unos chicos que empezaron a insultarla; María ya estaba tan acostumbrada a esos insultos que no les hizo caso a los chicos, ni siquiera los miró, pero al momento en que ellos se empezaron a sentir ignorados decidieron subir el nivel de la agresión y la empezaron a empujar. Al sentir esto María se espantó mucho ya que nunca habían llegado a esos extremos con ella; no sabía qué hacer, lo único que sus instintos le decían en ese momento era que saliera corriendo de ahí para que no la lastimaran. Pero hacer esto fue un gran error, ya que cuando se dieron cuenta de que iba a huir la empujaron más fuerte hasta que la tiraron al suelo de una forma bastante violenta, agarraron sus cosas y las aventaron lo más lejos que pudieron de ella. Después de todo esto, ellos simplemente se empezaron a reír y se fueron corriendo, mientras que María había quedado totalmente destrozada tanto física como psicológicamente.

Este hecho afectó tanto a María que se sintió tan triste y tan sola que decidió que era demasiado para ella, aparte de que la habían maltratado, ya casi se había acabado todos sus ahorros que había llevado para el viaje, seguía sin conseguir trabajo y sus calificaciones habían bajado notablemente, así que decidió regresar a su pueblo.

Desesperada, triste y frustrada, María empezó a empacar todas sus cosas para poder irse, pero mientras empacaba se encontró con su diploma que le habían otorgado por ganar el concurso de la beca. Al ver este papel, a María se le dibujó una sonrisa en el rostro ya que recordó que el día que se lo dieron fue uno de los días más felices que ella tuvo, porque ese día todo su trabajo había dado frutos.

María después de observar el diploma un buen rato se puso a pensar que no era justo que renunciara ya que todo lo que había hecho, no sólo ella sino también sus padres, sería en vano. Además, de tantas personas que existen en el mundo, no iba a permitir que sólo unos cuantos chicos le obstruyeran el camino para realizar sus sueños y sus metas.

María quería demostrar que ella valía la pena y que por más obstáculos que le pusieran nunca volvería a darse por vencida.

Siguieron pasando las semanas y María había subido de nuevo sus calificaciones, pero aún seguía estando sola y seguía sin conseguir trabajo, ya que la seguían rechazando por su aspecto, además de que conseguir trabajo en esos tiempos en el Distrito Federal era una de las cosas más difíciles.

De pronto un día a María le tocó realizar un trabajo en equipo con una chica llamada Lizet; ella, al igual que todos los demás, la trataba de mala manera. Mientras realizaban su trabajo Lizet y María se pusieron a platicar:

—¿Por qué eres así, María? —le preguntó Lizet.

Al oír la pregunta María la volteó a ver extrañada.

—¿Cómo? No entiendo a qué te refieres —le dijo María.

—Sí, a lo que me refiero es a que ¿por qué siempre estás sola y no hablas con nadie?

—Tal vez es porque simplemente ustedes me excluyen, me juzgan antes de conocerme y tratan de hacer mi vida imposible.

—Bueno, es que tu apariencia y tu forma de vestir son raras y a muchas personas simplemente no les gusta eso.

—Pero no tiene nada de malo ser como eres, ¿o sí?

—Pues no, pero ¿por qué no tratas de vestirte diferente?, ¿por qué siempre tienes que vestir de esa forma? —le preguntó Lizet a María.

—Porque de donde vengo la gente viste para cubrirse del frío y del calor y no para agradarle a la gente, además la gente es humilde y trabaja para comer y no para comprar cosas para presumirle a las demás personas.

—Bueno, es que es diferente... —Antes de que Lizet pudiera decir algo más, María la interrumpió.

—Pues a esto que tú le llamas diferente son las tradiciones de tu propio país.

—No lo había pensado de esa manera.

—Sí, lo sé; la mayoría de las personas no piensan de esa manera y por esa simple razón no se dan tiempo para reflexionar que haya tanta discriminación hacia nuestros pueblos y hacia las comunidades indígenas que deberían ser nuestro ejemplo. Al llegar a esta ciudad me di cuenta de que

aquí lo único que importaba eran las cosas superficiales, y esa forma de pensar está mal.

Lizet al oír las explicaciones de María se sintió un poco apenada por cómo la había tratado, ya que todo lo que le había dicho María tenía razón. ¿Cómo era posible que alguien pudiera avergonzarse de sus propios orígenes?

Desde ese día María y Lizet se volvieron amigas. María había cambiado la forma de ver y pensar las cosas de alguien más, pero sentía que no iban a cambiar las cosas ya que sólo era una persona.

Los días seguían pasando y María ya no se sentía tan sola, pero el problema ahora era que ya no tenía dinero y seguía sin conseguir trabajo. María decidió platicar sobre este problema con su nueva amiga Lizet:

—Lizet, tengo un problema. Desde que llegué he estado buscando trabajo, pero nadie me ha querido contratar porque hay mucha discriminación debido a mi apariencia.

—María, ¿por qué no me habías contado eso? Yo tengo un tío con un negocio en el cual necesita de una persona confiable para atender el lugar.

—¿En serio crees que me quiera contratar así como soy? —preguntó María de una forma incrédula.

—Claro que sí. Desde que me volví tu amiga he hablado mucho con mis amigos y mi familia sobre la discriminación que hay en la Ciudad de México, y están totalmente de acuerdo con lo que tú opinas.

—¿En serio? —contestó asombrada María—. No creía que fueras a hablar con alguien más sobre ese tema.

—¿Y por qué no? Ese día tú me abriste los ojos y me di cuenta de que hay que hacer algo para cambiar las cosas... Bueno y entonces ¿quieres ir a ver si te dan el trabajo?

—Sí, muchas gracias, Lizet. Te debo una, amiga.

Terminando la escuela Lizet y María fueron a ver el trabajo y el tío de Lizet le dio la oportunidad a María para demostrarle de qué era capaz, y como era excelente llevando el negocio, la contrató.

Por primera vez desde que había llegado a la capital María, se sintió libre de ser juzgada antes de tiempo.

Desde ese momento las cosas para María empezaron a cambiar; ya tenía trabajo, una amiga y sus calificaciones empezaron a elevarse.

Pero a pesar de este avance que había tenido María, todavía en la escuela había bastantes chicos que la seguían molestando; no sabía cómo hacerles entender que ellos no eran superiores ni diferentes a ella.

Pero cada vez que esos chicos molestaban a María, la impulsaban más a ser una mejor persona y superarse a sí misma. Quería demostrarles a ellos y a todos los demás que no creían en ella que a pesar de sus críticas y sus burlas ella iba a llegar a hacer lo imposible para ser la mejor de todos.

Casi al final del año, después de todas las experiencias y retos que vivió María, por fin se dio cuenta de cuál sería su vocación.

María quería ser una defensora de los derechos humanos, ya que la experiencia vivida por su parte le había demostrado que no hay que rendirse ante la adversidad y demostrarle a la gente que tiene una idea errónea de la discriminación por absurda que parezca.

También en esta etapa de su vida María se dio cuenta de que hay un sinnúmero de personas que viven a diario las mismas situaciones y problemas que ella tuvo; y así, siendo una defensora de los derechos humanos, lucharía porque hubiera igualdad.

Porque María también sabe que las personas a las que se discrimina, aparte de que tienen que luchar por sus vidas, tienen que luchar contra la humillación que muchas personas les hacen pasar al hacerlas sentir que valen menos.

Así que María se siguió esforzando durante todo el año y, como se lo prometió a ella misma, nunca se dejó vencer ante ningún problema, fue persistente y se esmeró.

María al final de su primer año escolar de preparatoria había llegado a ser la mejor estudiante de su generación y se demostró a sí misma y a los demás que no por la apariencia y los orígenes que tenía valía menos.

Justo el último día de escuela, María y Lizet se pusieron a hablar una vez más, ya que se volvieron las mejores amigas:

—Sabes, María, tú vas a ser una gran persona y lo que piensas estudiar queda muy bien con tu forma de ser y tu estilo de vida.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué piensas eso, Lizet? —le preguntó María con ansiedad.

—Es simple, María, y lo supe desde la primera vez que conversamos. Tú tienes la capacidad de mover a la gente, de hacerlas mejores personas, más honestas, responsables y también de abrirles los ojos para que hagan algo con sus vidas.

—¿En serio lo crees?

—Claro, María, tú una vez me dijiste que te viniste aquí para cambiar tu forma de vida por una mejor, pero con el poder que tienes en tus manos no sólo vas a poder cambiar tu vida, sino la de muchos más —al oír esto María mostró una enorme sonrisa.

—Muchas gracias, Lizet.

Desde esa conversación María decidió cambiar su meta por otra mejor: con su voz y sus acciones, cambiaría a todo el país completo.

La edición electrónica de *Cuentos de jóvenes para jóvenes / Cuentos ganadores del Séptimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento* concluyó el 18 de diciembre de 2013. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger LT Std y King.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 18 de diciembre de 2013.

